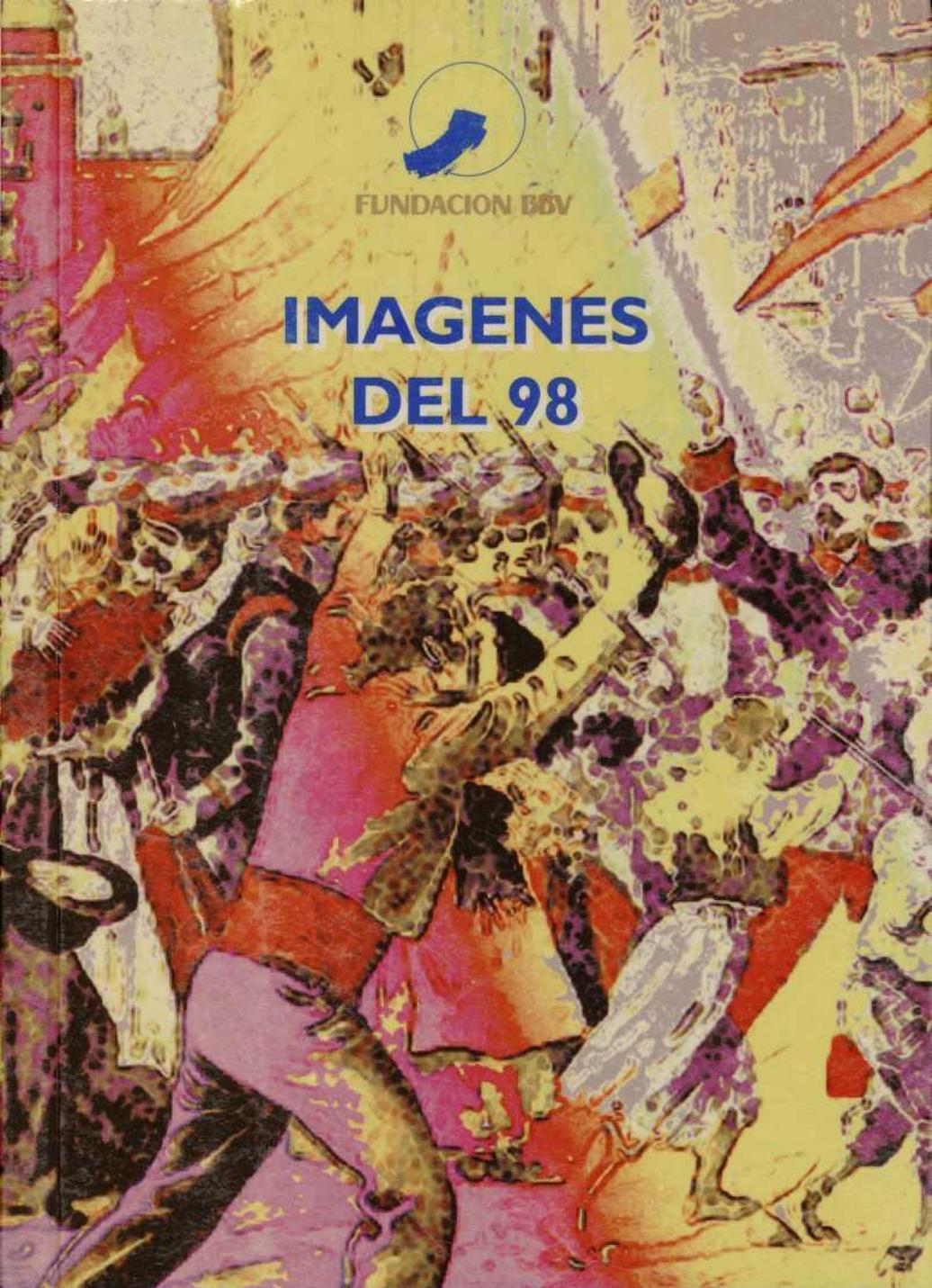




FUNDACION BBV

IMAGENES DEL 98



Prólogo a cargo de:
Fernando García de Cortázar

Fundación BBV

No se puede entender la historia de una nación sin su pasado, especialmente cuando los hechos suponen la transformación del propio país. De ahí el interés que provocan unos acontecimientos como los producidos en 1898, que contribuyeron en gran medida a determinar el futuro de España.

La pérdida de las colonias españolas de ultramar hace más de cien años, no sólo supuso un cambio en el sistema político español, sino que también conllevó la transformación del panorama mundial y la consolidación de Estados Unidos como gran potencia. Unos ganaban lo que, finalmente, perdían otros.

Toda la sociedad española se convulsionó. Sin embargo, la diversidad de opiniones que se generaron acerca de si declarar la guerra o no a Estados Unidos, no fue más allá del simple discurso retórico porque la guerra era incuestionable. Se constituyó como una cuestión de honor.

Mientras, los intelectuales hacían públicos los problemas de la nación. Y al mismo tiempo los criticaban. Es en este final del siglo XIX cuando se produjo la conocida como Edad de Plata de la cultura española, que se prolongó durante las tres primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, tanto la crisis política, que condujo al fracaso del proyecto liberal, como la militar, no implicaron dificultades económicas ni culturales.

En contra de lo que se podría pensar, se aceleró el proceso de producción, con lo que se produjo una continuidad en el desarrollo económico. Ni la guerra, ni las exigencias del mundo obrero, ni las protestas de la burguesía catalana afectaron de un modo negativo a la economía.

Por su parte, en el mundo cultural destacaron personajes como Unamuno, Zuloaga, Sorolla o Joaquín Costa, entre otros, con sus distintas visiones de lo que ocurría. Crítica pesimista, progresismo, deseo de regeneración...

En definitiva, religión, nacionalismo y patriotismo, preocupación pedagógica, ansia de regeneración, desarrollo del movimiento obrero... constituyeron el signo de identidad de un fin de siglo en el que Cuba y Filipinas no fueron lo único que perdió España.



FUNDACION BBV

IMAGENES DEL 98

La decisión de la Fundación BBV de publicar el presente libro no implica responsabilidad alguna sobre su contenido ni sobre la inclusión, dentro del mismo, de documentos o información complementaria facilitada por los autores.

Edición al cuidado de Fernando Molina Aparicio

Imágenes del 98

© Fundación BBV

Edita Fundación BBV. Documenta

Plaza de San Nicolás, 4

48005 Bilbao

Depósito legal: M. 24.816-1999

I.S.B.N.: 84-95163-15-2

© Ilustración de portada:

INEEDIT

Imprime Sociedad Anónima de Fotocomposición
Talisio, 9 - 28027 Madrid

Imágenes del 98

INDICE

Presentación	9
Prólogo , <i>Fernando García de Cortázar</i>	11
Sesión de inauguración , <i>Carmen Iglesias</i>	21
La guerra del 98 vista en un marco universal , <i>Richard Herr</i>	31
El 98: realidad y literatura , <i>José Carlos Mainer</i>	49
El 98 y el nacionalismo español , <i>Sebastian Balfour</i>	65
La economía española a caballo de dos siglos , <i>Antonio Gómez Mendoza</i>	81
Patria y religión en el 98 , <i>Alfonso Botti</i>	103
El 98 y sus consecuencias , <i>Juan Pablo Fusi</i>	117
La invención del 98 , <i>José María Marco</i>	125
El 98 y el arte , <i>Francisco Calvo Serraller</i>	143

PRESENTACION

La catarsis que supuso la crisis del 98 para España, punto de inflexión del inicio de la modernización del país, se engloba en un contexto de afirmación de la identidad nacional que se vivía en toda Europa.

De esta manera y coincidiendo con el centenario de la catástrofe de 1898, la atención que la Fundación BBV y la Fundación Grupo Correo han puesto de manifiesto hacia aquel fin de siglo, les llevó a organizar un ciclo de conferencias sobre el 98. Ahondar en un año que, coincidiendo con el fin del XIX, significó la transformación no sólo de España sino de todo el panorama mundial, constituyó el objeto de estudio de este ciclo, cuyo resultado es la publicación del presente libro.

La crisis afectó a todos los ámbitos de la realidad española. Desde el mundo literario y artístico, hasta el político, pasando por la burguesía catalana, el nacionalismo y el movimiento obrero sufrieron transformaciones. El 98 determinó el fracaso de un proyecto liberal y nacional en España; pero todavía más que eso, supuso el final de un Imperio en el que desde el siglo XVI no se ponía el sol.

Sin embargo, esta crisis ofrece también una cara positiva, ya que supuso el inicio de la modernización de España. Además del conocido y reconocido auge cultural del país, se intensificó el proceso de producción y se dio continuidad al desarrollo económico. La catástrofe se vivió fundamentalmente en los ámbitos militar y político. La pérdida de las colonias destruyó una forma de vertebración en la que el modelo colonial tenía un peso determinante.

Además, después del 98 no se interrumpieron las relaciones de España con Cuba, sino que se transformaron. El vínculo que existe en la actualidad entre los dos pueblos, el cubano y el español, data de este fin del siglo XIX precisamente.

En cuanto al mundo intelectual —que manifestaba su dolor por España—, criticó los problemas de la nación al tiempo que puso de manifiesto el deseo de regeneración nacional. Coincidiendo con el desastre del 98 surgió una «Edad de Plata» de la cultura española que se prolongó durante las tres primeras décadas del siglo XX. Destacaron figuras como Unamuno, Zuloaga, Antonio Machado, Joaquín Costa, Azorín... y un sinfín más. Necesitaríamos otro libro para hablar de todos ellos.

Fundación BBV

PROLOGO

Fernando García de Cortázar

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad de Deusto.
Director de la Fundación Grupo Correo

Cuba, Filipinas, Puerto Rico era todo lo que le quedaba a España de un imperio derrumbado. Sin embargo en la primavera de 1898, el naciente imperialismo de los Estados Unidos pensó que incluso era mucho para una nación rezagada a la que sus colegas europeas apenas respetaban. Tras largos años de enfrentamientos domésticos de los insulares con la metrópoli, los norteamericanos deciden entrometerse en el conflicto, seguros de su éxito y de sus recientes construcciones navales. Con mil argumentos de libertad y autonomía por delante, Mac Kinley exige del gobierno de Sagasta su abandono de las islas y sin darle tiempo a reaccionar, le declara la guerra.

La indignación se apropia de España que envía a sus soldados al matadero de Cuba y Filipinas envolviéndolos antes en laureles de patria y esperpento. Con todo, la decisión española de plantar cara al futuro coloso americano no fue ni tan atolondrada ni tan quijotesa como luego los historiadores harían creer. Los políticos españoles conocían perfectamente la debilidad de la armada nacional y las desiguales fuerzas de los ejércitos destinados a enfrentarse. Lo «más sensato» era negociar «la paz que se pueda, amén», reconocería más tarde, Antonio Maura. Muy pocos fueron, sin embargo, los que se aventuraron a aconsejarlo en medio de la algarabía patriótica de una España oficial henchida de orgullo militar y una España real que consideraba Cuba una porción de tierra andaluza. A ambas Españas, el entregar la isla sin lucha les parecía una bajeza inadmisibile que no estaban dispuestas a tolerársela a ningún gobierno. Ante la amenaza de una revolución popular o un golpe militar, el gabinete de Sagasta no pudo elegir otro camino que el de la guerra, previsiblemente breve, contra los Estados Unidos.

El adiós a las últimas colonias se reviste de tragedia nacional, al ser considerada consecuencia de la derrota ante una nación extranjera

y no de una guerra entre españoles, como lo fuera el desgarramiento americano de los años veinte. Fruto de la desolación, el fantasma de nuevas sangrías referidas a Canarias e incluso a Baleares golpeó la España posterior al Desastre. El poeta Antonio Machado recuerda aquellos días aciagos:

Fue ayer; éramos casi adolescentes; era
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,
cuando montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía, ahíta de naufragios.

Sin embargo el descalabro de España ante los Estados Unidos representó no más de lo que en la Europa de Bismarck supusieron Adua para Italia, la denigrante subordinación de Portugal al Imperio británico o la humillación rusa en la guerra con los japoneses de 1904-1905. Una sufrida nómina de *noventa y ochos* europeos que tiene su pórtico en la derrota de Sedan y la investidura del II Reich en el Palacio de Versalles con su desgarrón del alma francesa.

Tras su fracaso ante el ejército prusiano en 1870, Francia había patentado un modelo de reflexión sobre los caracteres y cimientos de la nación para oponerlo al concepto nacional germánico que había legitimado la conquista de Alsacia-Lorena. Esta tarea de introspección, reflejada en los escritos de Ernest Renan o Fustel de Coulanges, estableció los fundamentos teóricos con los que la III República habría de reforzar el edificio de la nación francesa. A golpe de modernidad el *año terrible* que retratará Víctor Hugo o del *desastre* según Zola da paso en seguida, a la renacida Francia de la Torre Eiffel mientras que la lección del 98 sería peor aprendida por la vieja España repartida, ya en el siglo XX, entre la Sagrada Familia de Barcelona y el monumento al Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles de Madrid.

La gloria triste

Con el desengaño auestas, la crisis intelectual airea las desdichas de la nación, afincándolas en la plaza pública a través de la prensa, el ensayo o la oratoria del parlamento. El deseo de *regeneración* para España hermanará las inquietudes de Joaquín Costa con la preocupación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza, el progresismo de Galdós y Clarín con las interesadas protestas de la burguesía catalana o las exigencias del movimiento obrero. En plena sacudida, los pensadores regeneracionistas orientan sus baterías hacia la política caciquil y sus apoyos, alcanzando también sus censuras a un pasado retórico de glorias nacionales y héroes. El desconcertante Joaquín Costa pide deshinchar Sagunto, Numancia

y Lepanto; Unamuno reclama el protagonismo de millones de hombres «sin historia». Repletos de protagonistas colectivos, los *Episodios Nacionales* a los que retorna Pérez Galdós en 1898, proclaman el poder de la nación y anticipan la hegemonía de las masas en la crónica española.

De las diatribas contra los políticos hubo quienes dieron un salto al rechazar el parlamento y tampoco faltaron los que, sin esconder su ramalazo paternalista, consideraron al pueblo español incapaz de echarse al hombro su propio futuro. Radical desconfianza, manifestada en la búsqueda de enfermedades nacionales como la abulia, el autoritarismo, la picardía, la envidia o el horror al trabajo que justifican la necesidad de tutores. Estas meditaciones ocupan a una generación de pensadores complicada y contradictoria, que amaba España y aborrecía lo español, que pedía a gritos la europeización y suministraba elementos casticistas. Presos de sus paradojas, los hombres del 98 manifiestan en sus zozobras el fracaso de un proyecto liberal y nacional de España.

1898 es la fecha fuerte de la reflexión sobre España pero no significa esto que la cultura y el arte no se inquietaran antes por los males del país. Mientras toda una España, con sus gobernantes y gobernados agonizaba, la cultura vivía una vida pletórica como no había disfrutado desde el siglo XVII. El camino ascendente emprendido por la cultura en 1875 desembocó al llegar el siglo XX en un período de esplendor, una *segunda edad de oro*, en la que conviven tres generaciones, los ensayistas del 98, los europeístas del 14 y los poetas del 27. Una clase intelectual, en el verdadero sentido del término, de amplitud nunca superada después habría de ser en muchas ocasiones el espejo y detonante de la crisis del Estado. Por vez primera una generación española —a la que se debe la difusión del término *intelectual*— tenía una conciencia clara de su función rectora en la vanguardia de la sociedad. La tuvieron ellos pero no así el país ni su rey Alfonso XIII que nunca los frecuentó, confiando su popularidad no recompensada políticamente, al ejercicio de un sentido madrileño de la frase graciosa o la ocurrencia castiza.

La meditación sobre España, en efecto, viene del decenio anterior pero se vuelve obsesiva con el adiós a las últimas colonias. Y es que la fuerza destructora de la crisis había puesto en graves aprietos a los grupos dominantes para articular los intereses de todos los ciudadanos en un programa nacional común. La pérdida de Cuba y Filipinas desmoronaba el consenso alcanzado a finales del XIX y destruía una forma de vertebración en la que el modelo colonial tenía un peso determinante. Sin los negocios de ultramar recobraban nuevos bríos las tensiones autonomistas, sobre todo en Cataluña, la región más industrializada y próspera de España. En las Antillas,

los industriales y comerciantes de Barcelona tenían grandes intereses y su abandono hizo arrear la marejada de irritación contra Madrid, a cuya testarudez se responsabilizaba injustamente del desenlace. Por el contrario, la negativa de los empresarios barceloneses al libre comercio de Cuba, la gran reivindicación de la burguesía isleña, estaría entre los agravios que prepararon la catástrofe.

Con la sacudida del 98 numerosos propietarios de Cataluña confían al *catalanismo* su desahogo contra los gobiernos de la monarquía: el Estado castellano, incompetente y anacrónico se había dejado arrebatar el mercado colonial, en la práctica, monopolio de Barcelona. La conciencia *nacional catalana* exigía ahora mayor participación en la vida pública, reconocimiento de sus singularidades culturales y la reforma del régimen político que, de repente, se convertía en un estorbo para el desarrollo de Cataluña. Ni tan siquiera la retórica del discurso gubernamental puede ocultar el lento proceso de desnacionalización, sin paralelo en Europa, iniciado a raíz del examen de las responsabilidades de Cuba y Filipinas. En el 98 España pierde su discurso nacional en favor de las sensibilidades centrifugas, que ilegitiman el unitarismo precedente, mientras el Estado, carente de instrumentos consensuados, sólo podría imponerse por la fuerza al mostrarse ineficaces las invocaciones a la grandeza de la patria para movilizar las masas. De ahí el tono áspero de la fractura noventayochista, reflejo de la imposibilidad conservadora de unificar, en nombre de la nación, la comunidad que ésta representa y de orientarla hacia un proyecto común. La sacudida es dramática en Cataluña:

«¿Dónde estás España, dónde que no te veo?
 ¿No oyes mi voz atronadora?
 ¿No comprendes esta lengua que entre peligros te habla?
 ¿A tus hijos no sabes ya entender?
 ¡Adiós, España!»
 (Joan Maragall, **Oda a España**)

Un aire bien distinto es el de los versos del nicaragüense Rubén Darío, que en 1899 en plena desilusión del adiós a las colonias, daba ejemplo de optimismo:

«Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire
 mientras la onda cordial alimente un ensueño
 mientras haya una viva poesía, un noble empeño
 un buscado imposible, una imposible hazaña,
 una América oculta que hallar, vivirá España.»

España con pulso

Inducida por una minoría despierta, la mala conciencia del 98 no es sino una crisis de modernización de España, a la que intentaron curar los regeneracionistas de Polavieja, los catalanistas de Cambó, los conservadores de Silvela o los universitarios europeístas de la generación del 14. Con Cataluña siempre en el punto de mira la urgencia por dar autenticidad al sistema promueve los primeros atisbos de descentralización y el empeño de acomodar el ejército a los tiempos nuevos, mediante el servicio militar obligatorio sin excepciones a los ricos, que inspiran a Blasco Ibáñez sus reflexiones sobre el obligado patriotismo de los pobres. Otras iniciativas pretenden ensanchar las bases del régimen, integrando en él, de una u otra forma, dos aspectos representativos de la España vital, la socialdemocracia y los regionalismos.

Si se prescinde de su metafísica nacionalista, los catalanes de Cambó coincidían en sus reclamaciones con la meditación de los pensadores castellanos y quienes hablaban de Cataluña como el gran problema nacional no se daban cuenta de que la verdadera cuestión radicaba en una forma de ver España que impedía el progreso catalán y el del conjunto de los españoles. Habría que esperar a la Constitución de 1978 para desagrar a todos los ciudadanos que con el desengaño de 1898 se habían dolido de aquella España destartada y centralista. Ochenta años más tarde las reivindicaciones de los noventayochistas encontraban satisfacción en un texto constitucional. Por fin España era un Estado fuertemente descentralizado, sensible a la demanda democrática y atento a las peculiaridades de sus regiones.

Todas aquellas reivindicaciones históricas del amanecer de los nacionalismos, que, sobre todo, los catalanistas manifestaron, quedaban satisfechas con la Constitución de 1978 pero no parece que los nacionalismos estén dispuestos a cambiar su discurso. Reconocidas la democratización del sistema, la descentralización administrativa y la heterogeneidad cultural de España los nacionalismos buscan su legitimación entre los rescoldos de los hechos diferenciales y la incompreensión del poder central. Sin embargo, el problema no radica en el hecho diferencial sino en la voluntad diferenciadora, que la Constitución de 1978, más que aplacar, contribuyó a recrudecer. Así el debate sobre la nación amenaza con matar de aburrimiento y pesadumbre a unas cuantas generaciones de españoles, a los que la polémica sobre su identidad puede llevar al encefalograma plano.

Y si palabras como tétrico, sombrío, trágico o melancólico componen el vocabulario habitual de los escritores más noventayochistas

(Javier Varela, *El mito de Castilla en la generación del 98*: Claves, marzo, 1997)... es claro que estos adjetivos no sirven para retratar ni la España de Almodóvar, ni la de las Olimpiadas de 1992. Ni el paisaje de Castilla erigido por los del 98 en símbolo y mito nacionalista tiene parentesco alguno con el color y el panorama de una España de mil tierras y otros tantos cielos. «Amo tanto a Castilla... los únicos paisajes integrales que ha perpetuado mi paleta...» diría Ignacio Zuloaga.

En plena desolación del 98 los españoles descubren al Greco, cuyos cuadros habían sido motejados de «caricaturas absurdas» por el pintor Madrazo. Cuando España busca un camino nuevo, reaparece el credo estético de cuerpos alargados y fantasmagórica iluminación, del que se sirve un grupo de artistas para retratar con sus pinceles la imagen literaria de una España negra, doliente y agónica que ya había adelantado Darío de Regoyos.

Nada tan sombrío y noventayochista como los temas del guipuzcoano Ignacio Zuloaga para quien el negro era el color más hermoso y el más español. El estereotipo español difundido por Zuloaga —damas amantilladas, toreros, clérigos, sufridos picadores— le haría famoso primero en París. En España, sin embargo el éxito fue menos rotundo. Triunfaba Joaquín Sorolla, que con influencias parisinas del luminismo impresionista retrató el verano mediterráneo pero también algunos paisajes castellanos, entre otros, varios cuadros de Toledo, en las antípodas del de Zuloaga. El pintor valenciano le dijo una vez a Unamuno, para escándalo del bilbaíno, que la preocupación dominante de los españoles era el goce sexual, que él no veía tristeza por ningún lado. Por eso se le acusó a Zuloaga de dar una imagen distorsionada de España e ignorar la inquietud científica de muchos españoles y sus esfuerzos de renovación (Javier Varela, arriba cit.).

Pintores vascos y catalanes recrean una imagen deformada y abusiva de los otros españoles —sin contar con ellos— y serían precisamente estas imaginaciones pictóricas las que representarían a la generalidad de sus compatriotas, calando hondo el estereotipo en las propias regiones de donde salieron. Los escritores periféricos harían lo mismo, al inventarse un modo de ser español que no se corresponde a la realidad pero que luego la mediatizaría.

El siglo positivo

Cien años después del descalabro colonial, las contradicciones del 98 aparecen claras en una España democrática y plural, bien afirmada en el conjunto de las naciones. La primera de todas ellas, el pesi-

mismo noventayochista de sus intelectuales en un país, cuya economía florece y las ciencias adelantan. A pesar de tanto llanto hubo mucho de positivo en aquella sacudida de conciencias provocada por el hundimiento colonial que pondría en marcha como ha escrito José Varela Ortega, lo que hasta el día de hoy ha sido la ortopedia de modernización de España.

El sello del noventa y ocho lo llevan la política hidráulica, con que se estrena el siglo, la inquietud economicista, las obras públicas de la dictadura de Primo de Rivera, la obsesión pedagógica de la Segunda República y hasta el propósito industrializador de Franco. Más que una respuesta aislada y pesimista, el 98 es una reacción provechosa, que «venía e iba desde y a lo lejos y que buscaba la expiación por vía de contricción imitativa: la modernización». Para redimir las culpas de la derrota, apunta Varela, los españoles no se pusieron el cilicio retrospectivo sino que intentaron imitar a quien le castigaba, de tal forma que el mundo euroatlántico se convirtió en el ejemplo a seguir. ¡Lástima que en ocasiones se abandonara el modelo, manteniéndose viva la incurable paradoja de una España, mezcla de chapuza y modernidad, madre y madrastra, cielo teológico y tierra firme!

SESION DE INAUGURACION

Carmen Iglesias

Real Academia de la Historia

UN 98 SIN LLANTO. ESPAÑA CON PULSO

Señoras y señores, queridos amigos,

Agradezco en primer lugar el honor que me dispensan al brindarme la oportunidad de estar hoy entre ustedes y tener el gusto de presentar, en esta inauguración del Ciclo de conferencias, al Prof. Richard Herr, con quien me une una vieja y profunda relación de amistad y admiración intelectual y humana. Gracias especialmente a la Fundación BBV y a la Fundación Grupo Correo, siempre ambas en vanguardia de iniciativas culturales, que han auspiciado y organizado este ciclo de conferencias alrededor de uno de los temas más apasionantes y candentes para los próximos meses.

Esta conmemoración —algo distinto de la «celebración»— de los acontecimientos que desembocaron en lo que tradicionalmente hemos llamado «el 98» enlaza con la necesidad e interés de historiadores y ciudadanos por situar tales acontecimientos en un marco histórico que amplía considerablemente la percepción tradicional —y un tanto tópica— que comúnmente ha circulado. Y ayuda a «objetivar» en la medida de lo posible unos hechos complejos que no tienen una sola dimensión y que no pueden despacharse simplemente con una imagen de «desastre» generalizado. Muy al contrario, la historia comparada —el relacionar siempre lo que ocurre en el interior con lo que está pasando a escala europea y mundial— y el enriquecimiento historiográfico de los últimos veinte-treinta años (los historiadores han multiplicado sus fuentes, sus «formas de curiosidad» según señalaba François Furet, sus métodos historiográficos) ayudan a comprender en profundidad un período de nuestra historia especialmente crítico.

En este sentido, el ciclo que hoy comienza puede ser modélico de ese empeño que cada vez preocupa más a los historiadores de las distintas ramas y especialidades: esto es, cómo salvar cierto «décalage» existente entre lo que evidencia el estudio e investigación

histórica y su transmisión a un público culto general. La propia conferencia inaugural que el Prof. Herr ha escogido me parece que transmite en el mismo título esa diferenciación entre lo que más o menos podemos situar como lo realmente acontecido —pues podemos en la distancia temporal ver sus múltiples y complejas interrelaciones— y lo que en general se cree que aconteció (creencias que muy frecuentemente están dominadas por tópicos simplificadores y maniqueos, pero que, como sabemos, aunque no sean reales, *crean* realidad). Y más concretamente, entre lo que los españoles perciben de su propia historia —una y otra vez— y la visión y percepción de la misma en el exterior.

Si tuviera que resumir lo que, a mi parecer, está latente en el ciclo y lo que, con diferentes matices, la mayor parte de los historiadores —a partir de las investigaciones seminales de José M.^a Jover y otros ilustres maestros— estamos en términos generales de acuerdo en amplios sectores, resaltaría:

1. En primer lugar, la constatación de que 1898 no es un fenómeno genuinamente español, sino que arranca de una crisis de identidad nacional *européa* (sobre todo en los ámbitos latino y eslavo), Hay varios 98: Portugal en 1898, con el inesperado ultimátum que le dio Inglaterra, su aliada habitual, exigiendo la retirada de tropas portuguesas que intentaban enlazar sus posesiones de Angola y Mozambique; Italia en 1896, con la derrota de Adua; Francia, humillada por los ingleses en Fachoda en 1898. Varios 98 que se desarrollan en un contexto internacional *imperialista* y en la creencia en Inglaterra y Alemania de que existían «naciones vivas» y «naciones moribundas» —las latinas—, que acabarían siendo ocupadas por las primeras.

El estudio comparado de estas situaciones creo que ha contribuido a sacar a nuestro país de esa especie de ensimismamiento que hacía del «excepcionalismo» —ese pecado mayor de los historiadores, como ya lo definió otro ilustre hispanista— la explicación central de determinados «cortocircuitos de la modernidad» que no son exclusivos de la historia española sino que, en circunstancias socio-históricas determinadas, se encuentran igualmente en otros países de nuestro área occidental.

2. Un segundo punto en este resumen muy sintético es que el 98 español hay que situarlo más allá de la queja y el victimismo que transmitieron los por demás magníficos escritores y artistas de la época y posteriores. Basta repasar el desánimo de los intelectuales en toda Europa en la década de los años diez y veinte: escritos apocalípticos y catastrofistas; crítica feroz a las libertades formales y a la democracia y sus políticos; profetis-

mo utópico —y muchas veces irresponsable— ante movimientos revolucionarios que parecían anunciar el «hombre nuevo»; espejismos de pensar que un «cirujano de hierro», un «caudillo» ordenaría un mundo político y social en el que predominaba —ciertamente— el conflicto, la desigualdad y la fuerza.

3. Una de las paradojas, no la única, del 98 es que, si bien el «desastre» se percibió en el ámbito político y militar como una catástrofe —y desde luego lo fue en aquel contexto— a ello se añadió en gran medida una suerte de fatalismo con el que se creía que continuaba una supuesta «decadencia» imparable de España desde el siglo XVI (uno de esos mitos historiográficos de larga duración); pero, *en la realidad*, sin embargo, se vivió un *auge económico y cultural* impresionante.

* Por lo que respecta a la *cultura*, la nómina de escritores y artistas que van ustedes a analizar en este ciclo justifica la denominación estupenda de *Edad de Plata*, que se ha dado a la cultura española de las tres primeras décadas del siglo XX, y en la que además el número de vascos ilustres es verdaderamente notable.

* En cuanto a la economía española postnoventa y ocho, los historiadores económicos han demostrado que, no sólo no se interrumpió, sino que *se intensificó el proceso de industrialización* de las anteriores décadas; *se invirtieron enormes sumas* en la economía y finanzas españolas —no hubo pérdida de confianza de los inversores—; los capitales repatriados de Cuba y Filipinas —unos 2.000 millones de pesetas-oro de la época— crearon, entre otras instituciones, el Banco Hispano-Americano (1900), el Banco de Vizcaya (1901) y el Banco Español de Crédito (1902). Es decir, que, en general, hubo una *continuidad* en el desarrollo económico, con aceleración en algunos sectores,

Naturalmente, al lado de esto había unas desigualdades sociales y una agitación e inestabilidad que, por lo demás, se daba de forma similar en toda Europa (aunque algo más atemperado todo en Inglaterra), si recuerdan ustedes lo que es la historia de esas décadas europeas.

Tampoco se interrumpe la relación con Cuba después del 98. Es intensísima en todos los niveles: migratorio (se calculan alrededor de un millón de emigrantes, principalmente asturianos y gallegos, que se instalan en Cuba entre 1900 y 1930), económicos, y muy en especial emocional y personalmente. El vínculo entre españoles y cubanos da una continuidad especial a las relaciones entre ambos pueblos nunca interrumpida.

4. Todo ello ejemplifica la complejidad de una época y de sus desajustes, problemas y cortocircuitos. No es en absoluto un buen momento histórico (si es que hay alguno que se pueda calificar así, cosa dudosa, pues siempre los contemporáneos tendemos a pensar que nuestra época es la peor): Hay que recordar que todavía la media de vida en buen número de países occidentales, entre ellos España, está en 1900 en 35 años, si bien aumentará la esperanza de vida en los veinte años siguientes hasta 50 años (frente a los 80 de nuestra actualidad); que España seguía siendo un país de «emigración en masa», una emigración por lo demás generalizada en toda Europa, que había supuesto a lo largo de veinticinco años, la pérdida —y al tiempo el desahogo— para el continente europeo de 32 millones de personas; que el índice de analfabetismo en España en 1900 alcanzaba al 61 % de la población; que las jornadas de trabajo y las condiciones de vida eran para grandes sectores sencillamente espantosas.. Pero, sin embargo, los apuntes y signos de mejoramiento se estaban multiplicando, a pesar de los desajustes.

5. En fin, no quisiera cansarles con estas notas impresionistas que tendrán ustedes ocasión de ver muchísimo mejor expuestas y sistematizadas en el cielo que hoy se inicia, pero de alguna forma sí querría transmitir ese relativo acuerdo historiográfico al que antes aludía, en el sentido de recoger lo que consideramos *la herencia dual* de los hombres del 98. La grandeza y el genio literario o artístico, plenamente reconocidos, de escritores, artistas e intelectuales, no es lo mismo que tomar literalmente sus ataques incendiarios a veces a la política de la época, o tomar como dogma inmovible la interpretación *sui generis* de una historia de España que no habían investigado, pero a la que sin embargo amaban y por ello «se dolían».

Esta herencia dual, en parte, contribuyó a llenar lo que en términos sociológicos, si me permiten ustedes un cierto lenguaje técnico, se puede llamar el *imaginario político y simbólico* de los españoles. Llenaron este *imaginario* de amor y patriotismo por el paisaje, las gentes, la vida cotidiana, pero también de estereotipos e interiorizaciones pesimistas difícilmente erradicables y que, a veces, no concuerdan con esa realidad compleja, en zigzags como es la propia condición e historia humana y, concretamente, la situación de España en aquellos momentos, en realidad inmersa en los problemas de modernización de toda Europa. Recuerden ustedes que, en realidad, costó dos guerras mundiales el poder pactar y buscar soluciones a los problemas que planteaba el paso de un régimen liberal oligárquico a regímenes de democracia y participación de masas; el poder encontrar los mecanismos, la arquitectura institucio-

nal política y económica que atenuara las desigualdades notorias que existían para caminar hacia una sociedad más igualitaria con un mínimo de bienestar para todos. En definitiva, como herederos contemporáneos de los ideales de los mejores hombres del 98, hay que insistir en la *herencia positiva de aquel impulso hacia el futuro*, sin ensimismarse en la letanía de lamentaciones y agravios.

España inició entonces su andadura contemporánea y en buena medida se puede decir que la España de 1998 ha conseguido en esa historia compleja —una historia en la que no ha faltado el aprendizaje del sufrimiento y los retrocesos y que, además, es una historia por definición vulnerable e inacabada—; ha conseguido —decía— llevar a la práctica muchos de los anhelos suscitados por los pensadores noventayochistas. El profesor García de Cortázar nos hablaba en algún artículo reciente, así como en seminarios y comisiones en los que hemos coincidido alrededor de esta problemática del 98, de europeización, desarrollo económico, desarrollo cultural, alfabetización, obras públicas (esa política hidráulica que *absolutamente todos los gobiernos del siglo XX* han impulsado como uno de los remedios fundamentales para el desarrollo del país), articulación con realidades regionales, aplacamiento de tensiones sociales, aprendizaje y ejercicio de la convivencia y del diálogo como resultados a medio y largo plazo de aquella gran crisis. Aunque estos ideales sólo se hayan realizado y se realicen en parte, ése es el camino para el siglo XXI.

En fin, me toca terminar con la parte más agradable de esta presentación: la de referirme directamente al Prof. Richard Herr. Su trayectoria académica, universitaria, está rodeada, como no podía ser menos, de los máximos honores. Catedrático de Historia en la Universidad de Berkeley (California), director que fue durante muchos años de su prestigioso Departamento de Historia, es uno de nuestros más eminentes hispanistas, capaz de ver nuestra historia con el distanciamiento propio del científico, pero al tiempo con esa «piedad» en el sentido clásico que los griegos exigían siempre para el estudio del pasado: «piedad» que reside en la capacidad de no proyectar nuestros propios y actuales valores sobre hombres y mujeres que se movieron en otro contexto histórico y, por tanto, el no arrogarse nunca la tarea de «jueces» de la historia, no repartir cual pequeños dioses omnipotentes premios y castigos a nuestros antepasados.

El Prof. Herr, que une a sus grandes conocimientos, un talante humano lleno de generosidad, de sentido del humor, de gusto por la singularidad de cada persona en sí, ha escrito sobre nuestra historia páginas luminosas y canónicas, de obligada referencia. Su quehacer histórico ha abarcado tanto la historia económico-hacendís-

tica, como la historia política general y la historia del pensamiento. En todas estas facetas ha dejado su impronta de profundo investigador y de sabio humanista.

Entre sus obras fundamentales, hay que mencionar la que supuso un hito en los estudios sobre la historia del Antiguo Régimen, tanto por su metodología como por su contenido: *España y la revolución del siglo XVIII*, objeto de innumerables ediciones y en la que, por primera vez junto con la también impresionante obra de Sarrailh, se demostraba —en contra de los tópicos (el Prof. Herr, como persona siempre joven intelectualmente y al tiempo riguroso, es uno de esos grandes «desfacedores» de estereotipos)— se demostraba, decía, la importancia y el alcance de una Ilustración española que —tanto desde las interpretaciones conservadoras como revolucionarias— se empeñaban en negar. Otra de sus grandes obras seminales es sin duda *La Hacienda Real y los cambios rurales de la España contemporánea*, publicada hace unos siete años, producto de muchísimos años de paciente y rigurosa investigación, y que es una fuente decisiva para entender los problemas con los que se enfrentó el cambio de siglo. Es autor asimismo de preciosas monografías sobre temas españoles —y franceses, a veces, recuerdo con especial provecho sus estudios sobre Montesquieu—, entre los que quisiera destacar un excelente artículo comparando la Constitución de 1812 española con su inspiración norteamericana —de nuevo, ruptura de tópicos— y otro bastante reciente —con el que nos deleitó hace un par de años en Salamanca—, titulado «El principio de la virtud y la crítica, política: los orígenes de la Monarquía constitucional en Francia y en España», en el que analizaba con especial finura y humor la literatura panfletaria y caricaturesca que se lanzó en un determinado momento, de forma bastante sistemática, contra la «virtud» de las reinas (M.^a Antonieta en Francia, la reina M.^a Luisa en España), contribuyendo a provocar el descrédito y la deslegitimación de unas familias reales que perdían uno de los ideales caros a la Ilustración, «*la virtud política*». Podría verse como uno de los primeros intentos de desacreditar un espacio y función pública a través de la injuria, calumnia, medias verdades o directamente invenciones que afectaban a las vidas íntimas de mujeres de la realeza. Toda una lección política que preparaba la revolución.

He dejado para el final mencionar otro libro del Prof. Herr por el que sé que él tiene especial cariño, su *Ensayo histórico de la España contemporánea*. Escrita su primera versión en inglés en 1971, pero publicada en castellano en 1977, después de la transición democrática por tanto, es sin duda una muestra de su sincero amor por nuestro país y su deseo y confianza de «hombre de bien» en los españoles y su futuro.

Hay que darle las gracias por todo ello. El Gobierno español se lo reconoció al otorgarle la distinción de la Gran Cruz de Isabel la Católica y otras distinciones que Universidades y centros españoles le han ido merecidamente galardonando. Él y su mujer, Valérie, vinculada a una de las instituciones liberales más representativas de nuestra historia académica, la del Instituto de Miguel Ángel, 8, de la que fue Directora, son siempre recibidos con todo nuestro afecto y gratitud.

Por lo demás, la sencillez personal de Richard Herr —como sólo los verdaderos sabios pueden serlo— se transmite en un castellano jugoso, como podrán ustedes comprobar, y lleno de humor y simpatía. Oír a Richard Herr en coloquios y conferencias ha sido siempre un placer y un enriquecimiento personal, que hoy quisiera reconocer públicamente, como homenaje a alguien que ha hecho de la historia española su segunda patria.

LA GUERRA DEL 98 VISTA EN UN MARCO UNIVERSAL

Richard Herr

Catedrático de Historia de la Universidad de Berkeley (California)

El 20 de abril de 1898, doña María Cristina, Reina Regente de España, se dirigió a las Cortes para pedirles que declarasen la guerra a los Estados Unidos. La víspera, el Congreso norteamericano había autorizado la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas en Cuba si España no concedía inmediatamente la independencia. Las Cortes declararon la guerra el día 23, y el Congreso respondió en la misma moneda al día siguiente. Así empezó una guerra que no deseaban los dirigentes de ninguno de los dos países. Al presidente William McKinley, veterano de la amarga Guerra Civil norteamericana, le horrorizaba ser responsable de la muerte de más jóvenes. El presidente del Consejo de Ministros, don Práxedes Mateo Sagasta, había hecho todo lo posible, desde su punto de vista, para evitar las hostilidades. El Gobierno conservador de su antecesor, don Antonio Cánovas del Castillo, había rehusado hacer concesiones frente a la insurrección cubana, iniciada en 1895. Pero Cánovas murió asesinado el 8 de agosto de 1897, y Sagasta, su sucesor liberal, concedió gobiernos autónomos a Cuba y a Puerto Rico.

La Junta revolucionaria cubana, sin embargo, había rechazado la oferta, consciente de que la opinión pública norteamericana apoyaba su demanda de independencia. La prensa amarilla norteamericana había revelado, y exagerado, el sufrimiento causado por el sistema de reconcentración de la población cubana establecido por el general Weyler. Este había decretado la concentración en campamentos de los campesinos cubanos con objeto de aislar a los insurgentes, pero los reconcentrados sufrían hambre y enfermedades, lo que provocó una mortalidad elevada. Los periódicos de Hearst y Pulitzer multiplicaban el número de muertos e inventaban atrocidades de los españoles con el objeto de aumentar su tirada. Según ellos, las vidas y las propiedades norteamericanas en Cuba estaban

siendo sacrificadas. Mantenían que estaba siendo la guerra más brutal de la historia del mundo civilizado. Los Estados Unidos tenían diversos intereses en Cuba, un mercado importante e inversiones en haciendas de azúcar, pero el público estaba convencido de que su país entraba en la guerra por razones puramente humanitarias, para proteger a los cubanos de la crueldad de los españoles. Los diputados norteamericanos, presionados por sus electores, forzaron la mano del Presidente. Por su parte, Sagasta parece haber estado convencido de que la concesión de la independencia a Cuba, accediendo así a la demanda norteamericana, provocaría un levantamiento o un golpe militar en España. Y la Reina Regente insistía en que preferiría abdicar a ceder parte del patrimonio de su hijo.

Los adversarios eran muy desiguales. España tenía una población de 18 millones y medio, los Estados Unidos, de 74 millones, además de ser un país más industrializado. El desplazamiento de la marina de guerra norteamericana era de 116.000 toneladas, el de la española, de 57.000, es decir, menos de la mitad; así mismo, el número de cañones de la marina norteamericana era más del doble que el de la marina española. Además, los Estados Unidos estaban mucho más cerca del campo de batalla.

Los militares españoles reconocían la imposibilidad de la situación. El almirante Pascual Cervera, que comandaba la escuadra de Cádiz, citó estos hechos y manifestó ante el Gobierno que no quería ser cómplice de aventuras que conducirían con seguridad a la ruina total de España. Pero el Consejo de Ministros, convencido de que la marina española era la mejor preparada, desoyó sus advertencias.

La guerra se desarrolló más o menos como había anticipado Cervera. El comodoro Dewey dirigió su escuadra desde Hong Kong, donde el secretario de Marina en funciones, Theodore Roosevelt, la había estacionado, hacia Manila. Fue allí donde arremetió, el primero de mayo, contra la escuadra del almirante Patricio Montojo, poco acorazada y con inferior artillería, que quedó destruida. Murieron 161 marineros españoles y ninguno de los americanos. En el Atlántico, a pesar de sus protestas, Cervera cumplió la orden de llevar su escuadra a Cuba, dejando sin defensa las costas españolas. Llegó hasta la bahía de Santiago en la costa sureste de la isla, donde se abrigó. No tardó en ser bloqueado por una escuadra norteamericana dos veces más numerosa. A finales de mayo, fuerzas del ejército norteamericano desembarcaron en las proximidades de Santiago para atacar la ciudad y amenazar la escuadra de Cervera.

El ataque norteamericano a Santiago empezó por tierra el primero de julio, y el día 3, Cervera dirigió la fuga de su escuadra. La estre-

cha boca de la bahía sólo permitía la salida de los barcos de uno en uno, haciendo de cada buque que salía blanco propicio de toda la escuadra norteamericana. Se perdieron todos los barcos, unos hundidos, otros encallados. Destruída la marina española en el Atlántico y en el Pacífico, y con la mayor parte de Cuba bajo control de los insurgentes, la guerra estaba decidida. Sin embargo, el conflicto aún duró más de un mes. El 16 de julio, el comandante español en Santiago se rindió, forzado por la falta de agua y de víveres. A finales del mes, una parte de las fuerzas norteamericanas invadió Puerto Rico, mientras que otra tomaba Manila en agosto. El 18 de agosto, España y los Estados Unidos acordaron el cese de las hostilidades. Doña María Cristina anunció al presidente McKinley que España había luchado con un único propósito: vindicar su prestigio, su honor y su nombre.

Aunque la guerra fue breve, se combatió heroicamente por ambos bandos. Los buques españoles, a pesar de su insuperable inferioridad, resistieron con empeño hasta quedar fuera de combate, aceptando bajas estratégicamente inútiles. En El Caney, pequeño pueblo al norte de Santiago, unos quinientos españoles resistieron, sin artillería, el ataque de cinco mil quinientos norteamericanos, hasta que únicamente quedaron unos ochenta en condiciones de seguir luchando. Duró la batalla ocho horas, y se libró a Santiago del ataque militar norteamericano.

Por su parte, el primero de julio, las tropas norteamericanas, compuestas por unos ocho mil hombres, asaltaron la loma de San Juan, frente a la ciudad de Santiago, bien defendida. Poco experimentados en la guerra, atacaron sin apoyo artillero y murieron a centenas bajo el fuego español. Entre los más arrojados figuraron los soldados negros de caballería e infantería, así como los *Rough Riders*, vaqueros voluntarios comandados por Theodore Roosevelt. Obviamente, se trataba de casos excepcionales, pues no todos los soldados, tanto de un lado como de otro, demostraron tanto valor.

Ambos bandos trataron al enemigo como un adversario honorable. Los marineros norteamericanos, admirados del valor de los españoles, se aproximaron a los barcos en llamas para salvar la vida de los que se encontraban desamparados en cubierta o corrían riesgo de morir ahogados. El capitán Eulate, del crucero español *Vizcaya*, fue saludado, tras su rescate, por la tripulación norteamericana. Ofrecida su espada al capitán Evans, éste la rehusó, y lo condujo hasta su cabina para que fuera atendido de sus heridas. La guerra entre países occidentales, a finales del siglo XIX, seguía siendo una cuestión de caballeros.

Ya conocemos el resultado. En virtud del Tratado de París de noviembre de 1898, Cuba obtuvo la independencia. (Cuba sufrió durante varios años la presencia de un ejército de ocupación norteamericano, extremo que no figuraba en el Tratado.) En lugar de reparaciones, los Estados Unidos recibieron Puerto Rico, las Filipinas y Guam, y pagaron veinte millones de dólares por las instalaciones españolas en las Filipinas. La opinión pública norteamericana manifestó gran oposición a la adquisición de las Filipinas, preciándose de ser un país no imperialista, pero otras voces insistían en su deber, como pueblo avanzado, de ayudar a los más atrasados. El escritor inglés Rudyard Kipling, en un célebre poema, les instó a asumir «la servidumbre del hombre blanco» (*the white man's burden*). Durante la guerra, y después de medio siglo de indecisión, el Congreso norteamericano había aprobado la integración del Reino de Hawai en los Estados Unidos. La guerra había demostrado la importancia de la posesión de dicha base en el Pacífico. Una vez aceptadas las islas Hawai, las Filipinas aparecían como el siguiente paso obligado. La generación del 98 salió del Desastre convencida de que España no estaba a la altura de los países más modernos. Sin embargo, creo que podemos modificar este juicio si dirigimos la mirada a lo que, por estas mismas fechas, sucedía en otras partes del mundo.

Una semana después de la derrota de Cervera, una expedición francesa al mando del capitán Marchand llegaba a Fashoda, aldea del Alto Nilo. Había venido desde Brazzaville, a orillas del río Congo, y gracias al esfuerzo casi inhumano de miles de indígenas, había logrado remolcar desde un afluente del Congo hasta otro del Nilo el barco de vapor que lo transportaba. En Fashoda izó la bandera tricolor francesa en lo alto de un viejo fuerte egipcio. Dos meses después, el general Kitchener, con cinco barcos de vapor y tropas inglesas y sudanesas, llegaba a Fashoda, tras remontar el Nilo desde Jartum. Pocos días antes, en las proximidades de Jartum, el ejército británico y egipcio que comandaba había matado, con fuego de ametralladora, a diez mil derviches del ejército del Khalia, quien controlaba el Sudán. Las bajas del ejército anglo-egipcio fueron sólo unas doscientas cincuenta. ¿Quién iba a controlar ahora el Alto Nilo? Francia se imaginaba dueña de una ancha franja del Africa, extendiéndose de oeste a este desde el Sahara hasta el mar Rojo. Animada por Cecil Rhodes, Inglaterra deseaba una línea de ferrocarril inglesa desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. El Sudán, donde se entrecruzaban ambas aspiraciones, se encontraba aún sin ocupar. Los ingleses insistían en que la victoria de Kitchener sobre los derviches se lo otorgaba a Egipto por derecho de conquista, y Egipto era un protectorado de Gran Bretaña. El encuentro en Fashoda sería decisivo. Kitchener protestó contra la presencia de Marchand. Este replicó que le era imposible salir sin haber recibido órdenes de su Gobierno.

Ambos se trataron con perfecta cortesía. Decidieron que las dos banderas podrían ondear en Fashoda hasta que la cuestión fuera resuelta en París y en Londres, tras lo cual, Kitchener invitó a Marchand a tomar un whisky con soda. En las metrópolis, el encuentro provocó un escándalo. Desde hacía años, el público inglés venía felicitándose por la expansión del Imperio, celebrando cada nueva adquisición. La gloriosa victoria de Jartum lo había entusiasmado. Llegaron entonces noticias de la presencia francesa en el Nilo. Los periódicos condenaron a los franceses calificándolos de «merodeadores» y de «hez del desierto». Instaban a declararles la guerra si era necesario. En el Parlamento, los partidos políticos se mostraron unidos frente al reto francés. En Francia, el público se encontraba absorto en el caso del judío Dreyfus. Emile Zola había publicado su *J'accuse*, revelando la injusticia cometida por el ejército al condenar al capitán Dreyfus, acusado de traición, con el objeto de proteger a unos oficiales no judíos. El Gobierno francés, debilitado por la crisis, ofreció negociar. Londres insistió en que primero debía retirarse Marchand. Consciente del honor nacional, París rehusó. Las fuerzas navales británicas fueron desplegadas: una flota en el canal de la Mancha, otra en Gibraltar, otra en Malta y otra encargada de defender el canal de Suez. De este modo quedaba inmovilizada la marina francesa en caso de guerra. La marina francesa era la segunda del mundo, pero en comparación con la británica, era como la española frente a la norteamericana. Algunas voces insistieron en que el honor nacional exigía ir a la guerra aunque la derrota fuera cierta, pero el Gobierno se mostró más sensato. El 4 de noviembre de 1898 decidió evacuar Fashoda. Francia había sido humillada ante el mundo, y los periódicos ingleses se regocijaron. A finales de ese mismo mes, España y los Estados Unidos firmaban su tratado.

La escena siguiente nos lleva al otro extremo del Africa. Los holandeses se habían establecido en la región del cabo de Buena Esperanza en el siglo XVII, pero en 1815, el Tratado de Viena la entregó a Gran Bretaña. El descontento entre los colonos holandeses, conocidos como «bóers», y los ingleses, llevó a aquéllos a mudarse hacia el interior, donde en los años cincuenta establecieron dos repúblicas bóers independientes: el Transvaal y el Estado Libre de Orange. En 1886 se descubrió oro en el Transvaal. La fiebre del oro así desencadenada atrajo a muchos aventureros, sobre todo ingleses. Los bóers —campesinos y protestantes estrictos— estaban resentidos por su presencia, y les negaban los derechos de naturalización y de voto. Capitalistas de El Cabo, encabezados por Cecil Rhodes, invirtieron grandes sumas en las minas de oro, y buscaban un pretexto para la anexión de las repúblicas a la colonia británica. Exageraban las deficientes condiciones que imponían los bóers a los forasteros, ejercían presiones para que se introdujeran refor-

mas y reclamaban la ayuda de Londres. Finalmente, en 1899, hartos de las exigencias de los ingleses, los bóers les declararon la guerra.

En un principio, los bóers contaban con ventaja: tenían de sesenta a setenta mil soldados decididos, armados con fusiles y cañones alemanes, frente a unos cincuenta mil soldados británicos, muchos de ellos voluntarios escasamente adiestrados. Las columnas bóers se adentraron en territorio británico, poniendo sitio a varias plazas. Entre éstas se contaba Mafeking, muy al norte de la colonia, en la misma línea ferroviaria que Rhodes deseaba ver llegar algún día hasta El Cairo. Era un pueblo fronterizo al estilo del Lejano Oeste americano, habitado mayoritariamente por indígenas. No hacía mucho que habían llegado al mismo unos ochocientos soldados, sin apenas artillería, bajo el mando del coronel Baden-Powell. A éstos se les habían sumado unos cuatrocientos voluntarios de la población. Disponían de cuantiosos víveres y de bastante munición en los almacenes de los comerciantes. Un contingente de siete mil soldados bóers, con algunas piezas de artillería, los sitió el 14 de octubre de 1899. Se sucedieron las escaramuzas y el bombardeo casi diario de la población, aunque, en realidad, ambos bandos se limitaron a esperar, los atacantes con la intención de que se agotaran las provisiones de los sitiados, y éstos con la esperanza de que llegara una fuerza de socorro. Por desgracia para los defensores, las fuerzas británicas se encontraban a la defensiva en otros frentes. El primero de enero de 1900, los bóers celebraron el siglo nuevo con un bombardeo de seis horas. El 20 de enero, después de tres meses de sitio, Baden-Powell calculó que podría resistir, con dificultades, hasta finales de marzo. A primeros de febrero se le notificó que debería hacer durar sus víveres hasta finales de mayo. Redujo las raciones e hizo salir por la noche a los indígenas que se habían refugiado en el pueblo. Finalmente, el 15 de mayo, los sitiados supieron que una columna de socorro avanzaba desde el sur. Dos días después, la columna trabó batalla con los sitiadores y consiguió levantar el cerco. El sitio había durado siete meses. Sobre los habitantes, castigados por el hambre y el desgaste nervioso, habían caído más de veinte mil proyectiles.

La opinión pública británica había seguido con ansiedad las noticias procedentes de Sudáfrica. Conmovidos por la defensa de Mafeking, convirtieron en héroes a sus soldados. La noticia del levantamiento del cerco fue ocasión de grandes festejos. Las calles y los tranvías de Londres se llenaron de banderas, las tabernas servían las bebidas gratis, había ciclistas que circulaban mostrando la fotografía de Baden-Powell y los empleados de la Bolsa arrojaban monedas de oro, y hasta billetes de cinco libras, a la muchedumbre. En los barrios populares, la juventud bailaba en las calles y los obreros desfilaban cantando aires patrióticos. Años más tarde, los testigos re-

cordaban la «noche de Mafeking» como una ocasión aún más emocionante que el armisticio de la I Guerra Mundial. El verbo *to maffick*, derivado del nombre Mafeking, entró a formar parte de la lengua inglesa con el significado de «celebrar desenfrenadamente».

El rescate de Mafeking fue un golpe fatal para la moral de la población bóer. En mayo y en junio, los británicos invadieron con nuevas tropas las dos repúblicas. En septiembre de 1900 la guerra ya había terminado, y los territorios fueron incorporados a la colonia británica. Al acabar la guerra, los británicos disponían de trescientos mil soldados en Sudáfrica. Se entabló a continuación, durante dos años, una guerra de guerrillas, sin esperanza alguna.

Los ejemplos de Fashoda y de Mafeking demuestran el grado de atención con que el público de los países occidentales seguía las vicisitudes imperiales a finales del siglo pasado. No eran solamente los ingleses los conmovidos. Cuando se inició en los años setenta la nueva oleada de imperialismo europeo, aún quedaba gran parte del África sin ser ocupada por los occidentales. Con la ayuda de nuevo armamento, nuevos medicamentos y nuevos medios de transporte, exploradores y misioneros se adentraron en el continente. Los periódicos y las organizaciones patrióticas daban publicidad a sus hazañas y a las hostilidades que los indígenas les hacían padecer, al tiempo que presionaban a sus Gobiernos para que, mediante el envío de tropas, los protegieran y ocuparan territorios. Las teorías del naturalista Charles Darwin acerca de la evolución orgánica habían convencido al gran público de que la lucha entre naciones y razas era inevitable, y de que la supervivencia de los más aptos contribuía al progreso de la civilización. Un país sin imperio no conseguiría hacerse con un lugar bajo el sol. Por añadidura, los partidarios del imperialismo insistían en que el imperio constituía una fuente de materias primas y de mercados para la industria, aunque, de hecho, la mayoría de las colonias suponían en gastos más de lo que producían en ingresos. En 1870, el 10 % del África estaba bajo banderas europeas; veinte años más tarde, la proporción era del 90 %. Aun los Gobiernos más indecisos se vieron desbordados. En 1871, al término de la guerra franco-prusiana, Francia ofreció a Prusia sus colonias si ésta no se quedaba con Alsacia-Lorena. Bismarck no veía provecho en un imperio colonial y declinó la oferta, manifestando que una política colonial sería para Alemania lo que las martas cebellinas para los nobles polacos a quienes falta la camisa. Pero no tuvo en cuenta la propaganda de los viajeros y misioneros, ni las organizaciones patrióticas que por entonces se formaron. Trece años después, él mismo proclamaba el protectorado alemán sobre África del Sudoeste (la actual Namibia), al que siguió pocos meses más tarde el de África del Este (futura Tanganika).

Todo gobierno que no se mostrara a la altura de las circunstancias corría el riesgo de verse en serias dificultades, como ocurrió en el caso de Portugal. Al inicio de la fiebre colonialista, Portugal, que poseía algunas factorías en las costas de Angola y Mozambique, mantenía que Angola no tenía límite oriental, ni Mozambique límite occidental; es decir, pretendía tener derecho a la franja que cruzaba de Este a Oeste el cono sur africano. En las décadas setenta y ochenta, el Gobierno envió varias expediciones con el fin de explorar el interior del continente. El Congreso Internacional de Berlín de 1885 resolvió que la potencia que quisiera tomar posesión de un territorio africano debía establecer sobre el mismo un control efectivo y poner en conocimiento al resto de las potencias. Era recomendable establecer acuerdos con las tribus africanas, pero no imprescindible. Francia y Alemania aceptaron la reclamación de Portugal en relación con la franja transversal del Africa. Con la seguridad de este apoyo, el Gobierno publicó un mapa del Africa Portuguesa Meridional, con la mencionada región coloreada de rosa, tono con el que se indicaban las posesiones portuguesas. Enterados del asunto, Cecil Rhodes y los británicos de Sudáfrica se alarmaron, dado que las pretensiones portuguesas chocaban con los planes de establecer un corredor británico del Sur al Norte. Se enviaron telegramas a Londres desde Ciudad de El Cabo, y Londres envió a su embajador en Lisboa un ultimátum para Portugal: que en un plazo de veinticuatro horas ordenase a sus expediciones evacuar la región y que renunciase a su título de posesión. Era el 11 de enero de 1890.

Tres meses hacía que el rey Carlos había ascendido al trono portugués. Tenía 26 años. Prescindiendo del Consejo de Ministros, convocó el Consejo de Estado. Resulta fácilmente imaginable el estado de ánimo en la reunión. Inglaterra era el aliado más antiguo de Portugal. Ya desde la Edad Media había contado con ella frente a España, le había librado además de la invasión de Napoleón, y Portugal le había recompensado con un estatus comercial único. Y ahora insistía este amigo de toda la vida en robarle buena parte de su Imperio. Era una jugada inesperada y rastrera. Algunos mantenían que el honor nacional exigía el rechazo del ultimátum, y que las otras potencias les apoyarían. Otros observaron que Gran Bretaña podía conquistar con facilidad todas las colonias portuguesas, y quién sabía si jamás podrían ser recuperadas. Adoptando el parecer del Rey se decidió aceptar, bajo protesta, el ultimátum. Portugal hubo de aceptar a regañadientes el tratado presentado por Gran Bretaña, que establecía las actuales fronteras de Angola y Mozambique. El sueño de una gran Africa portuguesa se había desvanecido.

La crisis del «mapa color de rosa» constituyó una calamidad para el régimen portugués: el Ministerio dimitió, la prensa y algunos políti-

cos denunciaron la capitulación, y el público —por lo menos, el público políticamente consciente— acusó a la Corona de ser responsable de la derrota. Se repetía que la alianza anglo-portuguesa convertía a Portugal en vasallo de Gran Bretaña y que servía únicamente para mantener a los Braganza en el trono. La crisis también modificó la vida política. Existía un sistema político llamado «rotativismo», similar al turno pacífico español, basado en el caciquismo. La crisis socavó el sistema al aumentar el interés popular en la política. El partido republicano, hasta entonces de escasa importancia, ganó en popularidad. Una sublevación militar republicana en Oporto, en 1891, estuvo a punto de triunfar. En años subsiguientes, el rey Carlos, al igual que Alfonso XIII más tarde, se entrometió cada vez más en política, llegando en 1906 a prestar su apoyo a una dictadura ministerial. Había quedado desacreditado, y fue asesinado en 1908. Dos años después, una revolución destronó a su hijo Manuel II y proclamó la República. La Casa de Braganza nunca se restableció. Como en cualquier otro proceso histórico, muchos factores confluyeron en la caída de la Monarquía, pero la pérdida del apoyo popular como consecuencia del desastre del «mapa color de rosa» jugó un papel central.

La escena siguiente nos lleva al Extremo Oriente, donde fijaremos nuestra atención en la guerra chino-japonesa de 1894. La historia se inicia con la intromisión del Occidente en el Oriente en la época moderna. Los jesuitas entraron en contacto con el Japón en el siglo XVI, pero en el XVII el nuevo régimen Tokogawa los expulsó y suprimió a los japoneses convertidos al cristianismo, matando a muchos de ellos. Durante dos siglos, el Japón permaneció cerrado para los europeos. A los holandeses se les permitió quedarse con una pequeña factoría en Nagasaki, pero se les impedía adentrarse en el país.

Mientras tanto, se estableció un comercio europeo con China, limitado al puerto de Cantón. El té era el producto de mayor exportación. Los ingleses introdujeron el opio, y cuando el Emperador chino intentó acabar con el comercio de dicha droga, Gran Bretaña, en 1841, pasó a la ofensiva en nombre del librecambio. La escuadra británica incluía un tipo de barco inusitado: un barco de vapor acorazado, con el significativo nombre de *Némesis*. El *Némesis* hizo saltar por los aires a los juncos chinos y aterrorizó a la población de la costa. Gran Bretaña impuso la paz en sus propios términos: la cesión de Hong Kong y la apertura de cinco puertos al extranjero. Este fue el primero de los llamados «tratados desiguales». En las décadas siguientes, el Imperio Chino sufrió nuevas derrotas y firmó nuevos tratados desiguales con Gran Bretaña y con otras potencias europeas. Los europeos llegaron a controlar Shanghai y otros puertos, se enriquecieron con el comercio chino y concedie-

ron préstamos al Emperador que les procuraron nuevas concesiones.

Presionado por los acontecimientos, el Gobierno imperial trató de introducir algunos avances en materia militar e industrial, pero los mandarines que lo dominaban no prestaban ninguna atención a la tecnología y desdeñaban el comercio. Estaban convencidos de que la cultura china, de raíz confucionista, era superior a cualquier otra, y sus conatos modernizadores carecían de entusiasmo y resultaban ineficaces. Adquirieron buques de guerra de fabricación inglesa y alemana, pero luego desviaron el presupuesto naval para sufragar la construcción del palacio de verano de la emperatriz viuda Tz'u-hsi. Cuando estalló la guerra con el Japón, se encontraron con que los acorazados carecían de obuses, y que algunos de los proyectiles tenían arena en lugar de pólvora.

En 1853, el comodoro norteamericano Matthew Perry ancló su escuadra en la bahía de Edo, capital del Japón, para insistir sobre el derecho de comercio. Regresó a la primavera siguiente para recabar la respuesta, y amenazó con la guerra si el Japón se resistía. El Gobierno cedió, pero la población de Edo no iba a olvidar jamás la visión de los barcos del comodoro Perry, negros y amenazadores. Durante los años siguientes, los japoneses abrieron sus puertos a las potencias occidentales. Aunque se vieron obligados a aceptar tratados desiguales, su reacción no siguió la pauta de la de los chinos. Les había llegado la noticia de la cesión de Hong Kong, y conocían la suerte del Imperio vecino. Se convencieron de que la única manera de evitar la misma suerte era la modernización, es decir, la imitación de la tecnología y la cultura occidentales. Con este fin, en 1867 llevaron a cabo una revolución política que eliminó el gobierno tradicional de los shogunes Tokugawa y dejó el campo libre a los occidentalizantes. Se la conoce como la Restauración Meiji, que devolvió el poder efectivo al Emperador. Los japoneses disfrutaban ya de un buen nivel de vida, y los nobles samurais que formaban la clase dirigente aceptaban la importancia del comercio. Abandonaron sus trajes tradicionales por la ropa de corte occidental. El nuevo régimen envió estudiantes al extranjero e invitó a personalidades académicas occidentales a establecer colegios y universidades. Se trasladó la residencia del Emperador de Kyoto a Edo, y esta última ciudad fue rebautizada con el nombre de Tokio («capital oriental»); se introdujeron los tranvías, las oficinas de correos al estilo francés, las fábricas de textiles al estilo inglés, y un ejército y una marina calcados de los europeos. Y todo esto, no porque los japoneses estimaran a los occidentales, sino porque recelaban de ellos y les tenían antipatía. Toda esta actividad abocó en la formación de una fuerte conciencia nacionalista, fundada sobre una nueva reverencia hacia la figura del Emperador.

Como era de esperar, los japoneses acabaron convenciéndose de que para estar a la altura de los tiempos precisaban de un imperio. Para iniciar la expansión, el lugar más indicado era Corea, la región continental más cercana al Japón. En un pasado lejano, el Japón había tenido derecho a la posesión de Corea, y ahora temía que un país occidental se la apropiara, amenazando de esta manera al mismo Japón. Desde hacía siglos, Corea había sido un Reino vasallo del Emperador chino. También lo habían sido Birmania e Indochina, y sin embargo, Gran Bretaña y Francia se habían apropiado de ellas. ¿Por qué no podía corresponderle Corea al Japón? El Japón puso en conocimiento del Emperador de China su interés en contar con un régimen amigo en Corea. En 1894 hubo una sublevación contra el Rey coreano. China envió tropas para proteger al monarca, y el Japón hizo lo propio con el fin de insistir sobre sus derechos. La sublevación fracasó, pero China continuó enviando tropas. Un convoy marítimo chino se cruzó con dos cruceros japoneses e hizo fuego sobre ellos. En el incidente, los barcos chinos fueron hundidos o quedaron apresados. Fue así como empezó la guerra. Hubo dos batallas: una terrestre, en la que el ejército japonés, bien armado, destruyó al chino; la otra naval, en la que los cruceros japoneses hicieron frente al grueso de la marina china, hundiendo cuatro barcos y forzando la huida de otros dos. La victoria japonesa fue tan completa como la norteamericana de 1898. Nadie, ni en China ni en Europa, se lo esperaba así. El tratado de paz concedió Formosa (actual Taiwan) al Japón, así como la península Liaotung, en las proximidades de Pekín. Corea fue declarada independiente. En la elite de los mandarines la derrota produjo una consternación inimaginable. Una potencia asiática considerada como inferior, y que había aceptado la nefasta civilización occidental, había humillado al Emperador de la China. La diferencia entre ambos imperios se hizo patente en los encuentros en los que se negoció el tratado de paz. Se conservan fotografías de la mesa de negociación. De un lado, los representantes japoneses, vestidos con traje occidental: pantalón y chaqueta oscuros, camisa blanca y corbata, la cabeza descubierta, el cabello como si hubiera acabado de recibir los cuidados de un peluquero londinense. Del otro lado, los representantes chinos, vestidos según los cánones más tradicionales de la aristocracia china: manto ceremonial bordado, coleta y bonete. El contraste no podía ser más llamativo.

En lo sucesivo, ningún chino bien informado podía ignorar que su país se encontraba a merced del mundo exterior. De modo inevitable, la culpa recayó sobre el régimen imperial. Durante los años que siguieron, el joven Emperador dio su apoyo a los intentos de modernización, pero la emperatriz viuda Tz'u-hsi, que tenía en sus manos los resortes del poder, se opuso y logró hacer encarcelar a su hijo. Con el fracaso de los intentos de reforma, los patriotas se

dieron cuenta de que la única manera de mejorar las situación pasaba por la supresión del Emperador. Algunos, como Sun Yat Sen, viajaron a los Estados Unidos y al Japón para prepararse. En 1911, muerta ya Tz'u-hsi, la revolución china expulsó al nuevo Emperador niño y proclamó la República. La derrota ante el Japón en una guerra imperialista fue la coyuntura crítica que se halla en el origen de la caída del Emperador chino.

El Japón ya tenía un imperio y se encontraba al nivel de los países europeos. En años sucesivos se fue deshaciendo de los tratados desiguales. Para su contrariedad, sin embargo, Francia, Alemania y Rusia se unieron para informar al Japón de que se oponían a la posesión japonesa de la península Liaotung, e insistieron en que ésta le fuera devuelta a China. El Gobierno japonés no tuvo otro remedio que ceder, pero el mencionado ultimátum no hizo sino fortalecer el sentimiento anti-occidental en el público y en el Gobierno japoneses. El antagonismo llegó a su colmo cuando China cedió a Rusia la dicha península Liaotung junto con Port Arthur. Es decir, que ahora Rusia ocupaba el lugar que le había sido negado al Japón; y Rusia era, de los países europeos, el que más preocupaba a los japoneses. A mediados de siglo, los rusos se habían anexionado la costa situada al norte de Corea y que teóricamente había pertenecido a China, y en 1860 fundaron la ciudad de Vladivostok. A lo largo de los años noventa construyeron el ferrocarril transiberiano hasta dicha ciudad y obtuvieron concesiones por parte de China en Manchuria. En 1901, Rusia introdujo tropas en Manchuria cerca de la frontera coreana. El Japón protestó, y consiguió establecer una alianza con Gran Bretaña, ganando así en prestigio internacional y animando a su Gobierno a resistir ante los rusos. El pueblo japonés estaba dispuesto a ir a la guerra si Rusia no se avenía. En Rusia, mientras tanto, el zar Nicolás II se mostraba decididamente resuelto, el Ejército deseaba una base en Corea y el Gobierno estaba preocupado por las protestas callejeras organizadas por los partidos constitucionalista y socialdemócrata.

Debemos recordar que Rusia era el único país de Europa que aún no tenía ni constitución ni parlamento representativo a nivel nacional. El Zar seguía siendo un monarca absoluto. No obstante, desde los años sesenta y, sobre todo, a partir de 1890, existía un movimiento constitucionalista muy activo. Hacía aún menos que se había fundado el partido socialdemócrata, de inspiración marxista, que ganaba adeptos entre los obreros de las nuevas fábricas. Confrontados los ministros del Zar con una oleada de manifestaciones, discurrieron que la victoria en una pequeña guerra podría reforzar su posición y acallar a la oposición. Con los Gobiernos de ambos países dispuestos para la contienda, sólo faltaba hacer saltar una pequeña chispa, que vino cuando el Japón insistió en que Rusia reti-

rara las tropas que había introducido en Manchuria, y Rusia se negó a hacerlo.

En febrero de 1904, la marina de guerra japonesa bombardeó la flota rusa en Port Arthur. Las declaraciones de guerra de ambos bandos no se hicieron esperar. Siendo Rusia un país europeo, tanto los consejeros del Zar como el resto de Europa consideraban segura su victoria. Pero el Japón volvió a sorprender al mundo al obtener victoria tras victoria. Las fuerzas japonesas, modernas y bien organizadas, contrastaban con las rusas, anticuadas y sin preparación; además, Rusia tenía la desventaja de encontrarse muy lejos del frente de guerra. El ejército japonés venció a las tropas rusas en Manchuria, y consiguió, tras un sitio de cinco meses, la rendición de Port Arthur. Para colmo de males, cuando llegó la flota rusa desde el mar Báltico, tras recorrer dos tercios del globo, fue inmediatamente atacada y destruida por los japoneses, quedando sus barcos hundidos o apresados. La repercusión internacional fue tremenda. Por vez primera, una potencia asiática había vencido a un país occidental. El Imperio ruso había quedado deshonrado. Los rusos se vieron obligados a reconocer los intereses japoneses en Corea, abandonar Port Arthur y ceder al Japón la mitad de la isla Sakhalin. Cinco años después, el Japón incorporaba Corea a su Imperio.

En Rusia, el desastre debilitó al Gobierno del Zar, dejándole impotente para resistir a los sublevados, que terminaron por imponer la Revolución de 1905. Los revolucionarios forzaron al Zar a abandonar la vía autocrática y a promulgar las Leyes Fundamentales que instauraban un parlamento representativo, la Duma. Rusia se convertía así, por lo menos teóricamente, en una Monarquía constitucional. El zar Nicolás se resistía, sin embargo, a aceptar la autoridad de la Duma y volvió a gobernar de manera autocrática durante la I Guerra Mundial, cediendo la iniciativa a la Zarina y a su misterioso consejero, el campesino Rasputin. Esta reacción provocó el distanciamiento de los constitucionalistas y contribuyó materialmente a la revolución de marzo de 1917, que abolió el Imperio de los zares. (La revolución de Lenin vendría después, en noviembre.) Como en el caso de China, la derrota humillante en una guerra imperialista había sido el principio de la caída en el abismo.

¿Qué conclusiones aplicables a España podemos extraer de este repaso al mundo de finales del siglo XIX? Como demuestran las crisis de Fashoda y Sudáfrica, los conflictos imperialistas conmovían a la opinión pública tanto o más que los problemas domésticos, por lo menos en el caso del público al que llegaba el nuevo periodismo, hasta el punto de que la suerte de un gobierno o de un régimen dependía de su victoria o su derrota en un conflicto imperial. Esto era

así no sólo en los países europeos, sino también en los asiáticos. Una derrota imperial, especialmente una humillación infligida por un país no europeo, tenía consecuencias trascendentales, si no inmediatamente, al cabo de algunos años. Cayeron la Monarquía portuguesa y el Imperio chino. El Imperio ruso perdió su poder absoluto e inició el declive hacia su derrumbamiento total. ¿Y la Monarquía española? También fue humillada por una nueva potencia no europea. Sus fuerzas armadas estaban igualmente desatendidas. Sus pérdidas, además, fueron incomparablemente superiores a las de las otras potencias. Perdió colonias que le habían pertenecido desde el siglo XVI, donde contaba con colonos, gobiernos establecidos e importantes inversiones. Portugal y Rusia tuvieron que abandonar expansiones recientes o reclamaciones sin una base seria. China perdió Formosa, pero se trataba de una isla sin explotar. De acuerdo con nuestro análisis, si había un país donde el régimen debía haber sufrido, ese era España. Y sin embargo, la Monarquía española resistió. Cuando la Constitución fue suspendida en 1923, los responsables fueron el Rey y el Ejército. Por fin la Monarquía fue derrocada en 1931, pero lo fue porque el Rey se había aliado con un dictador. Sin duda, la derrota de 1898 desprestigió al régimen. La prensa había exaltado el espíritu del pueblo del Quijote contra los «yanquis choriceros y cobardes» y ahora exigía responsabilidades al Gobierno. Los capitalistas catalanes que sufrieron pérdidas en Cuba subvencionaron la Lliga Regionalista, que iba a librar las elecciones catalanas del control de Madrid. Los regeneracionistas, desde Joaquín Costa hasta Antonio Maura, abogaban por hondas reformas. No obstante, no puede trazarse una línea directa entre el Desastre y la caída de la Monarquía. Lo que es más: en ninguno de los casos restantes se ha restaurado el sistema monárquico; en España, sí.

Hay que llegar a la conclusión de que la Monarquía española tenía echadas raíces muy hondas en el seno de la nación. La historiografía española del siglo XIX ha subrayado, quizás en demasía, los defectos de la Monarquía constitucional, el raudal de pronunciamientos y constituciones, el favoritismo, el caciquismo; y se ha centrado excesivamente en las fuerzas opuestas al régimen: el republicanismo, los nacionalismos catalán y vasco, el anarquismo (que acababa de asesinar a Cánovas) y la rebelión intelectual del 98. El panorama mundial al que acabamos de dar un repaso nos obliga a reconocer también la fortaleza de la Monarquía, su capacidad de resistir una catástrofe que debilitó fatalmente otros regímenes monárquicos tan antiguos como el español. ¿Qué explicación de ello podemos dar? Hay algunas explicaciones posibles: la Corona no había perdido del todo la fuerza moral de que gozaba en el Antiguo Régimen, y la Monarquía constitucional y parlamentaria estaba muy arraigada en la nación. No se originó mediante una imposición de los revolu-

cionarios franceses o de Napoleón, ni como imitación de una revolución parisina, como ocurriera en 1848 en otros países, sino que se inició con las Cortes Nacionales extraordinarias de Cádiz. En otro lugar creo haber demostrado que la Constitución de 1812 fue fruto de la inspiración autóctona proveniente de la Ilustración española. Seguidamente, el sistema constitucional se ajustó a las fuerzas vivas del país: los terratenientes, la Iglesia, los industriales y empresarios urbanos, y el Ejército. Mi colega David Ringrose ha propuesto la explicación de que en el siglo XIX existía una red de elites que unía Madrid y la Corte con las provincias, una elite aristocrática, política y comercial, unida por lazos de parentesco y de patronazgo. Según su interpretación, esta red vendría de muy atrás en el tiempo, pudiéndose ver sus orígenes en las oligarquías municipales de los Austrias. En torno de esta elite, el partido moderado erigió un nuevo sistema político a mediados del siglo. Cánovas lo perfeccionó, despojándole de sus elementos más desagradables. Joaquín Costa y los de la generación del 98 vieron en el turno pacífico y el caciquismo, junto con la oligarquía que los manejaba, una corrupción del ideal democrático; pero lo cierto es que el sistema permitía mantener unidas a la Monarquía las fuerzas que, por entonces, podían verdaderamente representar un peligro. Por otra parte, la mayoría de los críticos del sistema pretendían reformarlo, no suprimirlo; entre ellos, tanto los socialistas como los catalanistas. De los republicanos, Castelar se había reconciliado con la Monarquía. La generación del 98 hallaba la culpa del atraso en el carácter nacional, que venía de muy lejos y del que el régimen no era causa, sino síntoma y manifestación. Únicamente los anarquistas pretendían su destrucción.

Ultimamente, los trabajos de Albert Carreras, Gabriel Tortella, David Ringrose y otros están contribuyendo a cambiar nuestra imagen del desarrollo económico decimonónico. Este no constituyó, como se ha venido manteniendo, un fracaso, sino un progreso paulatino que preparaba el futuro. El florecimiento de la economía española de las últimas décadas nos ha forzado a reconsiderar el siglo XIX. Podemos sugerir que también el éxito de la Monarquía democrática actual desde la transición exige semejante replanteamiento de la historia política decimonónica. Tomando como base la presente revista de la situación mundial a finales del siglo pasado, no parece que los españoles fueran tan incompetentes políticamente como nos harían creer las lamentaciones de los miembros de la generación del 98.

EL 98: REALIDAD Y LITERATURA

José Carlos Mainer

Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza

¿Qué queda del 98? A primera vista, en la vida española queda bien poco. Dentro de la toponimia urbana de todas las ciudades siempre hay una calle de Ramón y Cajal que recuerda esa suerte de desquite de los años del Desastre que fue la concesión del Premio Nobel de Medicina a don Santiago en 1906. También en todas las capitales hay una calle de Joaquín Costa que recuerda a aquel tribuno encendido que predicaba «despensa, escuela y siete llaves al sepulcro del Cid», y tampoco suele faltar una calle de Isaac Peral, que es uno de los innumerables señores que en el siglo XIX inventaron un submarino, que era una cosa que, a lo que parece, se inventaba por doquier. El de Peral parece que tuvo el mérito singular de funcionar y no oxidarse demasiado: fue un submarino de derechas, porque el anterior del catalán Narcís Monturiol era un submarino federalista y de izquierda. Y está allí todavía en el puerto de Cartagena, formando parte de un monumento que lo deja ver a los paseantes en la única ciudad que tiene un monumento a la memoria de los caídos en la guerra hispano-cubano-norteamericana. El submarino de Isaac Peral no llegó a intervenir, ni mucho menos, en las hostilidades de la contienda, pero fue la referencia de lo que podía haber sido una invención militar española renovadora.

Poco más que eso queda del recuerdo vivo del 98 en España, aparte de aquellas otras cosas que casi entran en el capítulo de la ternura doméstica: el que las tiendas donde se venden comestibles se hayan llamado, y algunas se llamen todavía, con el nombre evocador de «ultramarinos». O que los españoles, cuando nos referimos a que algo no es para lamentarlo tanto, decimos «más se perdió en Cuba», como si supiéramos qué es lo que efectivamente se perdió.

Algunas ciudades tienen más que otras sus recuerdos del 98. En Bilbao, en 1899, la Biblioteca Vascongada de Fermín Herrán publi-

có el libro más noventayochesco de cuantos vieron la luz en la España de entonces, un libro que recoge casi como un manual lo que fue el 98 para los intelectuales españoles más críticos. Me refiero a *Hacia otra España*, de Ramiro de Maeztu, uno de cuyos capítulos, precisamente, se titula «Bilbao». El autor traza allí el elogio de la reciente industrialización bilbaína, la que había convertido una ciudad de «escritorios con olor a bacalao» (como recordaba el viejo Orueta) en una ciudad fabril. Y Maeztu pensaba que «del mismo modo que la guerra de Troya fue un rodeo que se tomó la caprichosa naturaleza para producir la *Iliada*, así podemos considerar la red ferroviaria y el hormigón de fábricas como el pedestal sobre el que se yerga una generación de artistas. Sobre las cimas de chimeneas vibrará la lira del poeta y vibrará desde lo alto». Maeztu en 1899 parecía presagiar un trueque de la ciudad industrial por la ciudad artística, por el emporio del arte, cosa que, de hecho, iba a tardar bastantes años en producirse, y nunca del todo. Pero un bilbaíno (porque Maeztu era vitoriano), Miguel de Unamuno, tuvo en esos mismos años la rara virtud de convertir Bilbao en un espléndido escenario imaginario. Unamuno *creó* Bilbao como todo gran artista *crea* lo que describe. No siendo bilbaíno, yo soy de los que han recorrido las viejas calles del Casco Viejo, de los que han recorrido la calle de Sombrerería hasta llegar a lo que es hoy la plaza Miguel de Unamuno, y ha iniciado luego la ascensión de las calzadas de Mallona, llevando como breviario los textos que luego Unamuno recogería en un librito tan enternecedor como *De mi país*, o como los *Recuerdos de niñez y mocedad* que vieron la luz en 1908. En este sentido, la villa de Bilbao está en deuda todavía con Miguel de Unamuno y, si hace ya algunos años se publicó un libro de Luciano G. Egido que tiene un título precioso, *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, a lo mejor habría que hacer otro libro hermoso que se llamara *Bilbao, la cuna que brizó el sueño de Unamuno*. Así que Bilbao no es ajeno, ni mucho menos, al significado de la literatura de fin de siglo, al significado literario del 98, que es lo que trataré de considerar en esta conferencia, a la que he buscado poner un título con pretensiones en cierto modo dialécticas: «El 98: realidad y literatura».

Y es que, al hablar de la realidad y la literatura del 98, he querido tomar como punto de partida de las reflexiones que siguen un problema fundamental: la peculiar relación de la realidad que nos rodea con la literatura que la refleja o que la suplanta. ¿Qué es lo que entendemos por «la realidad»? O por mejor decirlo, ¿somos capaces de saber algo de la realidad fuera de lo que es la imagen de ella que formamos en nuestra conciencia? Esa realidad, ¿es real por sí misma o consta simplemente de las imágenes que proyecta el interior de nosotros mismos? Pues ese, precisamente, fue uno de los temas capitales de la literatura de fin de siglo. La mayoría

de estos escritores tuvieron como punto de partida tal conflicto interior: diferenciar entre la realidad y su conciencia, entre la realidad y su imagen de ella. Pío Baroja, cuando se definía como «un fauno reumático que ha leído un poco a Kant», aludía precisamente a ese problema en su dimensión más filosófica. Kant había sido el primero que había llamado la atención, a finales del siglo XVIII, sobre la imposibilidad de decir nada filosóficamente estable y serio sobre la realidad, puesto que no podíamos saber otras cosas que lo que nosotros filtrábamos de ella a través de nuestras posibilidades perceptivas. Antonio Machado tuvo toda la vida ese problema y, de hecho, su poesía personal y la estupenda prosa de sus apócrifos —particularmente, Abel Martín— fueron un devanar constante de esas relaciones difíciles entre la realidad y la conciencia propia. Machado llegó a expresar el conflicto en un poema tardío y quizá no muy bueno, una especie de coplilla que dice: «el ojo que ves, no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve». Obsérvese que allí Machado reconocía que lo que estaba fuera tenía derecho a ser, sin necesidad de que lo consideráramos a través de la imagen que teníamos de ello. Es decir, que había un «tú esencial» e independiente: que había un ojo que era ojo, al margen de que nosotros lo viéramos o dejáramos de verlo. Incluso en Azorín, que a primera vista parece un escritor tan marcadamente realista, un escritor en cuya prosa los objetos parecen tener vida propia, esa imagen de la realidad parece ser contaminada siempre de la imagen previa que de la realidad tenemos en nuestra visión, en nuestra percepción. En el libro *Castilla*, de 1912, un libro precioso por otra parte, hay un capítulo final en el que Azorín me parece que escribió una de las cosas más significativas a nuestro propósito. Ese capítulo final de *Castilla* nos cuenta el melancólico regreso de un hombre, de uno de esos meditabundos que Azorín pintó tantas veces, quien —ya muy anciano— se ha quedado ciego y que vuelve, que regresa al lugar castellano donde nació. Va contando cómo viaja en una pesada y vieja diligencia, cómo luego transborda a un coche más pequeño, cómo se encamina hacia su antigua mansión y cómo por el camino va preguntando a quienes le acompañan si las cosas que él recuerda siguen estando como estaban. La descripción hermosísima que este libro nos hace de unas viñetas, de un paisaje interior y exterior de finales del siglo XIX, responde, en el fondo, a una curiosa dialéctica: ¿qué es la realidad que se describe? La realidad que recuerda un ciego, no la realidad que sea real, sino una realidad confundida con la memoria. Una memoria que suplanta en cierto modo la existencia misma de la realidad. Repítanse ustedes, o tomen ustedes en consideración estas cosas, y entenderán de algún modo por qué la literatura del 98, en ese conflicto entre la realidad y su imagen, fue tan poco expresiva con respecto a los acontecimientos históricos de ese mismo año de 1898.

Si esta conferencia hubiera querido ser simplemente el reflejo de la realidad española de 1898 en la literatura española de 1898, acabaríamos seguramente muy pronto. Veamos el caso de Unamuno, por citar un autor que por razones de edad y de cercanía física tendremos que tener siempre muy próximo. ¿Qué hacía Unamuno en la primavera y comienzos del verano de 1898, es decir, en las fechas en las que llegaron las noticias del Desastre? El primero de mayo se supo del desastre de Cavite. A finales de junio, la noticia de la derrota de Santiago de Cuba. Unamuno, en aquel momento, se había desplazado de Salamanca a Vitigudino, a la finca de un amigo suyo, y tenemos cartas que Unamuno ha escrito a sus amigos de entonces, a Pedro Múgica fundamentalmente, diciéndoles que no está leyendo ningún periódico, que le da lo mismo lo que ocurra, que él se dedica a la contemplación del paisaje y, en todo caso, a recoger topónimos y voces castellanas del viejo dialecto salmantino. Escribe artículos, por supuesto, en estas fechas. En *La Estafeta*, por ejemplo, comenta la actitud de los burgueses españoles que han suscrito un empréstito del Estado al 6 %, lanzado para contribuir a los gastos bélicos y compara la actitud de estos españoles calculadores con la de los capitalistas norteamericanos que se frotan las manos pensando que se va a perder la zafra cubana y que van a subir los precios, los precios de un azúcar que ya era de ellos. Comparando las dos actitudes, Unamuno dice algo realmente tan fuerte como lo que sigue y cito: «Las guerras suelen ser una sangría que alivia las crisis del capitalismo a expensas de la salud general del organismo social entero». El artículo es bastante más largo y dice cosas bastante más crudas con respecto al significado de una guerra que se sabía perdida de antemano. Unamuno era de los muchos que lo sabían. Cuando, en noviembre, se había incorporado ya al curso escolar, se oía hablar continuamente de regeneración, mientras los diplomáticos españoles firmaban en París el famoso Tratado de París, que puso fin a la guerra. Entonces Unamuno publica un artículo precioso titulado «La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España», publicado en la gran revista *La España Moderna*, en donde se alza contra la idea misma de regeneración y donde, evocando a ese pueblo español, ese pueblo que él había llamado «intrahistórico» en 1895, dice algo tan duro como lo que sigue: «Cuando estalló la guerra, los españoles concientes, los que saben esas cosas de Historia y de Derecho y de honra nacionales, le quitaron muchos hijos [al pueblo], a quienes sus padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar [...] ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarlo otra vez de su sueño secular [...] Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida; si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los idiotas, mejor es que las naciones agonicen». Y fíjense que «idiotas», lo señalo al paso, no viene como insulto, sino

en el sentido originario que tiene en griego la palabra, sin ningún afán peyorativo ni de menoscabamiento.

Si pasamos lista a los demás personajes del elenco noventayochesco, veremos que a la mayoría de ellos no les importa demasiado la guerra. El año 1898, Baroja tomó una decisión importante en su vida: dejar de trabajar como regente en la panadería de su tía Juana Nessi, en Madrid, y dedicarse a la literatura; pero los cuentos y artículos que publica el año 1898 no tienen la más mínima relación con la guerra. Solamente tres artículos de Azorín en estas fechas aluden al tema de la guerra. Azorín, que todavía firmaba como José Martínez Ruiz, publica en 1901 *Diario de un enfermo*, donde el anónimo protagonista, que es un escritor que luego se suicida, también hace como Unamuno hacía en Vitigudino: se dedica a almacenar los periódicos sin leer, sin romper siquiera la fajilla. ¡Y son, sin duda, los periódicos que están hablando de lo que ocurre en la guerra de Cuba, porque la primera anotación del diario es del 15 de noviembre de 1898!

Los pocos textos que nos encontramos no son precisamente textos entusiastas con la guerra. Quizá el más significativo, el más hermoso, el más potente, sea una obra de Manuel Ciges Aparicio que apareció como folletón en el quincenario *Vida Nueva* en 1899 con el título «Impresiones de la cabaña» y que luego se recogió ampliada en el libro *Del cautiverio*, de 1903. Ciges Aparicio era un teniente del ejército español, no como profesional del ejército, sino por sucesivos reenganches, como una forma de sobrevivencia no infrecuente entonces. Estaba en relación con medios radicales y había publicado un artículo en el periódico *l'Intransigeant* de París, quizá el periódico más radical y más conocido del París de aquel momento, contra las autoridades militares españolas en la colonia de Cuba. El trabajo fue denunciado, y había supuesto su encarcelamiento en La Cabaña, que era el presidio militar de La Habana. Tenemos, por consiguiente, en el texto de Ciges una visión impresionante de los últimos momentos del dominio español en Cuba, y del propio y lúgubre interior de la vida militar. Hay escenas absolutamente sobrecogedoras, y casi me atrevería a decir que realmente dostoyevskianas, en este libro. Por ejemplo, la visión de un campo de lo que se llamaba «reconcentrados»: familias cubanas, criollas, negras o mulatas, que eran arrancadas de sus pueblos y encerradas, «reconcentradas», en los alrededores de La Habana, algo tristemente parecido a lo que hicieron los norteamericanos en la guerra del Vietnam. Hay una descripción terrible de estos campamentos, como hay una descripción espantosa del incendio de un bohío por tropas españolas, donde una mujer que está intentando rescatar sus enseres parece abrasada por las llamas a la vista de sus hijos. Escenas de la cárcel no menos impresionantes son, por ejem-

plo, los vejámenes que los presos infieren a los pobres soldados que han sido dados de baja en el ejército por enfermedad y que viven de la mendicidad en La Habana, ya que los mandos se han desentendido enteramente de ellos. Las escenas de torturas, el ominoso banquete en el que los presos devoran un gato con arroz, la representación cómica en que actúa un travestí, son otros momentos culminantes de *Del cautiverio*, un libro que ha sido reeditado en 1986 y que vale la pena leer como el mejor testimonio de esta guerra. Y es un libro que acaba cuando, desde su propia celda, Manuel Ciges Aparicio ve en la bahía de La Habana, en el horizonte del mar, a los barcos norteamericanos que para él significan no el final de una guerra, sino realmente el final de su personal cautiverio. Porque vino entonces una amnistía, y fue embarcado y repatriado en un barco español, en uno de aquellos buques de la Compañía Transatlántica, del marqués de Comillas, y nos cuenta que al salir del puerto de La Habana pasó por delante de los acorazados norteamericanos que estaban fondeados en las cercanías del puerto.

De la lectura de este libro de Ciges Aparicio sacamos la certidumbre de que la verdadera vida española no había que buscarla en la lamentación de unas batallas perdidas, de unas colonias arrebatadas, sino, en todo caso, en el interior del propio país. Ramiro de Maeztu en *Hacia otra España*, su libro de 1899, no lamenta el triste final de la guerra que ha sido como el cumplimiento de una profecía. Claro está que hay sus pequeños toques de patriotismo, pero no hay en él ningún canto al heroísmo que no sea el heroísmo civil. Las esperanzas de este libro resultan ser una ciudad como Bilbao, que ha realizado su revolución siderúrgica, o, por ejemplo, la imagen de una moza en jarras que, en un paso a nivel de Calatayud, contempla el tren en el que pasan los soldados: aquellos soldados, explica Maeztu, que el Gobierno español enviaba a las islas Baleares porque había tenido la peregrina pretensión de que igual los Estados Unidos (o quizá los ingleses) las invadirían. A la vista de esta muchacha, Ramiro de Maeztu dice que en sus poderosas caderas cabe otra España, si es que hace falta que otra venga a sustituir a la presente. Y ese tono de reencuentro con un país más real es el que aparece en las obras más significativas del momento. Yo he elegido una que ni siquiera está escrita en español, sino en catalán. Su autor, Santiago Rusiñol, es uno de los grandes escritores del *modernisme*, pero, por otra parte, era el hermano de Albert Rusiñol, un importante industrial textil que era el Presidente de Fomento del Trabajo Nacional, la mayor patronal catalana. Era un hombre, pues, que sabía de algún modo lo que se cocía en aquel momento en el país, que en 1903 publica y estrena una obra teatral, *El héroe*, que es enormemente significativa. *El héroe* es la historia de un muchacho atolondrado que ha hecho la guerra en Filipi-

nas, donde ha obtenido varias medallas a su comportamiento militar, y que regresa jactancioso a su pueblo natal, decidido a vivir del cuento en lo que le queda de vida. La descripción de su llegada triunfal, y la del personaje, son impresionantes. Rusiñol lo presenta así: «Vestido de rayadillo, gorra de paisano tirada para atrás con dos claveles, cuatro o cinco medallas en el pecho, el canuto de la licencia, un bastón a la espalda con un morral, muchas coronas y una guitarra». De esta guisa se presenta este muchacho en un pueblo catalán donde es acogido con calor por la población pero, sobre todo, con particular entusiasmo por el jefe de puesto de la Guardia Civil, que es quien constantemente le acompaña y el que ensalza, en términos más pintorescos, sus méritos militares. Pero este héroe es un héroe de papel que, de hecho, acaba por ser una plaga para todos sus vecinos, que enamora a la mujer de su mejor amigo, que se gasta el dinero que los padres han ahorrado para librar del servicio militar a su hermano pequeño, que logra meter absurdas ideas de heroísmo en la cabeza de éste. Al cabo, logra que casi todo el mundo le aborrezca hasta el extremo de que, en la terrible escena final, la que rompe el tono casi farsesco que ha tenido la obra, Joan, el marido engañado por el héroe, acaba matándolo con el propio sable que le han entregado en reconocimiento de su triunfo. Y cuando todos se asustan de aquella muerte, dice: «No, no he matado al héroe, he matado a un gandul; los verdaderos héroes son éstos». Y señala a los padres del héroe, que han seguido trabajando en su telar y que están construyendo la patria en unos términos muy distintos de los que el héroe pretendía. Estamos ya casi en un antecedente de Valle-Inclán.

Veinte años después, Valle-Inclán daría su personal visión de la guerra de Cuba y Filipinas en esa impresionante colección de tres «esperpentos» que se llamó *Martes de carnaval*, título que manifiesta un doble sentido: «martes» vale por día de la semana y por plural de «marte» en la acepción de «héroe militar». En todos aparece el recuerdo de la contienda de 1898. El protagonista del primero, *Las galas del difunto*, es un ex-soldado (Juanito Ventolera, un «pistolero repatriado») de la guerra de Cuba que vive de una mendicidad que legitima con su uniforme de rayadillo. En la segunda de las obras, *Los cuernos de Don Friolera*, aparece una de las escenas más imponentes que escribió Valle-Inclán: un tribunal militar de honor donde dos de los oficiales que participan han visto la campaña ultramarina. Uno de ellos, el teniente Cardona, nos dice: «Yo he pasado cinco años en Joló, Filipinas, los mejores de mi vida». Y presume incluso de que sabe hablar tagalo: «A ver, y cómo se entiende eso del tagalo, cómo se dice», le preguntan, y con todo aplomo responde: «Tambú, que quiere decir puta; nital budila, hijo de mala madre; bedetuquipan banbata, voy a romperte los cuernos». Y uno de los oficiales, ya algo amostazado, dice: «Al parecer posee usted

a la perfección el tagalo». A lo que contesta el teniente Cardona: «Lo más indispensable para la vida». A cambio, el teniente Rovirosa, que es otro de los participantes, proporciona la otra visión de lo que fue la guerra colonial: «No todos podemos decir lo mismo. Ultramar ha sido un negocio para los altos mandos y para los sargentos de oficinas. Mindanao tiene para mí un mal recuerdo. Allí enviudé y perdí el ojo derecho por la picadura de un mosquito». En la última de las obras de *Martes de carnaval*, en *La hija del capitán*, Valle nos da una visión esperpéntica de una historia real, el famoso crimen del capitán Sánchez, pero también una sátira feroz de los orígenes de la dictadura de Primo de Rivera. Al capitán protagonista hace Valle-Inclán que le apodenen «Chuletas de sargento», porque sobre él corre la leyenda de que cuando era un teniente en la tropa colonial ordenó filetear un sargento insurrecto cubano que había sido capturado y servirlo a la tropa.

No vayamos a creer que hay mucho más a propósito de la huella del 98 en la historia de las letras españolas del momento: de la relación entre realidad y literatura. Es evidente que nuestros compatriotas de entonces prefirieron mirar hacia otro lado, y lo cierto es que había otros sitios donde mirar, y había otras cosas que hacer y que decir. Porque si 1898, como tal fecha, como tal punto en el tiempo, significa poco en la literatura española, los años en que se incardina la fecha, los años del fin de siglo, fueron realmente de esplendorosa renovación de las letras y las artes españolas. Lo primero que se advierte en esa temperatura de ebullición es lo que, en términos brutalmente económicos, podríamos denominar un nuevo mercado literario. Y, consecuentemente, un nuevo «contrato» con el público. Los escritores firman —idealmente, por supuesto— un pacto distinto con sus lectores. Porque hay un público nuevo, porque hay unos escritores nuevos y porque hay también unos medios de difusión nuevos. Con esto estoy aludiendo a varias cosas que ocurren a la vez. Hay públicos nuevos porque la sociedad española de fin de siglo, la sociedad de 1898, es una sociedad que está cambiando: es una sociedad que está descubriendo la luz eléctrica, por ejemplo. Repárese en las posibilidades de lectura que se han incrementado con esa simple innovación técnica. Y es una sociedad en la que las ciudades están creciendo enormemente. Todo esto quiere decir que va surgiendo un público nuevo: clases medias mercantiles y profesionales, obreros industriales entre los que abundan lo que se llamaba en la época «obrerros conscientes»... Gentes que leen, con auténtica fe en el valor redentor y emancipador de la lectura, al lado de los cuales están surgiendo nuevos medios de difusión de la letra impresa: el periódico, las revistas... Hacia finales de los años setenta se instala en España la primera rotativa, en el periódico madrileño *El Liberal*, y a finales de los ochenta prácticamente casi toda la prensa española de importancia ha aban-

donado las máquinas planas que imprimían hoja por hoja. Las primeras revistas con ilustración fotográfica a las que entonces se daba ese nombre tan bonito de *magazines* (*Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, etc.) surgieron en el decenio de los noventa. Y fueron estas nuevas revistas o estos nuevos periódicos los que canalizaron hacia nuevos lectores la nueva literatura, y en ello estuvieron también los nuevos escritores. Se ha recordado muchas veces, desde que lo hizo Laín Entralgo, la historia de aquellos escritores del 98, que desde las provincias periféricas llegaban a Madrid. No quiere decir esto que la literatura española sea de origen más provinciano que lo haya sido antes. Emilia Pardo Bazán tampoco era de Madrid, Benito Pérez Galdós venía de Canarias, Clarín permaneció siempre en Oviedo, Menéndez Pelayo y Pereda fueron muy fieles a Santander, y el cosmopolita y culto Valera ejerció de andaluz en cualquiera de sus destinos diplomáticos o en su tertulia de Madrid. En el fondo, la literatura española casi siempre ha venido de la periferia, y pocas cosas fueron más íntimamente provincianas que la Restauración. Pero lo que ahora observamos es otra cosa. Los de fin de siglo son escritores que van a la conquista de la fama literaria y en esa pugna se vence con un brillante artículo de periódico, con una importante campaña de carácter político, con una actitud que llame la atención en una tertulia o en una redacción. Porque los escritores van a presentarse ante sus públicos y ante sí mismos bajo dos nuevas especies literarias, que no son estrictamente nuevas, pero que por primera vez empiezan a ser un ingrediente importante de lo que los escritores piensan de sí mismos y lo que los demás pensarán de ellos. Esas dos nuevas especies literarias son la de los bohemios y la de los intelectuales. Todos conocemos la versión más benévola, más costumbrista, del bohemio como el personaje que desdeña olímpicamente las convenciones del orden burgués y que practica una vida totalmente distinta. Pero cuando a final de siglo decimos «bohemio», no solamente aludimos a la gente joven a la que sus arrestos o sus convicciones les llevan a una vida irregular. Lo que estamos enunciando, de hecho, es la vida de unos escritores que estimaban muy en serio aquello de ser la antítesis de la vida burguesa. Estos bohemios no dejarán de serlo en el momento en que reciban una herencia o en el momento en que triunfen en el mercado artístico. De corazón, lo van a seguir siendo hasta el fin de sus días, porque para ellos la bohemia es una misión sagrada. Son fieles al arte, mientras que el burgués tiene una visión mercantil del mismo; por eso divulgarán el lema de «*épater le bourgeois*», o sea, «despatarrar al burgués». Y en tal sentido, creen en una moral distinta, más renovadora, menos hipócrita que la que practican los demás. Viven en una expectativa de vida más intensa, aunque en muchos casos la intensidad de esa vida sea la intensidad de una llama, intensa pero fugaz. Abundarán los suicidios y proliferarán los declives físicos que cortan una vida o una carrera literaria en plena

mocedad. El escritor es bohemio con una dimensión casi religiosa de esta profesión de fe. Y es intelectual por razones de identidad muy parecidas. La palabra «intelectual» designa no tanto la condición laboral del escritor o del artista o del profesor, sino que, cuando decimos «intelectual», nos referimos a otra cosa. Hablamos de quien, precisamente porque ejerce una profesión de inteligencia, se convierte o pretende convertirse en un oráculo social. De quien actúa como un creador de la opinión pública. Y lo hace precisamente en nombre de esa superioridad moral de intelectual que le confiere su especialización. Pero decimos «intelectual», y en realidad la palabra prácticamente no tiene singular. La palabra se define más bien como plural, porque son «los intelectuales» quienes organizan las campañas que, no solamente en España, sino en toda Europa, caracterizaron la vida cultural radical de fin de siglo: este fue el caso de la campaña por la libertad del capitán Dreyfus, en Francia, que comienza en 1895 y que en 1897 consigue la primera sentencia favorable. Son casi los mismos años en que el Reino Unido ve constituirse la Fabian Society, una agrupación de intelectuales socialistas en la que militaron Bernard Shaw y H. G. Wells, entre otros. Fueron, sin duda, gentes muy parecidas a los severos catedráticos que en Alemania se convirtieron en «socialistas de cátedra», con no pequeño escándalo de una sociedad mucho más timorata. Y fueron los mismos años y casi la misma especie de gentes que en España exigieron la libertad de los presos de conciencia, encarcelados en Montjuich desde el año 1897, y que fueron liberados el año 1899. Fueron, en definitiva, los que en todas partes protestaron también contra el procesamiento de Oscar Wilde, y los mismos que participaron, por ejemplo, en otra campaña mucho menos política, pero también llena de significado, como fue la defensa de la música de Wagner. Posiblemente, el más arrebatado libro de wagnerismo español sea la obra de un interesante escritor republicano de Valencia, Rodrigo Soriano, que publica su libro *Wagner en Bayreuth. Viaje a la meca del wagnerismo* justo en el año de 1898.

Estos son «los intelectuales» que, muy a menudo, no es tan fácil diferenciar de lo que antes hemos llamado «los escritores bohemios». Unos y otros intentaron asentar un pensamiento, un comportamiento independiente, una ruptura de ese orden burgués que parecía una herencia excesivamente torpe y lúgubre a finales del siglo XIX. Pero estos escritores son también los que van a protagonizar una reforma literaria de magnitudes incomparables. Con esto quiero decir que alguna vez los manuales y la rutina escolar tendrán que dejar de diferenciar entre escritores noventa-yochescos y escritores modernistas, y dejar de pensar que los noventa-yochescos son esos escritores un poco aburridos, un poco pesados, a los que les duele España, como quien pudiera te-

ner una úlcera de estómago, frente a los escritores modernistas, que son aquellos otros que en momentos de pesadumbre colectiva soñaban con cisnes o con princesitas azules. Sepamos de una vez por todas que, a veces, soñar con princesitas tristes, horizontes azules o cisnes lánguidos, podía ser tan revolucionario, tan metafóricamente revolucionario, como proclamar el final del poder burgués y justificar las bombas Orsini que los anarquistas ponían en Barcelona. Estamos hablando de una literatura que es muy injusto dividir entre una literatura de ensoñación modernista y una literatura de preocupación noventayochista. Porque los escritores nos dan muchas veces una de cal y otra de arena en este sentido. Las novelas de Baroja contienen algunas de las descripciones simbolistas más hermosas y arrebatadoras que nos ofrecen las letras del momento y, a cambio, Juan Ramón Jiménez, a la muerte de Emilio Castelar, el viejo líder republicano, publicó un poema que, de no ser porque va firmado por él, nadie diría que es del poeta liliat, modernista y casi neurótico. «Modernismo» es, sin duda, el término que mejor acoge la integridad del dilema entre compromiso y evasión, porque lo que todos buscan es una expresión más moderna, más nueva. Y no deja de ser aleccionador que, en la mayoría de los casos, lo que se busca es una expresión infinitamente más sencilla, más evocadora, más veraz, de la realidad. La única complicación que aceptan, la única estrategia calculada de acercamiento a la realidad que comparten unos y otros, es lo que llamamos «simbolismo». Son artistas para quienes las cosas que ven tienen siempre una dimensión de símbolo de algo más lejano e inaccesible. ¿Qué quiere decir «simbolismo» en la literatura o en el arte de la época? Quiere decir que una cosa está rodeada de un aura de indefinición, de un ectoplasma de vaguedad y de significados latentes, que va más allá de lo que simplemente es a primera vista. Cuando un simbolista enuncia un color, cuando dice «amarillo» o «rosa» o «azul», normalmente dice algo más que una dimensión meramente cromática. «Amarillo» querrá decir «violencia emocional», «azul» querrá decir «infinitud», «rosa» querrá decir «sentimentalidad». Cuando un escritor simbolista dice «vida» o dice «alma» enuncia bastante más de lo que puedan recoger las definiciones habituales de diccionario. Cuando describe un paisaje y subraya un elemento del mismo —el sol en el horizonte, los atrevidos rojos del crepúsculo o los árboles que parecen extender unas ramas quejumbrosas— busca que esas cosas digan algo a nuestra conciencia. No olvidemos que esta es la época en la que está pintando Van Gogh, en la que Edward Munch, el año 1895 exactamente, grabó esa espléndida imagen que llamamos *El grito*, en el cual todo un paisaje está en función, casi como un sistema de círculos concéntricos, en torno a la boca que exhala el grito titular. Y lo hace un extraño andrógino que grita no sabemos por qué, ni ante qué, porque el simbolis-

mo era mucha veces precisamente esa expresividad al servicio de la vaguedad, al servicio de lo indefinido.

Hemos hablado de una ruptura estética con la precisión, a favor de una comunicación «simbolista» de las emociones, y hay que entender que esa quiebra de lo prefijado, de lo estatuido, afectó también a otras muchas convenciones de la literatura: por ejemplo, a la concepción misma de los tradicionales géneros literarios. De los géneros que se cultivaron en la época por los nuevos escritores, ninguno siguió los precedentes inmediatos. Los poemas ya no fueron largos, ni retóricos, sino que se hicieron breves, sencillos, simples, como lo son los poemas de Antonio Machado, de Manuel Machado o de Juan Ramón Jiménez. Las novelas ya no serían vastas construcciones pobladas por un censo de personajes cuantioso, sino que se hicieron mucho más cortas, como las de Valle-Inclán, y se contentaron con darnos la trayectoria espiritual de un personaje y con crear un ambiente más o menos opresivo en torno a él, como sucede en las de Pío Baroja. Se huye de la exhaustividad como de la peste. Compárese una novela de Galdós, esas estupendas novelas de la madurez de Galdós, como *Fortunata y Jacinta* y *Lo prohibido*, con una de las cuatro *Sonatas* de Valle-Inclán. No es que sean diferentes de estilo: son radicalmente dispares de concepción. Valle-Inclán no cree en los grandes argumentos, no cree en que la novela sea la articulación imitativa de la profusa vida social. Nos quiere dar una cosa enteramente distinta, lo mismo que sucede en las novelas de Baroja, o en las propias novelas de Unamuno, reducidas a esa desnudez extrema de unos personajes agónicos luchando contra su propio destino.

En teatro ocurre exactamente eso. El teatro ya no es la construcción de una exposición, un nudo y un desenlace, sino que las obras teatrales se caracterizan por la desaparición de la trama. Las obras del mejor Benavente, como las del primer Valle-Inclán, son piezas en las que la acción ha pasado ya. Como ocurre en las obras de Antón Chéjov, o como ocurre en las obras de August Strindberg. Los acontecimientos no suceden en escena. Son los personajes quienes están reflexionando sobre un destino inexorable que ha acaecido ya o que está gravitando sobre ellos. Y esto es lo que va a implantar la nueva literatura de estos años, y el resultado va a ser algo verdaderamente muy simple y a la vez muy admirable. Después de Unamuno, la relación de cada cual que lo haya leído con su propio yo, con esa dimensión de la individualidad, ya es radicalmente diferente. No se puede leer impunemente una novela de Unamuno como *Niebla*, por ejemplo, o como *San Manuel Bueno mártir*, y seguir manteniendo las mismas relaciones con uno mismo y con la propia fe. Del mismo modo que la medida del tiempo, esa medida subjetiva del tiempo, ya no será idéntica después de haber

leído a Antonio Machado; igual que nuestra visión de los interiores y del paisaje castellano, o de los clásicos españoles, no fue la misma después de que Azorín escribiera sus grandes libros de 1912 a 1917. Y después de haber escrito Valle-Inclán lo que escribió, sencillamente todos llamamos «valleinclanesco» a una determinada manera de presentar la realidad española.

Si es verdad que un escritor o unos escritores imponen otra forma de ver el mundo, ahora entenderemos otra posible interpretación del título de este trabajo: «Realidad y literatura del 98», la que quiere sugerir que la literatura de fin de siglo (o la literatura del modernismo, como yo creo que deberíamos decir más justamente) fue otra forma de ver las cosas, y esta forma sigue siendo, de un modo u otro, la forma nuestra en que la seguimos viendo.

Decía Italo Calvino, no hace muchos años, en un precioso libro: *Por qué leer a los clásicos*, que la condición de estos escritores es tal que no decimos nunca «estoy leyendo a...» un clásico, sino que siempre decimos «estoy releendo a...». Este es el caso de Unamuno, de Valle-Inclán, de Baroja, de Azorín, de Antonio y Manuel Machado, o de Juan Ramón Jiménez, que yo soy bastante amplio en la nómina de escritores de fin de siglo. Y si este trabajo ha servido para recordar unos títulos fundamentales y una serie de aspectos básicos de una nueva manera de ver las cosas en las letras españolas, habrá servido de algo.

EL 98 Y EL NACIONALISMO ESPAÑOL

Sebastian Balfour

Catedrático de Historia de España de la London School of Economics. Universidad de Londres

En España, el Desastre de 1898 fue acogido por las elites y los medios de comunicación de la época con tintes claramente dramáticos. El mismo nombre que se le atribuyó al suceso daba a entender que éste había sido tomado casi como una calamidad natural. La derrota ante los Estados Unidos hizo cuestionar no sólo la validez del régimen, de los políticos y de los militares, sino también la de la propia nación española. La revista popular *La Ilustración Española y Americana* rival de *Blanco y Negro* en aquel entonces, declaró: «hoy la cuestión para nosotros, no principal sino única y exclusiva, es de vida o muerte, la de existir o no como nación».

Casi cien años más tarde, los historiadores están intentando quitar importancia a la particularidad de este Desastre. Existe un consenso entre aquellos que, sin negarle su tremendo dramatismo, definen el 98 no como un suceso aislado sino como una variante regional de la crisis internacional sobre la redistribución del poder colonial. Estos historiadores enfatizan además la continuidad entre la sociedad *pre* y *post* 1898. El impacto del Desastre no hizo más que magnificar las preocupaciones ya presentes en el aire. La generación del 98, variante española de la crisis moral que afectó a los intelectuales en toda la Europa de *fin de siècle*, era ya un hecho en todo menos en nombre. En la formación de la historia española, el proceso de modernización social y económico que venía acelerándose desde finales del siglo XIX fue tan importante o más que las guerras de 1895-98 y la pérdida del imperio. Según estos nuevos enfoques, la crisis del 98 se podía resolver y, de hecho, los políticos tuvieron varias oportunidades para encontrar una solución a las divisiones entre los españoles que sólo comenzaron a intensificarse durante las siguientes dos décadas y media.

Sin embargo, el presente ensayo está basado en aquello que yo considero como el hito marcado por el 98: aquel relacionado con el nacionalismo español. En mi opinión, la guerra transformó la idea que muchos españoles tenían sobre la nación, la identidad nacional y el Estado, creando al mismo tiempo divisiones que serían difíciles de reconciliar. El hecho es que 1898 supuso el primer esfuerzo global por parte del Estado y de las elites en España de movilizar a la sociedad sobre una base de valores nacionalistas. Las guerras coloniales en Cuba y las Filipinas y la guerra hispano-norteamericana requerían al mismo tiempo la creación de un ejército de masas y la movilización de los recursos de la nación para defender los residuos del imperio español. Consecuentemente, una sociedad que hasta la fecha estaba nacionalizada únicamente de forma parcial fue azotada repentinamente por una intensa campaña que pretendía elevar el patriotismo de sus habitantes penetrando en los recodos más remotos del país. Tal fue el fervor de esta campaña que provocó que algunos españoles que abogaban por la paz o que hicieron críticas siempre patrióticas sobre la guerra fuesen acusados de traidores o, peor todavía, de protestantes o masones. A juzgar por las manifestaciones públicas de patriotismo, parecía como si España estuviera unida en torno a un nacionalismo común.

Sin embargo, esta campaña nacionalista estuvo limitada por la débil proyección que el Estado liberal tenía sobre sus conciudadanos. A diferencia de su equivalente francés, el Estado español había sido demasiado débil para establecer un mercado común dentro de sus propias fronteras, o para ejercer un sistema común de justicia basado en el consenso y no en el uso continuo de la ley marcial. Además, sus intentos de crear una cohesión social, o elaborar una cultura y administración uniforme, o proyectar valores seculares modernos a lo largo de toda la nación, habían sido escasos. No existía himno nacional, ni una policía nacional. El día 12 de octubre sólo se había establecido como Fiesta de la Raza en 1892. Y dos años más tarde, se había decretado que los colegios públicos debían desplegar la Bandera nacional.

Únicamente en las ciudades había una base social receptiva a los valores nacionales. Estos fueron transmitidos a través de símbolos mayoritariamente tradicionales, como la Monarquía, recayendo en mitos sobre un pasado católico e imperial. En un intento de inculcar valores modernos nacionalistas que girasen en torno a una interpretación progresista de la historia española, las elites urbanas liberales —periodistas, intelectuales, abogados, empresarios y demás— habían trabajado desde mediados del siglo XIX en una visión alternativa de la nación. Pero en un país principalmente rural, clerical y poco desarrollado, con sistemas de comunicación limitados y

un bajo índice de alfabetización (en 1887, sólo el 33 % de la población sabía leer y escribir), el sentimiento de identidad nacional estaba relativamente poco arraigado. Probablemente, para la mayoría de los españoles la nación era un concepto más bien abstracto. La Monarquía y los políticos que decían representarla debían de parecerles actores de un mundo aparte que poco tenía que ver con el suyo. El Estado siguió siendo un agente riguroso y, a menudo, opresivo, cuya función consistía en imponer un sistema de impuestos indirectos y aplicar la ley y el orden.

Más importante todavía en esta elaboración de una identidad nacional fue la religión, que justificaba la injusticia y la desigualdad y proveía de lógica a una jerarquía que iba desde Dios hasta el más humilde de los trabajadores. Igualmente importantes fueron las identidades locales y de clase, definidas por la ocupación, el lenguaje, el acento, la vestimenta y, sobre todo, por la estructura del poder. Por encima de este poder local estaban los caciques, que ejercían el clientelismo, creaban redes de interés que alcanzaban hasta a los más pobres, y organizaban los votos que irían a parar a los dos partidos nacionales de la oligarquía dominante. Fue esta brecha entre el Estado y el pueblo, mediada por el caciquismo, la que impidió la nacionalización en masa de la población. El «otro» que definía al «yo» no se refería a los extranjeros, sino más bien a los emigrantes de otros lugares, o a competidores en el mercado local, o a gentes de otras religiones.

Si se sobredimensionado el vacío de un sentimiento nacionalista en España, es simplemente por tratar de corregir la impresión dada en los escritos que aparecen en libros, discursos y periódicos contemporáneos de que toda España respondió con fervor a la llamada patriótica. Las escenas de nacionalismo entusiasta tuvieron lugar en las ciudades y en las estaciones y puertos desde donde partían a la lucha los reclutas. En el clima reinante era imposible expresar públicamente oposición o aversión a la guerra. Los seguidores de Sabino Arana y los federalistas de Pi y Margall, que habían abogado por la autonomía de Cuba, fueron marginados, y la campaña socialista en torno al eslogan «O todos, o ninguno» estuvo dirigida contra la desigualdad en los sacrificios exigidos, y no contra las guerras coloniales, ya que hubiese sido peligroso levantar la voz en ese sentido. Durante los siguientes cuatro años, más de un millón de reclutas fueron enviados a Cuba y las Filipinas, tropas que provenían de una población de unos 18 millones de habitantes. Dado que el peso del ejercicio militar recaía sobre los pobres, pues aquellos en una situación más acomodada compraban su exención o pagaban a un sustituto, la mayoría de las familias pobres sufrieron probablemente la pérdida temporal o permanente de algún familiar joven, el padre o el hijo, muchos de ellos el único sostén de la familia. Esta

llamada masiva fue justificada en términos de interés nacional. Por primera vez en muchas zonas de España, las preocupaciones nacionales rivalizaron con la identidad local o de clase. Los españoles de todas las clases y localidades fueron animados a asimilar imágenes de identidad nacional que en su mayoría pertenecían a la oligarquía dominante.

El discurso nacionalista estaba articulado por toda una serie de agentes: la Iglesia, la Monarquía, los militares, la prensa, y todo tipo de asociaciones locales y nacionales, incluyendo, por ejemplo, la Asociación de Ciclistas. Los espacios en los que se propagó este nacionalismo fueron muchos y muy variados, incluyendo el Parlamento, colegios, universidades, Cámaras de Comercio, ayuntamientos, iglesias, procesiones religiosas al aire libre, recaudaciones de dinero en la calle, demostraciones, corridas de toros, circos, eventos deportivos, zarzuelas, canciones populares y obras de género chico en cafés-teatro. El componente básico de este nacionalismo era la defensa de la patria, una comunidad imaginaria que incluía a los habitantes de las colonias, en lucha contra el «otro» del interior —los rebeldes filipinos y cubanos— y del exterior —los norteamericanos—. Estaba basado en una construcción racial de la identidad nacional que enfatizaba la nobleza y virilidad de la raza española, su valor, su generosidad caballerescas, su aristocrático desprecio hacia el comercio y, en muchas de las expresiones de este nacionalismo, su religiosidad innata. Los puntos de referencia histórica que formaban los pilares de esta construcción eran interpretaciones distorsionadas de la Historia —el sitio de Numancia, la Reconquista, la Conquista de las Américas, el Dos de Mayo—, todas ellas consideradas como parte de una tradición intacta de heroísmo guerrero.

Los valores de este discurso nacionalista procedían de una España tradicionalista y no de las corrientes modernas y burguesas de su cultura, ignorando por tanto la realidad de una sociedad multilingüe y multicultural. De los iconos de esta españolidad movilizados para la guerra, los tres más importantes fueron el león, el toro y la Virgen. Como rey del mundo animal, el león era el símbolo de la valentía y de la nobleza, pero también era el símbolo de la Monarquía española y de la hegemonía histórica de Castilla y León. Sin embargo, el león apareció en la imagen republicana nacionalista de la guerra como un icono de España.

En las manifestaciones del nacionalismo español durante la guerra, el toro fue también un símbolo dominante de identidad española. Se organizaron numerosas corridas de toros para recaudar dinero para el esfuerzo de guerra y parar avivar el patriotismo. Pero, si bien es cierto que la «fiesta» era el deporte más popular en España,

también lo es que era expresión de la cultura de la oligarquía terrateniente de Andalucía. Sin embargo, los toros se consideraban como la quintaesencia del españolismo más puro. Las referencias que aparecían en la prensa y en el lenguaje popular a la hombría del toreo también descubrían una asociación implícita, e incluso una dualidad, entre la virilidad y el valor. Pero el torero no era el único que poseía ambos atributos, el toro también los tenía. Ambos eran tomados como ejemplo de esa valentía esencial de la raza española. A través de los periódicos taurinos se animaba a los lectores a ver en la fiesta una metáfora sobre la guerra, aunque, al mismo tiempo, el sentido del fatalismo impregnado en la cultura de los toros también contribuía a ese sentimiento latente de perdición compartido por tantos españoles a medida que la guerra con los Estados Unidos se iba acercando.

El icono de la Virgen es, de todos, el más complejo, pues estaba asociado de forma implícita con características muy distintas y, en ocasiones, contradictorias. Yo he combinado las distintas imágenes de este icono en una sola: la Virgen; pero la mujer representada en las imágenes nacionales incluía al mismo tiempo a Isabel la Católica, santa Agueda y otras santas, todas ellas símbolos de gran fuerza incluso en los estratos más anticlericales de la población. Los republicanos también utilizaron a una mujer para definir a España, una española equivalente a la Marianne de la República Francesa. Sin embargo, esta mujer a menudo era representada con una corona en la cabeza y acompañada de un león. Así que, como puede verse, los republicanos no tenían ningún problema en utilizar la iconografía monárquica, pues, dada la influencia cultural de la Iglesia y el más limitado atractivo de la Monarquía, resultaba un método muy eficaz para movilizar a las masas.

Las tres imágenes pueden verse combinadas en una caricatura del periódico catalán *La Campana de Gracia* publicada poco después del desastroso final de la guerra contra los Estados Unidos. Titulada «Santa España, ex virgen y mártir», nos muestra a una mujer joven y a un león hundiéndose en el mar, rodeados de barcos de guerra destruidos por la artillería enemiga. La mujer está rezando y lleva sobre el hombro un icono religioso popular, una palma. Por encima de ella flota un halo con la forma del escudo nacional monárquico y, rodeando el halo, las almas de héroes españoles del XIX, entre los cuales figuran republicanos y catalanes. El uso de la frase «ex virgen y mártir» implicaba que la mujer había sido violada por los Estados Unidos y torturada hasta la muerte, haciéndose eco de la frase «virgen y mártir» utilizada en el lenguaje popular para indicar una impecable probidad femenina y sacada del más alto grado de santidad de las mujeres santas de la iconografía católica. Subyacente a la implicación obvia de la violación de la mujer está el mun-

do más bien lóbrego del machismo característico de republicanismo popular, para el que las mujeres son o bien vírgenes, o bien madres o bien prostitutas. La representación del escudo nacional como un halo sugiere la continuación hegemónica de la España tradicional, religiosa y monárquica, mientras que las cabezas flotantes de los héroes republicanos catalanes apuntan, por el contrario, a la filiación republicana del periódico.

De hecho, tras el lenguaje y los gestos comunes del nacionalismo que surgen durante las guerras pueden descubrirse los distintos móviles ideológicos, y hasta una pluralidad de nacionalismos. Los mitos de la identidad nacional aparentemente compartidos por todos los partidos pro guerra en España fueron utilizados de distinta forma. Para los republicanos más populistas, como por ejemplo Blasco Ibáñez en Valencia y Alejandro Lerroux en Barcelona, la virilidad española se encontraba en el pueblo y no en el régimen, al que, contrariamente, se le denunciaba como débil y, por tanto, femenino. La otra institución básica para el régimen de la Restauración, la Iglesia, también era descrita como femenina, dado que los curas y monjes llevaban faldas. Por extensión, pues, la españolidad estaba encarnada en el pueblo, siempre y cuando se tratara de hombres, y no en el Estado ni en la Iglesia, ni siquiera en las mujeres.

De igual manera, la nobleza de espíritu recaía en los pobres, ya que estos eran los que sacrificaban su sangre por la patria, y no los ricos, que se libraban del servicio militar. A raíz de las tradiciones progresistas del Ejército en la España del siglo XIX, los militares estaban considerados como la encarnación verdadera de la «leyenda de la heroicidad característica de la raza», en vez de la Monarquía o el régimen en su conjunto. El esfuerzo de guerra para defender el honor español fue tratado por los republicanos catalanes en términos que sugerían que los catalanes estaban mejor dotados para derrotar a los Estados Unidos. Así, una caricatura de *La Campana de Gracia* mezclaba regionalismo, populismo, patriotería e imágenes religiosas, presentando al patrón de Cataluña, *sant Jordi*, vestido con el uniforme de soldado español, clavando su bayoneta en el «cerdo norteamericano», su halo formando un círculo con las palabras «Patria, Honor, Justicia».

La ligazón que mantenía a todas estas motivaciones unidas fue «el otro», los rebeldes coloniales y los norteamericanos. Se les consideraba como todo lo opuesto a la raza española. En las dos guerras cubanas anteriores, los insurgentes habían sido equiparados con los bandidos españoles. En la famosa zarzuela de 1887, *Cuba libre*, aparecían como hombres blancos, cómicos, de largas barbas y lenguaje rudo. La guerra de liberación nacional que empezó en 1895

había contado con la participación de muchos antiguos esclavos, liberados de la esclavitud como parte del acuerdo de paz de 1880. Los cubanos «otros», por tanto, comenzaron a ser definidos con tintes racistas comunes a todos los poderes coloniales de la época, utilizando conceptos como los de su cobardía y primitivismo, y exagerando sus rasgos faciales y el color de su piel. Esa imagen provenía de los residuos de la antigua economía esclavista —fundamento de muchas fortunas personales— que aún perduraban en el seno de la cultura catalana y, en general, de la española.

Los norteamericanos, por otra parte, eran presentados como una mezcla de razas compuesta de lo más mezquino de la tierra. Se les consideraba cobardes, en parte por esta pluralidad racial, en parte porque se les suponía movidos únicamente por dinero. Como protestantes o, peor aún, ateos, representaban una amenaza a la fe verdadera —el catolicismo— esencial para la identidad española. La representación más común del norteamericano era su símbolo oficial, el águila. Pero esta imagen resultaba demasiado poderosa para el nacionalismo español y, en algunas ciudades, las masas destruyeron las águilas de bronce que decoraban la entrada de los Consulados americanos en España. Por el contrario, dos estereotipos tomaron fuerza en el discurso nacionalista español: el Tío Sam —al que se le pintaba como borracho alborotador y libertino rijoso— y el cerdo. En marcado contraste con el león, el cerdo aparecía como de mal gusto, glotón, sucio, cobarde y mercenario. Por añadidura, se le suponía en el extremo opuesto de la jerarquía animal: era la bestia que con más frecuencia se degüella en los hogares, dando inútiles chillidos mientras el cuchillo le corta la garganta. En la caricatura de *sant Jordi* mencionada anteriormente, el cerdo aparece vomitando dinero mientras la bayoneta hace trizas su vientre. La palabra «marrano» también se utilizaba para describir a los norteamericanos y tenía una connotación racista que provenía de siglos atrás, ya que así se había definido en España al otro «otro»: al de raza judía.

Además, por ser plato favorito en las mesas españolas, al cerdo se le estima más muerto que vivo. De hecho, el tocino, el cochinitillo y el jamón se convirtieron en sub-metáforas de la metáfora del cerdo. La imagen de la comida creó, sin quererlo, toda una serie de situaciones irónicas. Las tropas españolas, asediadas por las americanas en Santiago de Cuba, celebraron un incidente menor que les favorecía en la guerra marchando por las calles al grito de «¡Abajo el tocino!». En ese momento, sus reservas de tocino, el último alimento nutritivo que quedaba en la ciudad, estaban a punto de agotarse.

Otra deconstrucción de las metáforas del león y del cerdo sugiere no sólo que eran compensaciones ideales frente a una inferioridad

real, sino que también eran representaciones de un conflicto a escala mundial entre el Antiguo Régimen y el capitalismo. Una semana después del desastre naval de Cavite, una revista popular describió al «cerdo sano y mantecoso hollando el moribundo león» como si la derrota de España indicase el triunfo global de un comercialismo en expansión por encima de los valores nobles de una civilización moribunda.

El Desastre deshizo la débil trabazón que unía a los distintos nacionalismos de la guerra. El contraste entre el triunfalismo del discurso nacionalista durante la guerra y el patetismo de la derrota debilitó aún más la capacidad del Estado para movilizar a la población por causas nacionales. La crisis de identidad de la España postimperial fue aún más profunda debido a la ortodoxia predominante del darwinismo social; según esta filosofía, la capacidad de una nación para sobrevivir se podía medir por la extensión de su expansión colonial: en el avance de las civilizaciones, las potencias más débiles tenían que ceder terreno a las más fuertes. El Primer Ministro británico, lord Salisbury, dio voz a este pensamiento en un discurso de 1898 en el curso del cual se refirió a España indirectamente como una nación moribunda. Basta con contrastar el contexto de 1898 y el de medio siglo después —cuando el imperialismo occidental había devenido superfluo— para apreciar la angustia que la pérdida del Imperio había ocasionado a las elites españolas, en comparación con la facilidad con que Gran Bretaña se desprendió del suyo.

Por tanto, el Desastre socavó el incipiente crecimiento de los sentimientos imperialistas populares en España, en claro contraste con lo que estaba ocurriendo en otras partes de Europa en el mismo período: el nacimiento de un arrollador entusiasmo por el nacionalismo. El Estado español no podía fácilmente recurrir a las imágenes tradicionales de identidad nacional para restablecer su legitimidad. Tampoco pudo crear una base popular de apoyo a un nacionalismo renovado que se basara en la penetración militar y económica de España en el África. Esto se hizo patente en 1909, cuando una nueva leva destinada a la guerra de Marruecos acabó en protestas, no sólo en los disturbios de la Semana Trágica barcelonesa, sino también en los ocurridos en estaciones de tren y puertos de otras poblaciones. Para compensar la falta de interés de los españoles por la lucha en una nueva guerra colonial, el Estado se vio obligado a crear un cuerpo indígena en Marruecos, los Regulares, y posteriormente la Legión Extranjera como complemento de la campaña.

Este terreno del nacionalismo, de la forma en que la guerra afectó el posicionamiento de las masas ante la nación y el Estado, no ha sido tratado en profundidad por los historiadores. Aparte de las

protestas de 1909, hay poca evidencia de las actitudes populares. Sabemos que la desertión del servicio militar aumentó durante las guerras, pero esto ocurrió únicamente en aquellas zonas donde era posible evadirse a través de la frontera. Sin embargo, la correspondencia de los soldados y sus familias nunca ha sido publicada, lo que no puede sorprender dado que la mayoría eran analfabetos, y sin duda ninguna, todas las cartas que se escribieron desde Cuba y las Filipinas fueron sometidas a la censura militar. Las terribles condiciones en las que se encontraban los soldados, las muertes y las enfermedades —que se cobraron la mayoría de las bajas— y las condiciones vergonzosas de la repatriación, no podían dejar de provocar en miles de familias un profundo resentimiento contra el Estado. Pero la mayor parte de dicho sufrimiento se padeció en la intimidad. Pese a ello, las informaciones de los periódicos acerca de los disturbios que se propagaron por toda España en contra de la subida de los impuestos sobre los consumos en 1899 revelan frecuentes expresiones públicas de cólera dirigida a los sacrificios innecesarios que se cobró la guerra. La mayor resistencia de las masas al llamamiento nacionalista hecho por el Estado formaba parte de una transformación más amplia de los valores generados por la modernización. En muchas zonas de España, el rápido crecimiento de los fenómenos de industrialización, urbanización, migración y extensión de las redes de comunicación, reemplazó las imágenes tradicionales con nuevas percepciones de identidades de clase y regionales. El cambio de valores consiguiente fue acelerado por los efectos de la guerra. A medida que avanzaba el nuevo siglo, se extendía la pluralidad de identidades en las zonas más desarrolladas de España. Las divisiones de la sociedad española que hasta entonces habían hallado poca expresión salieron a la luz y se multiplicaron.

Como consecuencia del Desastre, por tanto, surgieron distintas visiones de la nación y del Estado español como modelos alternativos al representado por el sistema de la Restauración. Una de dichas visiones era la de la burguesía catalana. Pese a su fuerte asociación con el movimiento nacionalista catalán, la burguesía catalana proponía en realidad la transformación del Estado español. La riqueza de los empresarios catalanes procedía principalmente de su acceso casi exclusivo a los lucrativos mercados coloniales y de las elevadas barreras arancelarias impuestas por las autoridades estatales, lo que les permitía explotar el mercado doméstico. La pérdida de las colonias fue devastadora, y aunque se pudo evitar una crisis económica severa, la burguesía catalana se vio obligada a reconsiderar su relación con el Estado español. Había que encontrar nuevos mercados en el extranjero y extender con urgencia el mercado doméstico, para poder así reemplazar el comercio colonial. Estas demandas exigían una política de expan-

sión neocolonial y un programa de modernización interna que el Estado de la Restauración era incapaz de emprender.

Lo que la burguesía pretendía conseguir, en acuerdo con el movimiento nacionalista catalán, era la reconstrucción del Estado desde una base de poder en Cataluña. Su modelo para un nuevo Estado-nación era modernizador, pero también conservador, paternalista y neocolonialista. Era igualmente un modelo descentralizador, arraigado en la creencia de que la autonomía regional tendría un efecto vigorizante para España. No había lugar en dicho modelo para la visión monolítica del nacionalismo tradicional español. El nuevo Estado que proponían abarcaba distintas etnias y lenguas.

Existía una segunda visión alternativa sobre la reforma del Estado-nación que, pese a ser también moderna, era centralista, en claro contraste con el modelo catalán. Fue propuesta, tras el Desastre, por los republicanos y el movimiento regeneracionista, liderado por Joaquín Costa y el fabricante de vidrio Basilio Paraíso. Este movimiento incluía a toda una sección de las descontentas clases medias, muy afectadas en la posguerra por la subida de los impuestos necesaria para financiar el déficit del Estado. Igualmente, el nacionalismo republicano liderado por Lerroux y Blasco Ibáñez utilizó el Desastre para censurar al Estado y presentarse a sí mismo como la única alternativa posible. En busca de una dimensión popular que poder ofrecer al nacionalismo tradicional, estos republicanos veían en la comunidad imaginaria de las masas —y no en sus decadentes gobernantes— la representación de las virtudes connaturales de la raza española. Sin embargo, tanto regeneracionistas como republicanos mantuvieron viva su hostilidad hacia el regionalismo, al que calificaban de elitista y divisorio. El interés nacional, en opinión de los republicanos, residía en la construcción de un Estado progresista, moderno y laico, cuyo modelo era la Francia de Waldeck-Rousseau. Esta ambición era compartida por los socialistas, que veían el desarrollo de un Estado burgués moderno como una etapa necesaria en la vía hacia el socialismo.

Otra corriente de opinión que pretendía remodelar el Estado-nación partió, durante la primera década del nuevo siglo, de los oficiales de carrera. Se podría concebir como un esfuerzo por reconciliar las necesidades de la modernización con las del nacionalismo tradicional. Pese a la existencia en el siglo XIX de un amplio abanico de tendencias políticas entre los oficiales, incluido el republicanismo revolucionario, la opinión militar dio un rápido giro a la derecha durante la primera parte del siglo XX. Este cambio ideológico fue en parte una respuesta a la pérdida de Cuba, que había venido a corroborar la vieja convicción de que los derechos autónomos o regionales constituían el primer paso hacia el separatismo.

La tenue unión del XIX entre pueblo y Ejército se había roto debido al crecimiento del antimilitarismo tras el Desastre y a la utilización del Ejército para reprimir la creciente protesta social. Dado el resentimiento hacia el supuesto fracaso del régimen en el abastecimiento de las herramientas necesarias para ganar una guerra, y en la ausencia de una fuerza política o de clase con la que se pudieran identificar, muchos oficiales descubrieron una vez más su sentido de misión histórica en la regeneración de una España destrozada por las divisiones de la posguerra. Esta corriente de opinión en el Ejército aspiraba a la modernización de España por medios autoritarios porque consideraba que el Estado de la Restauración ya no representaba el interés nacional; mediante la intervención estatal y la disciplina social, España podría reencontrar su verdadera vocación imperialista en África.

Este nacionalismo militar, tal y como surgió a principios del siglo XX, compartía ciertos rasgos con el nacionalismo tradicional. No admitía divisiones de clase ni regionales, viendo en ambas una amenaza a la nación, de cuya integridad era responsable el Ejército. El creciente alejamiento entre el centro y la periferia fue expresado por ambas partes mediante la utilización de estereotipos racistas y chauvinistas que sólo sirvieron para ahondar las divisiones y, en el caso del Ejército y de otros grupos sociales conservadores, para reforzar una concepción de la identidad nacional fundada en un supuesto arquetipo del carácter castellano. Uno de los componentes de esta identidad mítica, compartido por las diferentes corrientes del nacionalismo conservador y expresada con especial elocuencia por los intelectuales, era la supuesta espiritualidad española en comparación con el materialismo invasor del mundo anglosajón. De acuerdo con este mito, España podía realizar un aporte único a la humanidad mediante la forja de un imperio cultural con el que impedir el triunfo de los valores materialistas. Aparte del león, se utilizaron otros dos iconos con este fin: Ariel, símbolo del espíritu, en oposición al Calibán capitalista, y Don Quijote, dispuesto una vez más a echarse al camino para devolver los valores espirituales a un mundo en degeneración.

Se consideraba que la «verdadera» España se hallaba en el espíritu de la Contrarreforma y en la Castilla ancestral de la Reconquista. Castilla ejercía una fascinación considerable incluso entre aquellos escritores más críticos de la supuesta decadencia de España: la generación del 98. Su búsqueda de la verdadera alma de España no les llevó a las fábricas, las chimeneas humeantes y la tecnología moderna de la periferia, sino al árido paisaje meseteño y a la honda mirada del campesino. Pudiera ser que esta celebración de la España medieval y de la vida rural tradicional fuese un escape ante los dilemas que la modernización planteaba a la pequeña burguesía,

atrapada entre la revolución de las clases populares y la difusión del capitalismo. Para los sectores más conservadores, como era el caso de los carlistas, los viejos rituales de la vida campesina, el paternalismo del terrateniente y del cura, eran una defensa de la españolidad frente a los efectos desintegradores de la modernización. En realidad, pese a su común iconografía, los proyectos nacionales de la derecha discrepaban entre sí. A diferencia de las corrientes utópicas, rurales y económicas, el nacionalismo militar era expansionista y económicamente modernizador. Esta contradicción se mantendría como componente fundamental de la derecha a lo largo de las décadas siguientes.

Las diferencias entre las visiones sobre el nacionalismo y el Estado-nación se agudizaron con el aumento del descontento popular durante la primera década del siglo. Ello se debía principalmente al incremento del proceso de industrialización de los años noventa del siglo XIX, que pobló los centros industriales con nuevos aportes de trabajadores. En el clima de desilusión de la época posterior al Desastre, estas masas fueron movilizadas por republicanos populistas como Lerroux en Barcelona y Blasco Ibáñez en Valencia, así como por los movimientos socialista y anarquista. El aumento de la tensión social —disturbios en las ciudades, huelgas, terrorismo— dio mayor fuerza al autoritarismo militar, impidiendo al mismo tiempo el surgimiento de otros modelos de Estado-nación.

Por tanto, en la primera década del siglo, el Estado de la Restauración se enfrentó a una doble crisis de legitimidad y de modernización. Se hicieron esfuerzos concretos para renovar la base política y social del régimen en torno de un proyecto nuevo. La «revolución desde arriba» de Maura tomó forma en un programa neoconservador de nacionalismo económico, expansión colonial y demolición del caciquismo. Maura trató también de ganarse a las burguesías catalana y vasca con la promesa de la descentralización. Por otra parte, los esfuerzos de Canalejas estaban dirigidos a la reconstrucción de la legitimidad del Estado mediante el intento de atraerse a la izquierda moderada gracias a un programa de reforma social. La renovación parcial de la legitimidad estatal que dirigieron Maura y Canalejas ayudó a que el sistema de la Restauración sobreviviese algún tiempo más. Pero cuando los desafíos del regionalismo y la agitación de la clase obrera fueron a más, el Ejército y los sectores sociales más tradicionalistas obligaron al resto de la sociedad a adoptar sus propias soluciones, primero en 1923 y luego en 1936. La rebelión militar contra la Segunda República intentó movilizar en beneficio propio el mito de la derecha sobre la identidad nacional y la vocación imperial que fuera replanteado tras las guerras de 1895-98. El gobierno de Franco fue considerado como el desquite final de la derrota en la guerra cubana. En el guión de la

película *Raza*, cuando el almirante Cervera navega rumbo al desastre naval en las costas de Cuba, Franco interpreta sus palabras «No hay sacrificio estéril: del nuestro de hoy saldrán las glorias del mañana» como la profecía de la inevitable llegada de la dictadura franquista.

En términos generales, se han definido dos tipos de nacionalismo español surgidos del efecto combinado del 98 y del proceso de modernización: uno era el modelo liberal democrático que pretendía reconciliar las reformas modernizadoras del Estado central con la autonomía regional y una reforma social progresista; el otro era un modelo autoritario, pretoriano y cultural vuelto hacia el pasado, y que insistía sobre la centralización y la disciplina social. ¿Acaso es posible no ver en estos dos modelos una de las divisiones más importantes de los años treinta? No cabe duda de que el modelo nacionalista liberal incluía a los líderes del Estado de la Restauración, como Maura y Canalejas, y a personalidades de la oposición, como Costa y Ortega y Gasset. De hecho, se da un cierto grado de continuidad entre los regeneracionistas, los reformistas de la Restauración y los estadistas republicanos como Azaña y Negrín. Por el contrario, no existe una línea de continuidad entre la casta militar que derrocó la democracia en 1923 y 1936-39, y los generales y almirantes del fin de siglo, respetuosos de la democracia liberal limitada del Estado de la Restauración. El nacionalismo autoritario de los años veinte y treinta tuvo una gestación más larga, y fue sobre todo una respuesta reaccionaria a la protesta social y al nacionalismo regional. Decía hallar su inspiración ideológica en la generación del 98 y en la «revolución desde arriba» de Maura, pero, en realidad, se basaba en una distorsión profunda de dichos valores.

LA ECONOMIA ESPAÑOLA A CABALLO DE DOS SIGLOS

Antonio Gómez Mendoza

Catedrático de Historia Económica
de la Universidad Complutense

0. Introducción

La presente conferencia trata de las vicisitudes que vivió la economía española en los tiempos del *desastre*. Tendré ocasión de señalar que se han sucedido dos visiones historiográficas contrapuestas a este respecto. Una de ellas, coétanea de las transformaciones que voy a relatar, se caracterizó por un tono de exacerbado pesimismo. Me refiero a la obra de los escritores regeneracionistas que tanto influjo había de ejercer sobre la corriente literaria que encarnó la generación del 98¹. Tal como mostraré en la primera parte de esta exposición, aquella versión que trazaron los autores regeneracionistas sobre la economía de su tiempo fue bastante inexacta. Existían, no obstante, razones de peso para emitir un juicio negativo. Junto a uno de los índices de mortalidad infantil más abultados de Europa, se sucedían con relativa frecuencia calamidades que habían sido relegadas al olvido en países vecinos gracias a los avances del maquinismo. En concreto, me refiero a la propagación de terribles enfermedades, como el cólera de 1885, o la aparición de hambrunas más propias de una sociedad del Antiguo Régimen. Por lo demás, la distribución de la población activa se conservó estable a lo largo de todo el siglo XIX. En efecto, dos de cada tres españoles residían en el campo, empleados en actividades primarias y necesitados de una ocupación ocasional en la industria rural que les permitiera completar unos ingresos a menudo exigüos². La constancia del porcentaje traducía la ausencia de mejo-

¹ Carr (1970) pp. 510 y ss.; Fernández Almagro (1970) pp. 202 y ss.; Pérez de la Dehesa (1966), en especial capítulo IX; Trapiello (1997).

² Pérez Moreda (1984), cuadro núm. 3, p. 31.

ras en la productividad agrícola, a su vez condición *sine qua non* de la división del trabajo y la industrialización.

En vísperas del centenario de la pérdida de las últimas colonias, armados con el distanciamiento temporal a que obliga cualquier investigación del pasado, los historiadores de la economía han trazado un cuadro con rasgos menos sombríos. En realidad, su moderado optimismo se opone a la desesperanza de que hicieron gala los autores del 98. Por supuesto, España no emuló los éxitos cosechados por las naciones que se industrializaron en la segunda mitad del siglo XIX. Algunas de esas naciones, como fue el caso de Rusia o Japón, lo consiguieron tras vivir sus propios *desastres* a manos de potencias extranjeras³. Sin embargo, la ausencia de una aceleración de las tasas de crecimiento de la renta en términos *per cápita* y de un cambio notable del bienestar material de las personas, no impidió a nuestra economía verse inmersa en una profunda modernización que transformó las formas de vida de amplios estratos de la sociedad española. Mostraré así mismo que, en lo económico, no hubo un «antes» y un «después» del *desastre*, sino una continuidad que no se vio apenas empañada por la pérdida de los últimos territorios ultramarinos.

I. El pesimismo regeneracionista

A continuación examinaré algunas de las manifestaciones más sobresalientes de la corriente pesimista en relación con el atraso económico español. Expondré, en síntesis obligada, los diagnósticos que fueron emitidos acerca de los numerosos males que aquejaban a la economía, sin olvidar los tratamientos que se recomendaron para conducirla por una senda de crecimiento.

Los males que arrastraba una agricultura tildada de «siberiana» por Julio Senador Gómez eran innumerables, según el tenor de lo expuesto por Lucas Mallada⁴. No encontró reparo en enumerar nada menos que 33 males que asfixiaban a la principal actividad del país, advirtiendo, no obstante, que omitía otros por ser de menor importancia⁵. Allí tenían cabida razones de toda índole, desde el caciquismo de los propietarios de la tierra y la falta de regadíos —dos factores que serían aducidos poco después por Joaquín Costa— hasta el militarismo, cuyos vínculos con la postración agrícola se me antojan menos claros. Tan prolija retahíla de males no pudo menos que in-

³ Carr (1970), p. 452.

⁴ Senador Gómez (1919), p. 36.

⁵ Mallada (1969), pp. 84-85.

fluir en la ocurrencia de sus colegas regeneracionistas. En efecto, los demás autores se mostraron mucho más mesurados en su análisis. Así, por ejemplo, para Macías Picavea —quien mejor encarnó, a juicio de Fernández Almagro, la mentalidad y sensibilidad del regeneracionismo— tres fueron los factores que impidieron a la agricultura española emular a las naciones «civilizadas»: empresarios, capitales y técnica⁶. Coincidió el notario de Frómista con el catedrático del Instituto de Valladolid en el número, pero no en el diagnóstico. «Pastores, ovejas y propietarios, tres epidemias distintas y una sola plaga verdadera», escribió Senador en *La canción del Duero*⁷. Amén del pastoreo y de la tala de bosques, que aceleraban la erosión, Senador se mostró crítico en extremo con la desamortización porque había privatizado los bienes municipales⁸. A juzgar por tan variados y múltiples factores, se antoja irrealizable que la agricultura pudiera levantar el vuelo. En palabras de Mallada:

«No hay en el mundo seres de más infeliz y miserable condición que los labradores españoles, que si hubiesen nacido en bárbaros países, oceánicos o africanos, menos desdichados serían, pues desconociendo las necesidades y usos de los pueblos civilizados, vagarían por las selvas o en las orillas de los mares, sin más cuidados que recoger los peces de las aguas y rebuscar entre los árboles las frutas, hierbas, aves y alimañas con que alimentarse»⁹.

He aquí un artificio al que recurrieron con frecuencia los escritores regeneracionistas para exagerar lo negativo que había en la situación española: la comparación con pueblos exóticos. Para Valera, «en lo económico, España es como Turquía»¹⁰. Tampoco se sustrajo Unamuno al símil cuando se refirió a una «España invertebrada que, como pueblo africano, vivía siesta o letargo»¹¹. No menos desalentador fue el juicio que les valió la industria. Para Mallada, concurrían causas generales difíciles de remover. Fueron estas las siguientes: los antecedentes históricos del país y los rasgos psicológicos de los españoles, que se veían influidos por el medio físico, intelectual y moral. A ese respecto, Mallada puso especial énfasis en subrayar como causa principal del atraso industrial a la fantasía innata del pueblo español, antítesis de la previsión y cálculo que atesoraban en gran cantidad otros pueblos europeos. Escribía Lucas Mallada en *Los males de la patria*:

⁶ Macías Picavea (1899), p. 164.

⁷ Senador Gómez (1919), p. 186.

⁸ *Ibid.*, p. 41.

⁹ Mallada (1969), p. 81.

¹⁰ Valera (1876).

¹¹ Unamuno (1898).

«Nuestro genio industrial y mercantil no puede sobresalir por la maldita fantasía... Allá van los grandes talentos de la nación tras las farsas líricas y políticas; allá van los grandes capitalistas tras el lucro producido por los pasados desastres financieros; allá nos embobamos todos en los espacios imaginarios con los dulces ensueños de los orientales»¹².

Acto seguido pasaba a dar cuenta del atraso en la elaboración de caldos, aceites y conservas, e incluso en el laboreo de las riquezas del subsuelo. Por su parte, Macías Picavea encontró la manifestación más fehaciente de la existencia de una postración industrial en el hecho de que el último producto español merecedor de tal nombre —las cerillas— había sido suplantado por los fósforos extranjeros¹³. En su opinión, cinco clases de factores habían resultado decisivos para arrinconar la industria española:

- a) escasez de capitales, que eran desviados hacia la deuda pública por una incorrecta competencia del Estado;
- b) ausencia de técnica y ciencia industriales;
- c) falta de obreros técnicos y de directores;
- d) obstáculos administrativos que vulgarizaba como el «expediente», al tiempo que hablaba de una «administración de Estado egipcio, inventada por momias»;
- e) la falta de un adecuado conocimiento de los recursos naturales del país¹⁴.

Ni siquiera las dos industrias más avanzadas escaparon a su mordacidad. La industria catalana, por tener más «de artificio que de verdad, más de negocio que de creación, de empresa especuladora que de técnica». Por lo que respecta a la vizcaína, aun reconociéndole el estar asentada sobre «cimientos mejores y más naturales», lamentaba la falta de carbón en cantidades y precio adecuados¹⁵.

Ninguna faceta de la economía española se libró de las aceradas críticas de los regeneracionistas: comercio, educación, finanzas, transportes y comunicaciones estuvieron en su punto de mira. Incluso el ferrocarril, que fue símbolo de modernidad para la sociedad del siglo XIX, se llevó su ración de críticas:

¹² *Ibid.*, p. 129.

¹³ Macías Picavea (1899), p. 178.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 179-182.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 188-189.

«El propio enemigo malo, metido a ferrocarrilista [sic], no hubiera inventado artificio más diabólico para hacer de un adelanto un retroceso, de un bien un mal, de un símbolo de lo rápido una realidad de lo torpe»¹⁶.

La mala administración, la inmoralidad de los políticos, la desorganización de la Hacienda, el abandono de la educación, entre otros factores, habían pues conducido a la decadencia económica de España. Por medios no aclarados, Lucas Mallada llegó al extremo de valorar en diez mil millones de pesetas el derroche de riqueza nacional atribuible a la mala gestión¹⁷. Es fácil inferir que una lista tan exhaustiva de males exigía una no menos larga lista de remedios. No está en mi ánimo detallarlos, a riesgo de incurrir en excesivas reiteraciones que, por lo demás, escapan al propósito de la presente exposición. Me limitaré a señalar que el programa regeneracionista propugnó la urgente adopción de políticas en materia forestal, hidráulica, pedagógica y moralizadora, amén de la necesidad de un hombre que hiciera el milagro de salvar a España, un «cirujano de hierro», en palabras de Costa, «ciencia y mano dura», según Senador¹⁸. Ese recetario, que se confunde con un cierto mesianismo, está presente en la obra de Senador:

«Quiero que [los labradores] reconozcan sus errores para ayudarles a salvarse por el camino verdadero. Y el camino verdadero no consiste en querer aumentar, a todo trance, el área cultivada, disminuyendo de paso su fertilidad por medio de las talas, sino en aminorar la extensión de los terrenos labrantíos, robusteciendo su productividad por medio de las repoblaciones»¹⁹.

Aunque el notario de Frómista rechazó con vehemencia que le tildaran de pesimista a raíz de la publicación de su *Castilla en escombros*, lo cierto es que la visión de la economía española a fines del siglo XIX que nos han legado él y los restantes autores regeneracionistas estuvo plagada de claroscuros y penumbras²⁰. Será difícil encontrar un juicio final más crudo y desgarrado que el emitido por Macías Picavea tras la pérdida de Cuba:

«La amputación colonial nos ofrece al enfermo en estos momentos chorreando sangre, palpitantes los colgajos de la he-

¹⁶ *Ibid.*, p. 198.

¹⁷ Mallada (1969), p. 88.

¹⁸ Macías Picavea (1899), pp. 423 y ss.; Pérez de la Dehesa (1966), pp. 160 y ss.; Senador Gómez (1919), p. 40.

¹⁹ Senador Gómez (1919), p. 64.

²⁰ En referencia a las críticas recibidas con ocasión de la publicación de *Castilla en escombros*, véase Senador Gómez (1919), p. 40.

rida, en pleno espanto la familia y sin saber qué hacer con la lesión. ¿Cómo se curará? ¿Cómo se gangrenará? ¿Cómo terminará?»²¹.

Queden en el aire estos interrogantes, a los que se dará contestación más adelante.

¿Erraron los Mallada, Costa, Macías Picavea, Senador, Isern y tantos otros, en su percepción de la economía que les rodeaba? Y, de ser así, ¿a qué razones cabría atribuir su ofuscamiento y cuáles fueron sus consecuencias? ¿Hubo algo de útil y lúcido en su análisis, o todo fue inutilidad y delirio?²². Antes de dar respuesta a estas preguntas conviene aclarar el resultado de la voz «regenerar», un término que se «erigió rápidamente en eje de conversaciones y conferencias, de artículos y libros»²³. Según establece el Diccionario de la Lengua Española, «regenerar» es, en su primera acepción, «dar nuevo ser a una cosa que degeneró, restablecerla o mejorarla». Es decir, admitida la necesidad de regenerar la economía española a comienzos del siglo XX, se requiere entonces que la situación fuera peor a la de cualquier otro tiempo del pasado. Así, en efecto, lo creyeron los regeneracionistas. ¿Qué les hizo llegar a esa conclusión? Destacaré tres razones.

En primer lugar, se vieron arrastrados a establecer dictámenes un tanto ingenuos sobre la economía debido a su obsesión por desautorizar las prácticas corruptas de los políticos. Fueron incapaces de reprimir su exacerbación de lo negativo, sin reparar en lo que podía existir de positivo. Les faltó la atalaya temporal que les habría permitido observar con mayor objetividad acontecimientos demasiado cercanos a ellos. Tal como ha señalado sir Raymond Carr, el *desastre* dio a su crítica «severa y largamente meditada una urgencia y también un público»²⁴. En ese sentido, el 98 se convirtió en el detonante y catalizador de una protesta cuyas raíces se hallan en un descontento hacia el sistema político instaurado por la Restauración²⁵. De ahí que intentaran aprovechar la coyuntura del fracaso y la humillación que siguieron a la derrota para presentar unos programas de soluciones concretas a unos problemas concretos con un lenguaje «pragmático y cientifista»²⁶.

En segundo lugar, los regeneracionistas basaron sus programas en «hechos», sirviéndose con profusión de un sinnúmero de datos es-

²¹ Macías Picavea (1899), p. 205.

²² Fernández Almagro (1970), III, p. 203.

²³ *Ibid.*

²⁴ Carr (1970), p. 507.

²⁵ Pérez de la Dehesa (1966), p. 168.

²⁶ *Ibid.*, p. 168.

tadísticos con los que ilustraron la marcha de las producciones, los cambios de la población o las fluctuaciones del comercio. No sólo abusaron de datos de procedencia ignorada, sino que se sirvieron de observaciones puntuales referidas a un solo año para extraer enseñanzas sobre procesos temporales. Gustaron así mismo de establecer comparaciones con estadísticas harto dudosas de otros países que, por tener una mayor población o por haber alcanzado estadios superiores de su evolución económica, fueron imposibles. A pesar de su inclinación por la información de tipo cuantitativo, que consideraron como una garantía de la objetividad de sus juicios, el respaldo cuantitativo de su análisis adoleció de una excesiva fragilidad²⁷.

En tercer lugar, todos ellos trocaron la innata tristeza que inundó sus escritos por una alegría desmedida a la hora de describir el potencial —«España es, por naturaleza, rica, riquísima»— o la prosperidad que había alcanzado la economía española en otros tiempos²⁸. Macías Picavea, en concreto, lamentó el retroceso de la producción industrial en la segunda mitad del siglo XIX. Cegado por la abundancia y riqueza de los criaderos mineros, se vio impelido a poner las reservas hulleras en pie de igualdad con las británicas, belgas o alemanas²⁹.

Veamos a continuación las consecuencias de esta visión sobre el atraso de la economía a caballo de los siglos XIX y XX. Es interesante señalar que los regeneracionistas gozaron de un gran éxito póstumo, pues su ideario sobrevivió ampliamente a la muerte de Costa. Crearon opinión y, lo que es más importante, esa opinión ha pervivido hasta nuestros días. Como es bien sabido, dejaron una impronta profunda en literatos coetáneos suyos, entre los que destacaré a Unamuno, Azorín, Maeztu y, en menor medida, Baroja. Pero su influencia también impregnó de lleno el nacionalismo económico que triunfó en la España del período de entreguerras. En concreto, los artilleros que habían recibido en 1916 el encargo de movilizar la producción de las fábricas en caso de conflicto bélico se hicieron eco del pesimismo regeneracionista. El «somos pobres, muy pobres, industrialmente considerados» arraigó con fuerza entre los miembros del estamento militar, al tiempo que se denunció la «anemia» y «debilidad» de la industria³⁰. No es, pues, de extrañar que, con este trasfondo, el dictador Primo de Rivera aspirase a encarnar la figura del «cirujano de hierro», convirtiéndose en la

²⁷ Véase en particular la poca calidad de las cifras de población que manejó Senador en De Miguel (1989), p. 9.

²⁸ Macías Picavea (1899), p. 162.

²⁹ *Ibid.*, p. 184.

³⁰ Latorre (1924), p. 77, citado en San Román (1993), p. 75.

manifestación más patente de lo que se ha dado en llamar «costismo autoritario»³¹. Al término de la guerra civil, las autoridades del nuevo Estado volvieron a identificarse, ellas también, con una buena porción de los principios regeneracionistas. Al respecto, considérese este pasaje salido de la pluma de Juan Antonio Suanzes:

«La situación actual de España en lo industrial es de catástrofe... Puede decirse que la época del carbón, del hierro, de la electricidad, de la técnica más moderna, de todos los conceptos autárquicos, han pasado como sobre un cristal: nos hemos desentendido de lo que en el mundo ocurría y hemos caído en un proceso cada vez más deplorable... Yo no quisiera que esto rezumara pesimismo...»³².

Por consiguiente, hubo identificación con la tesis de la decadencia por resultar especialmente atractiva para justificar el ansia de promover una industrialización forzada por el Estado que colocase al país en una posición hegemónica en el contexto mundial. Hicieron mella en el ánimo de los nuevos gobernantes los postulados acerca de la riqueza minera del subsuelo español, el expolio que había sufrido a manos del capital foráneo por culpa de una legislación liberal que no garantizó los intereses nacionales o, incluso, el carácter vejatorio de las cotizaciones de los minerales en los mercados internacionales³³. Pueden encontrarse estas cantinelas, tan proclamadas en tiempos de la autarquía económica de los años cuarenta, en las páginas de *Los males de la patria*, de Lucas Mallada³⁴.

Como ejemplo último de esa fuerza que ha llegado a detentar, el pesimismo regeneracionista ha irrumpido incluso en círculos académicos del presente. El síndrome de decadencia se ha filtrado, en efecto, en la obra de no pocos historiadores que califican a los regeneracionistas de «inteligencias clarividentes»³⁵. Marcadas por idéntico sello pesimista, algunas de las aportaciones más conocidas de nuestra historiografía han insistido en los fracasados intentos por industrializar al país en la segunda mitad del siglo XIX, tras experimentar un comienzo prometedor en el segundo tercio, o en el clima de crisis económica que arrastró la sociedad española³⁶. Aspectos más puntuales de la obra regeneracionista han recobrado actualidad en los trabajos de los historiadores de la economía. Por ejemplo, el desvío del ahorro nacional lejos del alcance de la industria; la ausencia de un empresariado emprendedor; las fran-

³¹ Pérez de la Dehesa (1966), pp. 213-214.

³² Suanzes (1942).

³³ Barrera (1977).

³⁴ Mallada (1969), pp. 136-139.

³⁵ Vicens Vives (1969), p. 676.

³⁶ Jover (1997), p. 24.

quicias arancelarias concedidas a las compañías de ferrocarriles para importar el material de vía, locomotoras, vagones y coches; la configuración radial de la red férrea o los costes de la política naval, se han convertido en explicaciones habituales del porqué de la no industrialización española en el siglo XIX³⁷.

Por lo demás, es justo reconocerles a los autores del 98 el valor de lanzar andanadas contra las facetas más queridas de la política económica de la Restauración. Arremetieron, por ejemplo, contra la política arancelaria por haber promovido una especialización en el cultivo de cereal en tierras castellanas, lo que Julio Senador denominó el «peligro amarillo». «El cultivo cereal —afirmó— es un error; los pocos cereales producidos son escandalosamente caros; no habría ninguno sin el arancel»³⁸. Tampoco debe olvidarse el carácter precursor que tuvo su defensa de las repoblaciones forestales, cuestión que fue proclamada con una insistencia machacona para acabar con la tremenda erosión que padecía el suelo peninsular.

2. La modernización. Contrapunto del pesimismo regenerador

«Los sombríos cuadros de nuestra política y de nuestra administración trazados en estos últimos tiempos... no son fotografías de la realidad»; quien así se expresaba en 1923 era Alvaro de Figueroa y Torres, primer conde de Romanones³⁹. Amén de rechazar el vilipendio de los rectores de la Administración del Estado, de negar su corrupción e ineficacia, sostenía Romanones que el medio siglo transcurrido desde la Restauración hasta la Dictadura había sido «de continuo desarrollo y prosperidad, trayectoria que no lograron interrumpir o desviar ni aún las desdichadas guerras coloniales»⁴⁰. Observadores extranjeros, menos implicados en las pugnas domésticas de la política española, expresaron parecidos juicios. Para el Cónsul francés en Barcelona, el país vivía «*une grande poussée industrielle*». En términos no menos laudatorios se expresaron los Cónsules británicos que residían en plazas comerciales del litoral español⁴¹.

³⁷ Macías Picavea (1919), p. 198. Los efectos de expulsión —*crowding out*— atribuidos a las emisiones de deuda pública han sido considerados como un factor de primerísima importancia para explicar la falta de inversión industrial. La ausencia de un empresariado que supiera apreciar las oportunidades de inversión ha suscitado un debate historiográfico sobre las causas del atraso español en fechas más recientes. Véase Nadal (1975), Tortella (1973; 1994), Fraile (1993).

³⁸ Senador Gómez (1919), p. 61.

³⁹ Romanones (1923), p. xi.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 345.

⁴¹ Carr (1970), pp. 382 y ss.

En línea con esa visión, pero sin caer en el optimismo desbordante que exhala el libro del conde de Romanones, por ser mera reacción a la descarnada crítica sufrida en el pasado, me propongo en esta segunda parte aportar pruebas que avalen la idea de que no hubo lugar a una regeneración de la economía. La razón es simple: en contra de la idea de «decadencia» tan querida de los regeneracionistas, la economía española registró un crecimiento moderado en la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, la renta por habitante aumentó en un 35 %. Pudo haber sido incluso mayor si la política arancelaria hubiera sido menos proteccionista. En ese caso, el desarrollo económico habría sido más respetuoso con las ventajas comparativas del país. Hubo, pues, crecimiento, y lo que es más notable, la economía se acompasó con el crecimiento de las dos máximas potencias continentales, Gran Bretaña y Francia. De modo que en esa segunda mitad de siglo, se estabilizó el desfase que nos separaba de esos dos países. No hubo convergencia, aunque se frenó la creciente divergencia registrada durante la primera mitad del siglo, cuando la economía española perdió treinta puntos con relación a la renta combinada francesa y británica ⁴².

Por lo demás, las formas de vida de los españoles, y de modo particular las de aquellos que, en número creciente, habitaban las ciudades, así lo atestiguan. Respecto de la población total, la urbana progresó de forma continuada entre 1870 y 1930. Mientras que un 30 % de los españoles habitaban en núcleos urbanos de población superior a 5.000 habitantes en 1870, su porcentaje era del 40 % a finales de siglo ⁴³. En la alimentación, en el vestir, en el calzar, en la vivienda, en el asueto o en el viaje, se limaron los contrastes con la usanza del extranjero. Poco a poco fue desapareciendo cuanto de pintoresco había tenido la vida cotidiana, un rasgo de las ciudades españolas que otrora hiciera las delicias de los «curiosos impertinentes» venidos del norte de Europa ⁴⁴. El alumbrado por gas y, más tarde, por bombillas eléctricas, el alcantarillado, el agua corriente, los tranvías, la edificación en altura gracias a los nuevos materiales de construcción y a los ascensores, fueron algunas de las novedades que contribuyeron a cambiar la faz del paisaje urbano español.

Sin embargo, los índices de producción industrial pueden transmitir una impresión algo distinta, puesto que registraron una desaceleración en los albores del siglo XX: 1,6 % frente a 2,65 % en el último decenio del XIX ⁴⁵. Este punto perdido parece sugerir la exis-

⁴² Tortella (1994), cuadro I-2, p. 2.

⁴³ Gómez Mendoza y Luna (1986), cuadro 5, p. 76.

⁴⁴ Guerrero (1990), pp. 398 y ss.

⁴⁵ Carreras (1990), cuadro 5, p. 76.

tencia de una fractura tras el *desastre*, en confirmación de la tesis según la cual la pérdida de las colonias habría tenido un coste sustancial para la metrópoli. No obstante, una inspección cuidadosa de los índices anuales nos obliga a matizar este juicio apresurado. De dichos índices se desprende que la producción industrial era extremadamente sensible a factores de tipo coyuntural, que unas veces la estimularon y otras, por el contrario, la contrajeron. Veamos algunos ejemplos. La bonanza vivida por la industria en el último decenio del siglo XIX respondió a la aplicación del nuevo arancel instaurado en 1891 y a la fuerte depreciación que sufrió la peseta una vez que las autoridades monetarias decidieron dejar la peseta fuera de la disciplina del patrón oro. A resultas de ese doble factor se abarataron los productos industriales, lo que expandió la exportación al tiempo que se deprimió la importación. En cambio, la apatía que afectó a la industria en el primer decenio del siglo XX vino en parte provocada por la tremenda crisis de subsistencias que se abatió sobre el campo español en 1904. Eliminado este factor de adversidad, emerge con toda nitidez un período de cuatro años (1905-08) en el que la producción industrial creció a tasas elevadas. En suma, un crecimiento más lento con anterioridad al 98 y otro más rápido en años posteriores a esa fecha ponen al descubierto una continuidad en el crecimiento industrial que es acorde con la evolución de la renta.

La transformación de las formas de vida respondió, en segundo lugar, a la permeabilidad de una economía que fue capaz de absorber con relativa facilidad los fabulosos avances experimentados por la técnica en la segunda mitad del siglo XIX. La inversión extranjera ejerció de correa de transmisión para trasplantar a España aquel progreso material. Al igual que ocurrió en otras latitudes, nuestro país se benefició de la llegada de capitales franceses, británicos y belgas que, en gran volumen, ayudaron a transformar su economía. Cuando en las postrimerías del siglo XIX la inversión europea comenzó a declinar, el capital indiano y los capitales españoles —en cuantía creciente— tomaron el relevo. La repatriación de capitales cubanos, a los que se unieron las remesas de los emigrantes, fue una de las consecuencias más sobresalientes del *desastre*. Su cuantía ha sido estimada en unos dos mil millones de pesetas-oro⁴⁶.

La presencia de capitales extranjeros, incluyendo los indianos, adquirió una gran relevancia por cuanto los antecedentes españoles en materia financiera no eran nada halagüeños. En efecto, los impagos de intereses y la denuncia de deudas contraídas por la Hacienda fueron frecuentes. Dicho comportamiento llevó a los principa-

⁴⁶ Maluquer (1987), p. 72.

les mercados bursátiles de Europa a prohibir las operaciones en títulos españoles. De ahí que el cambio de actitud por parte de los inversores europeos e indianos en el transcurso de la segunda mitad del siglo deba ser indagado. Como es lógico suponer, la decisión de adquirir activos españoles hubo de responder a la percepción de unas oportunidades favorables de inversión y de obtener elevados réditos. En mi opinión, estos dos requisitos se cumplían porque existía una voluntad general compartida por Gobiernos de muy distinta adscripción política de poner los medios para impulsar una modernización parcial de la economía. Exponente primordial de esa voluntad fue la promulgación de una colección de leyes para el fomento de la industria, de las finanzas y del transporte. Con la Ley de Bases de los Ferrocarriles de 1855, que fue complementada al año siguiente por leyes bancarias, y con la Ley de Minería de 1868, se abrieron las puertas a la creación de las sociedades de crédito, compañías ferroviarias y empresas mineras que cimentaron la modernización de la economía. En contrapartida, el sector público adoleció de una falta de compromiso para apoyar ese proceso a través del gasto. Una buena prueba de la indecisión de la política estatal se encuentra en la Ley de la Escuadra de 1887. Por su implicación con el *desastre*, creo que merece la pena hacer un pequeño inciso al respecto.

Por esta ley se contempló la construcción de una flota integrada por 17 cruceros y nada menos que 138 torpederos; sin embargo, el pedido definitivo quedó reducido a seis cruceros y diez cañoneros-torpederos, todos ellos de diseño británico⁴⁷. Tres de los cruceros habían de ser botados en los astilleros de El Ferrol, La Carraca y Cartagena; para los restantes se abrían dos caminos alternativos: acudir al extranjero para adquirir los buques o importar los materiales necesarios ante —según se afirmó en la época— «la total incapacidad de la industria española» para suministrar los blindajes especiales. Sin embargo, se multiplicaron las peticiones para que los pedidos fueran concertados con la industria española y evitar así su salida de España. La decisión favoreció la creación de astilleros, el perfeccionamiento de los talleres mecánicos de mayor capacidad y la modernización de los altos hornos vascos. El concurso para la construcción de tres cruceros fue ganado por un consorcio anglo-español que representaba a una compañía fantasma. En 1888, dicho consorcio fundó en Bilbao los Astilleros del Nervión. También se creó la Factoría Naval Gaditana bajo la razón social de Vega-Muguía, que se encargaría de construir el crucero protegido. En cambio, los poderosos astilleros de Matagorda, en la

⁴⁷ La decisión de construir cruceros en lugar de acorazados ha sido considerada el error más significativo de la política naval española estrenada en 1887. Véase O'Donnell (1997), pp. 110-112.

bahía de Cádiz, que pertenecían a don Antonio López, marqués de Comillas, quedaron al margen del concurso por «ser el marqués hombre piadoso». Para las calderas de mayor potencia y para los cañones de la patente Hontoria que debían artillar los cruceros hubo que ampliar las instalaciones de la Maquinista Terrestre y Marítima en Barcelona y de Portilla & White en Sevilla. Pero, sin duda, el efecto más importante de la Ley de Escuadra fue la renovación técnica de la siderurgia vizcaína con la adopción del convertidor Bessemer y del procedimiento Martin-Siemens, que hicieron posible la fabricación de las planchas de acero que requerían los nuevos buques⁴⁸.

Volviendo al relato sobre la política económica, otras medidas que hubieron de ayudar a apaciguar el ánimo de los inversores fueron, amén del reforzamiento de la protección arancelaria en 1891 y 1906, las leyes de estímulo a la industria de 1907 y 1909, por las que ésta se benefició de las compras del Estado. En la práctica, sin embargo, ese nacionalismo económico quedó difuminado por lo escaso de la asignación presupuestaria. A ello contribuyó, sin duda, la política restrictiva estrenada por el ministro de Hacienda Fernández Villaverde, que pretendió reducir la creación de dinero con el fin de atajar la elevada inflación que desató la crisis cubana en 1895. La apreciación subsiguiente de la peseta incentivó la entrada de capital extranjero.

Unos con otros, aquellos capitales venidos del exterior junto con los de procedencia nacional, impulsaron el desarrollo de instituciones financieras, de ferrocarriles, de fábricas de gas y de electricidad, de empresas de tranvías urbanos, de las más variadas actividades extractivas, metalúrgicas e incluso metálicas, al tiempo que ayudaron a diversificar el tejido industrial. Así lo atestigua una comparación de la *Contribución industrial y de comercio* en 1850 y 1900. A lo largo de esa segunda mitad del siglo XIX, la industria tradicional de bienes de consumo, con especial referencia al sector alimentario, cedió terreno en favor de industrias de tipo moderno. En efecto, los quince puntos porcentuales que perdió la industria alimentaria pasaron a engrosar la importancia relativa de actividades muy diversas, como la textil, metalúrgica, química, papelera y artes gráficas y, por último, maderera y corchotaponera. Por lo demás, en la mismísima industria alimentaria, se llevó a cabo una redistribución a favor de la industria de destilados y de conservas en detrimento de la molienda de granos. Es decir, los cambios que se operaron en la industria fabril con anterioridad al 98 favorecieron a sectores con un mayor valor añadido. Esa diversificación se

⁴⁸ Gómez Mendoza (1988), pp. 29-30.

acompañó además de la introducción de métodos de producción más modernos que permitieron asimilar la industria española a la extranjera.

El *desastre* no significó un punto final en ese proceso. Por el contrario, la tendencia recién descrita cobró mayor ímpetu en el primer tercio del siglo XX con la aparición de sectores inéditos, propios de la segunda revolución industrial, tales como el hidroeléctrico, el siderometalúrgico, el electroquímico, los materiales de construcción y los servicios urbanos. La electrificación liberó a la industria de las cortapisas que le impuso en el siglo XIX la primera revolución industrial en lo que atañe al carbón de piedra. En contra de lo manifestado por Macías Picavea, lo cierto era que las explotaciones hulleras adolecían de una ristra de inconvenientes, entre los que destacaré la estrechez e irregularidad de las vetas, el bajo poder calorífico del carbón, su pésima calidad para la coqueficación y, no menos importante, el exceso de menudos. En suma, carbón malo y caro, dos obstáculos que se convirtieron en un pesado lastre para una manufactura accionada por la fuerza del vapor. A las ventajas del motor eléctrico para generar fuerza mecánica, añadiré que la hidroelectricidad permitió ajustar el tamaño de las empresas a las condiciones del mercado, y no a las exigencias técnicas de cada proceso industrial. De productoras de energía, las fábricas se convirtieron en consumidoras. Esta última faceta evitó las restricciones geográficas que habían pesado hasta entonces sobre la ubicación de las industrias. Las regiones del interior, que habían sufrido las consecuencias de la escasez de recursos energéticos, pudieron albergar industrias. Este fue el caso de Madrid, que se encaramó a una de las primeras posiciones del escalafón industrial gracias a la hidroelectricidad⁴⁹. El esfuerzo modernizador alcanzó a multitud de ramos industriales que se desperdigaron por todo el país. Intentar siquiera una sinopsis de esa modernización sería un ejercicio baladí. Me limitaré a reseñar los hitos de ese proceso.

La constitución de entidades financieras de renombre, como el Banco Hispano-Americano (1900), el Banco de Vizcaya (1901) y el Banco Español de Crédito (1902), resultó determinante, pues la banca expresó un mayor interés por la promoción de negocios de índole industrial. Aunque ignoramos su volumen, sabemos que una parte sustancial del capital español procedía de los beneficios acumulados por la lucrativa exportación de minerales, especialmente férricos, en el último tercio del siglo XIX. Así lo atestigua el comportamiento de empresarios vascos de renombre, como Ibarra, Sota o Echevarrieta, que sobresalieron en negocios siderúrgicos,

⁴⁹ García Delgado (1990), pp. 228-229.

navieros, inmobiliarios y eléctricos⁵⁰. La llegada de capitales permitió el alumbramiento de centenares de sociedades anónimas en Barcelona, Bilbao y Madrid, ciudades que se convirtieron rápidamente en las primeras plazas comerciales e industriales del país⁵¹.

Las posibilidades industriales que permitió la electricidad, junto con su abaratamiento relativo al precio del carbón, dieron lugar a una fuerte expansión de su demanda. Para comprobarlo, basta señalar que el consumo energético por español se duplicó entre 1900 y 1935, lo que equivalía a una tasa de crecimiento de un 3 %⁵². Tal como he señalado, la hidroelectricidad se convirtió en el estandarte de la presencia de la banca en la industria española. A ese respecto, los bancos Urquijo y Vizcaya intervinieron muy directamente en la constitución de algunas de las principales empresas eléctricas del país, tales como Unión Eléctrica Madrileña, Energía e Industrias Aragonesas, e Hidroeléctrica Ibérica⁵³. No quedó a la zaga el capital extranjero, que adquirió una participación destacada en el negocio eléctrico.

La nueva fuente energética permitió, en unos casos, establecer industrias nuevas que hacían un gran uso de electricidad, y en otros, remodelar industrias ya existentes. Representante destacado del primer grupo fue la industria electroquímica, que conoció un cierto esplendor a comienzos del siglo XX. Empresas como la Electroquímica de Flix, Solvay, y la Sociedad Española de Carburos Metálicos, pusieron las bases de la química moderna en España. Pronto se les sumaron otras, que se dedicaron a fijar el nitrógeno atmosférico con la intención de fabricar fertilizantes artificiales. Por lo que respecta al grupo de empresas que fueron remodeladas, debe destacarse Planas, Flaquer & Cía., que abandonó la fabricación de máquinas textiles por la de motores eléctricos. La aparición del horno eléctrico convulsionó la industria siderometalúrgica. Aceros especiales y cobre electrolítico figuraron entre sus aplicaciones más sobresalientes.

La modernización de la industria no quedó circunscrita al ámbito de la industria pesada, sino que abarcó también industrias de bienes de consumo e incluso a la industria alimentaria. En todas ellas se completó un ciclo modernizador que se había iniciado en el último tercio del siglo XIX. En la industria de conservas de pescado, los modernos sistemas esterilizados acabaron con las antiguas salazones a partir de 1890. Por su parte, la fabricación de papel conoció

⁵⁰ Torres Villanueva (1989); Díaz Morlán (1997).

⁵¹ Harrison (1978), pp. 80-82.

⁵² Sudria (1987), pp. 318-319.

⁵³ Maluquer de Motes (1987), p. 83.

una profunda transformación con las sustitución de los viejos trapos por pasta de madera, primero mecánica y, más tarde, química.

Quedan en el tintero otros muchos ejemplos de sectores de la industria que experimentaron grandes transformaciones en en torno al cambio de siglo. En cita telegráfica, fueron los siguientes: astilleros para la construcción de buques modernos con casco metálico y propulsados, en una primera instancia, por máquinas de vapor y, más tarde, por motores diesel; talleres mecánicos para la fabricación de material ferroviario, de automóviles y, tras la guerra mundial, de aviones. En el ámbito del transporte, es de destacar la aparición de los primeros tranvías urbanos entre 1898 y 1903, la preeminencia del vapor sobre la vela en la flota mercante, la electrificación de los tramos de mayor densidad de tráfico en la red férrea a partir de 1906 y la inauguración de la primera línea del metropolitano de Madrid en 1919. Aunque el primer teléfono fue instalado en 1877, el número de receptores era aún exiguo a comienzos de siglo. El desarrollo de la red telefónica permitió, no obstante, sobrepasar la cifra de 300.000 aparatos en vísperas de la guerra civil.

Sería un absurdo por mi parte dejar entrever que la modernización de la industria abarcó todos y cada uno de los ramos de actividad. De hacerlo, estaría faltando a la verdad. Los pequeños talleres casi artesanales que constituían aún el grueso de la actividad industrial consiguieron resistir el embate de las nuevas formas de producir. Su reducido tamaño se ajustaba mejor a la naturaleza de la demanda española, que exigía productos poco estandarizados. Por esta razón, los establecimientos modernos no consiguieron arrinconar a los tradicionales. De ahí que sea menester hablar de una dualidad en la industria española. Téngase presente, a ese respecto, que el primer sector de la industria por el valor de su producción y por el número de personas a las que daba trabajo era la industria de la construcción residencial. Era un sector ajeno a los cambios técnicos que he descrito, pues continuó siendo extremadamente intensivo en mano de obra. Por lo demás, atravesó por momentos de abatimiento que eran atribuibles a la lentitud del proceso urbanizador.

Volvemos a encontrar esa dicotomía entre lo tradicional y lo moderno en el sector agrario. Aunque continuó primando el cultivo de cereal sin apenas cambios en la labranza de los campos, aquí también coexistieron factores arcaicos —los más— con otros modernos —los menos— que empezaron a dejarse sentir a finales del siglo XIX. El uso del suelo agrícola es un indicador válido para medir el alcance de aquellos cambios: viñedos, frutales, plantas industriales, raíces, tubérculos, así como productos hortícolas, aumentaron su participación desde un 19 % en 1860 a un 25 % en vísperas del

desastre⁵⁴. Estos procesos denotaron una mayor sensibilidad de los agricultores a los estímulos del mercado, tanto interior como internacional, en extensas áreas del litoral peninsular, lo que tuvo como contrapunto el inmovilismo castellano y extremeño, parapetado —tal como establecieron los regeneracionistas— tras el arancel. Por lo tanto, dos sistemas agrícolas entraron en contacto a punto de concluir el siglo XIX. El uno, atrincherado en las coordenadas de siempre; el otro, más dinámico y emprendedor, a la búsqueda de nuevos márgenes de beneficio. En el seno de la agricultura arcaizante se dejaron sentir los latidos de un factor desconocido, como fue la integración del mercado. Respondió a la posibilidad material de enviar los excedentes agrícolas de una forma más regular, rápida y barata que antaño. A ese respecto, el tendido de una red férrea a escala nacional desempeñó un papel primordial. También contribuyó a esta integración de las regiones excedentarias con las deficitarias una mejor difusión de la información gracias al tendido de la red telegráfica, lo que permitió conocer mejor la marcha de las cosechas y las oscilaciones de los precios en los mercados comarcales.

En conclusión: sin negar el atraso de la economía española, de base predominantemente agraria, hay en cambio que rechazar, por inexacta, la versión negativa que proporcionó la literatura regeneracionista del 98. El atraso no era incompatible con una estructura productiva agrícola e industrial que desde mediados del siglo XIX estaba embarcada en un proceso de modernización, aunque lento y gradual. Con los datos que he aportado, se puede dar ahora respuesta a los interrogantes que se planteó Macías Picavea en 1899. «¿Cómo se gangrenará?» No hubo gangrena porque no se trató en ningún momento de una economía estacionaria y cerrada sino, antes bien, abierta al ejemplo exterior. «¿Cómo se curará?» De hecho, la cura habría sido más rápida si se hubiera acentuado la apertura hacia el exterior en vez de buscar la protección del arancel. Y en relación con su tercera pregunta —«¿Cómo terminará?»— hoy sabemos que la enfermedad terminó bien, aunque con no poco sufrimiento para los españoles, causado en buena parte por la incompreensión que el regeneracionismo había contribuido a crear con su parcialidad y su pesimismo exagerado.

⁵⁴ Garrabou y Sanz (1985) II, p. 103.

Bibliografía citada

Barrera, E. (1997): *Autarquía e intervencionismo estatal. El pensamiento económico de un ministro de Franco: Juan Antonio Suanzes (1939-1951)*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid.

Carr, R. (1970): *España, 1908-1939*, Barcelona.

Carreras, A. (1990): *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*, Madrid.

Díaz Morlán, P. (1997): *Los negocios de un empresario vizcaíno: Horacio Echevarrieta (1870-1963)*. Tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco.

Fernández Almagro, M. (1970): *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, 3 vols.

Fraile, P. (1991): *Industrialización y grupos de presión. La economía de la protección en España, 1990-1950*, Madrid.

Fusi, J. P. y Niño, A. (eds.) (1997): *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid.

García Delgado, J. L. (1990): «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española», en Nadal y Carreras (1990), pp. 219-258.

Garrabou, R. y Sanz, J. (1985): *Historia agraria de la España contemporánea*, Madrid, 3 vols.

Gómez Mendoza, A. (1988): «Government and the development of modern shipbuilding in Spain, 1850-1935», en *Journal of Transport History*, IX, 1, pp. 19-36.

-y Luna, G. (1986): «El desarrollo urbano en España, 1860-1930» en *Boletín de Demografía Histórica*, IV, 2, pp. 3-22.

Guerrero, A. C. (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid.

Harrison, J. (1978): *An economic history of modern Spain*, Manchester.

Jover Zamora, J. M. (1997): «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en Fusi, J. P. y Niño, A. (eds.), pp. 15-46.

Latorre, R. (1924): «Escuelas prácticas de Movilización Industrial», en *Memorial de Artillería*.

Macías Picavea, R. (1899): *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*, Madrid.

Mallada, L. (1969): *Los males de la patria y la futura revolución española*, Madrid.

Maluquer, J. (1987): «De la crisis colonial a la guerra europea: veinte años de economía española», en Nadal et al., pp. 62-104.

Miguel, A. de (1989): «Prólogo», en Senador, pp. 7-20.

Nadal, J. (1975): *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona.

– et al. (1987): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona.

– y Carreras, A. (eds.) (1990): *Pautas regionales de la industrialización española*, Barcelona.

O'Donnell, H. (1997): «La Armada: proyectos y realidades de una política naval», en Fusi, J. P. y Niño, A. (eds.), pp. 101-114.

Pérez de la Dehesa, R. (1966): *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid.

Pérez Moreda, V. (1984): «Evolución de la población española desde finales del Antiguo Régimen», en *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 20-38.

Romanones, conde de (1923): *Las responsabilidades políticas del Antiguo Régimen, 1875-1923*, Madrid.

San Román, R. (1923): *La Movilización Industrial (1914-1918). Apuntes sobre el caso español*. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid.

Senador Gómez, J. (1919): *La canción del Duero. Arte de hacer naciones y de deshacerlas*, Valladolid.

– (1989): *La ciudad castellana*, Madrid (1.ª ed., Valladolid, 1918).

Sudriá, C. (1987): «Un factor determinante: la energía», en Nadal, J. et al., pp. 313-363.

- Torres Villanueva, E. (1989):** *Ramón de la Sota. Historia económica de un empresario (1857-1936)*, Madrid, Complutense, 2 vols.
- Tortella, G. (1973):** *Los orígenes del capitalismo en España*, Madrid.
- (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid.
- Trapiello, A. (1997):** *Los nietos del Cid*, Barcelona.
- Unamuno, M. de (1898):** «Renovación», en *Vida Nueva* (31 de junio de 1898), reproducido en *Obras Completas* (Madrid, 1958), III, pp. 686-688.
- Valera, J. (1876), citado en Juliá, S. (1993):** «Anomalía, dolor y fracaso de España», en *Claves de Razón Práctica*, p. 10.
- Vicens Vives, J. (1969):** *Manual de Historia Económica de España*, Barcelona.

PATRIA Y RELIGION EN EL 98

Alfonso Botti

Catedrático de Historia Contemporánea de las Universidades de Urbino y Católica de Milán

La fecha del 98 tiene un valor simbólico. En sentido estricto es una derrota militar que viene percibida como *desastre* y que determina en los medios intelectuales y políticos un clima de *finis Hispaniae*. Mucho mejor—y, en mi opinión, más correcto—hablar de crisis de fin de siglo. *Crisis* es un término mucho más expresivo y polivalente que *derrota* o *desastre*, expresa un cortocircuito, una toma de conciencia, un conflicto y un cambio. Sugiere la idea de que con el hundimiento se abren nuevas perspectivas y nuevos procesos. No voy a decir las múltiples razones por las cuales se produce la crisis de fin de siglo. Doy por supuesto que la crisis existe antes de la derrota militar. El Desastre del 98 es la consecuencia y funciona como un multiplicador, un socializador de la crisis, pero no es la causa. El aspecto más significativo de esta crisis es quizá la reflexión que desarrolla sobre la patria, la nación española y el Estado. El marco en el cual se desarrolla esta reflexión es un marco indudablemente nacionalista. El «problema de España» no existiría sin óptica nacionalista. Y, de hecho, los regeneracionistas, todos ellos, son unos protonacionalistas a todos los efectos. Al mismo tiempo, a la altura del 98 existen ya corrientes regionalistas y nacionalistas periféricas—por así decirlo—y el 98 empuja estas corrientes hacia su politización. Y esto complica más el panorama.

Por ser de sobra conocidos, tampoco hace falta detenerse sobre los temas de reflexión que aparecen alrededor del 98. Son el atraso de España con relación a otros países de Europa, la europeización de España, la identidad de lo español y las características psicológicas de su pueblo, el papel de los nacionalismos emergentes con relación a la nación española y a la estructuración del Estado, la crítica del sistema político y de la distancia que separa el país real del legal, etc. En cambio, es menos conocida la actitud de la Iglesia.

Hablar de patria y religión en el 98 significa, entonces, intentar averiguar cómo la Iglesia y el catolicismo españoles viven la crisis del fin de siglo, concretamente, cómo viven la guerra y la derrota con relación a la concepción de la nación española y al debate nacionalista que se desarrolla sobre el problema de España y de su regeneración.

Entonces, ¿cómo juega el factor religioso, concretamente católico, en esa crisis y en el debate sobre estos temas? ¿Qué impacto tiene la guerra de Cuba, de Filipinas y el 98 como derrota militar en la Iglesia y en la catolicidad española?

Un historiador autorizado en asuntos eclesiásticos tituló, hace un par de años, su intervención en un prestigioso curso de verano «La iglesia y la cuestión colonial». El texto, publicado en las actas del curso, empieza con una pregunta: «¿Cuál fue la actitud de los mandatarios de la Iglesia católica ante el estallido de la guerra de Cuba? Rezar, naturalmente, y lamentarlo». El artículo se concluye con otra pregunta: «¿Se entiende ahora mejor, en todo caso, aquella reacción ante el estallido de la guerra de Cuba?». Resulta curioso que en las 54 páginas ubicadas entre las dos preguntas no aparece ni una sola referencia al argumento enunciado en el título. En efecto, hasta la fecha, el tema se ha investigado muy poco. Ni una línea aparece en *La política religiosa en España* (Madrid, Editora Nacional, 1975) de José Andrés Gallego, y lo mismo ha hecho Manuel Cuenca Toribio en su colaboración a la *Historia de la Iglesia* dirigida por Ricardo García Villoslada (Madrid, BAC, 1979). Ha pasado seráficamente del tema Stanley G. Payne en su síntesis sobre *El catolicismo español* (Barcelona, Planeta, 1984), así como la hispanista británica Frances Lannon en su magnífico *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España, 1875-1975* (Madrid, Alianza, 1987). Por contra, Manuel Pérez Ledesma se ha ocupado recientemente del tema en una conferencia dada en la Fundación Ortega y Gasset, de la cual sacaré algunos datos.

Lo que se puede decir en términos generales es que la guerra produce una explosión y una movilización patriótica que se expresa en las manifestaciones de despedida de las tropas o de generales (Martínez Campos en Madrid, después Valeriano Weyler en Barcelona, en la despedida y en la vuelta de Polavieja). Este entusiasmo patriótico —como ha destacado Pérez Ledesma— no es, en general, espontáneo, sino organizado y alimentado por unos agentes. Las minuciosas crónicas políticas de un contemporáneo de los acontecimientos, Fernando Soldevilla, destacan el fuerte compromiso eclesiástico en la movilización de la población. Los actos más significativos que empujan este compromiso son las bendiciones para despedir a las tropas, las pláticas y los sermones patrióticos, las

procesiones e invocaciones para pedir el triunfo español. Hasta el punto que Blasco Ibáñez destaca la actitud poco cristiana del clero, y Clarín escribe en diciembre de 1896: «Si yo fuera Papa, menuda encíclica, o lo que corresponda, les habría echado encima a esos obispos y presbíteros que, sin prescindir de su carácter sacerdotal y en el ejercicio de sus funciones [...] predicán el exterminio del prójimo y se alegran de las matanzas».

Hay que enmarcar el patriotismo eclesiástico español en la «teología de las naciones» que se desarrolla a partir de la mitad del siglo XIX como respuesta al principio de nacionalidad liberal-constitucional y al internacionalismo socialista. Según esta teología, cada nación tiene un papel determinado y concreto, una misión, en el proyecto de la Providencia. La Iglesia admite este pluralismo en parte porque es una forma de recomponer cierta organicidad perdida con el fin de la Edad Media, del cosmopolitismo católico, etc. De hecho, admitiéndolo, y a pesar de su reiterado antiliberalismo, la Iglesia se acerca a la convivencia con el Estado-nación moderno (en cuanto salido de la Revolución Francesa). Pero la Iglesia no se mete con los perímetros nacionales, no opina sobre lo que es o lo que debe ser una nación en sus términos geográficos. A la Iglesia le interesa la relación que cada nación establece con el catolicismo y con la enseñanza de la jerarquía eclesiástica.

El patriotismo de la Iglesia se ubica además en el marco de una concepción que considera España como nación católica que tiene una misión peculiar dentro de la cual se colocan los vínculos históricos y religiosos con lo que queda del antiguo Imperio colonial. En este marco se encuentra también, por un lado, la necesidad de subrayar la identidad de la nación católica con el Estado, que también tiene que ser católico, y por otro, la de afirmar la unidad católica a través de la lucha contra el liberalismo-protestantismo representado por los EE UU. La palabra *cruzada*, que tendrá en el porvenir español otra histórica ocasión para ser empleada, hace su aparición por estas fechas.

Lo que ocurre es que estamos en un momento decisivo del desarrollo de la ideología político-religiosa del nacionalcatolicismo. O, dicho de otra forma —con relación más directa al tema de esta conferencia—, estamos en el momento en que el contenido de la palabra *patria* viene manipulado por una ideología nacionalista, nacionalcatólica, que quita a la palabra *patria* el significado de referencia material (un paisaje, una tierra; por ejemplo, Castilla en los intelectuales de la llamada generación del 98) e ideal (un sentimiento de pertenencia), de identidad cultural e histórica, para vertebrarla, estructurarla ideológica y políticamente: ya no es una procedencia, sino una misión, un destino, un proyecto político nacionalista y, al tiempo, católico.

Sobre el nacionalcatolicismo como ideología político-religiosa que tiene una larga duración y que no es un producto de la guerra civil, he escrito *Cielo y dinero. El Nacionalcatolicismo en España, 1881-1975* (Madrid, Alianza, 1992). Pero, puesto que se me ha criticado justamente por la periodización que en ese libro se propone, les voy a hacer una pequeña cita sacada de un artículo de Fernando García de Cortázar de 1978, en el cual está escrito que después de haber animado con sus exhortaciones patrióticas a los combatientes de la guerra de Cuba y Filipinas, «los obispos españoles que, con vocabulario típico del nacional-catolicismo, habían tratado de sostener el ánimo de los soldados, más allá de la consideración de lo desigual del enfrentamiento, anatemizarán a los responsables de la gestión pública, culpabilizándoles del deterioro del Estado español» («La Iglesia en la crisis del Estado español», en las actas del VIII Coloquio de Pau, dirigido por Tuñón de Lara).

Que el nacionalcatolicismo constituya un sólido esquema interpretativo lo demuestra el hecho de que tiene ya la explicación, la interpretación, de lo que va a ocurrir. En efecto, cuando se produce la derrota militar, la explicación eclesiástica va a ser la siguiente: la derrota se inserta en el marco de la decadencia española, que a su vez se enmarca en las consecuencias de los errores modernos (fin de la unidad católica, tolerancia de los cultos, liberalismo, etc.). Hay muchas pruebas de ello.

Dejando al margen cuanto está conocido, como las pastorales de los obispos, de entre las cuales la más notable es quizás la del obispo de Santander, Santiago Sánchez de Castro, y el reflejo evidente de la derrota militar que se advierte en el Congreso Católico de 1899 que se celebra en Burgos, resulta mejor insistir en unos folletos del Apostolado de la Prensa, la editorial fundada en Madrid en 1889 por el jesuita Francisco de Paula Garzón, que por tener gran difusión como literatura popular ejercen un considerable impacto. En el que lleva por título *La verdadera regeneración de España* (fechado en diciembre de 1898) se afirma que la medicina para curar los males de España existe, y que hay que buscarla en la práctica de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, de su Iglesia y en su aplicación a lo público y a lo privado, a las leyes como a las costumbres, a la política como a la administración, a la sociedad como al hogar doméstico. Todos los males que sufre «nuestra pobre patria» —continúa el documento— reconocen por causa el olvido de las leyes divinas. Por contra, sólo observándolas bien y cumplidamente puede conseguirse la regeneración de que tanto se habla. El folleto enumera a continuación los males que sufre el país. En primer lugar cita la falta de unión y de concordia, que se configura como una crítica del pluralismo político, es decir, de la democracia. Las naciones —leemos— están formadas no sólo por comunidad de

intereses, por afinidades geográficas, por resistir a las invasiones de otros pueblos. Eso es tan sólo el cuerpo de la nación. El alma —prosigue— es representada por la conformidad de las creencias pertenecientes al orden sobrenatural, es decir, por la unidad religiosa. Pero España, en el plano religioso, se encuentra muy por debajo del nivel de las naciones infieles. Así que los desastres que han llovido sobre España en su guerra con los EE UU reconocen por causa primaria la indiferencia religiosa que reina en España, y aun el ateísmo práctico que preside todos los actos de la vida pública. Es este un proceso de decadencia —continúa el documento— que empieza cuando gobernantes españoles comenzaron a transigir con el error, ya proponiendo enlaces matrimoniales de príncipes católicos con princesas luteranas —y viceversa—, ya tratando de abrir primera brecha en la unidad católica. Entonces, el remedio, la regeneración de España, tiene que arrancar de lo religioso, concretamente de la recuperación de la unidad católica. Otro aspecto tratado es el de la degeneración en el plano moral. La solución propuesta es la censura previa para la prensa y el teatro. Por supuesto, una censura permanente encargada a personas doctas, a verdaderos jueces de la doctrina, en una palabra, a los que la Iglesia tiene por tales. Por lo que se refiere a la enseñanza, puesto que las malas doctrinas tanto vuelo han tomado en España, hay que reconducirla hacia las manos de que jamás debiera haber salido. La Iglesia —se afirma sobre este punto— tiene el derecho de dirigir e inspeccionar la enseñanza. En el orden político, la regeneración de España pasa por la aplicación a la gobernación del Estado de los principios de la religión católica. La causa de los males en el orden político está en la facilidad con que cualquier zascandil osado y de buenos pulmones se convierte en personaje político, apoyado en los votos de otros cuantos perdidos y de los tontos, concepción que no es precisamente un elogio del sistema representativo con sufragio universal. Los jefes de Estado tienen que volver a persuadirse de que el principio de su autoridad proviene de Dios, y que a El han de dar cuenta, y que son ellos los que elevan a los más dignos a los altos cargos del Estado, y no a las muchedumbres divididas en partidos. Más adelante, el folleto afirma la necesidad de destronar la ridícula farsa parlamentaria. En el orden económico y administrativo, la actual centralización atrofia y paraliza los miembros de la nación, a saber: las manifestaciones de la vida regional y municipal. Los antiguos Reinos y Señoríos de España tienen que volver a administrarse por sí mismos, como aún lo verifican las Provincias Vascongadas. Devolviendo a la Iglesia los bienes eclesiásticos desamortizados se sacarán ventajas económicas para el Estado. El texto examina a continuación la regeneración social. En este orden, las recetas propuestas son: aplicar las enseñanzas de León XIII y medidas de censura contra la prensa que corrompe al mundo obrero. La regeneración de España en el orden judicial pasa por la supresión del jura-

do, del cual nacen muchos escándalos de impunidad criminal; la confirmación de la pena de muerte; la reforma del Código Penal para proteger mejor la religión católica... y otras cosas por el estilo. Existe desde hace cerca de dos siglos un germen destructor en el Ejército y la Marina: el liberalismo y la masonería. Apartado de Dios, el Ejército ha pagado este pecado con la humillación espantosa que acaba de sufrir. La regeneración tiene entonces que ser antes que nada moral, y sobre la base de los Mandamientos de la Ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. En segundo lugar, Ejército profesional y voluntario en tiempo de paz. En fin, inculcar en todos los militares la idea del deber religioso, la idea de que, ante todo, son soldados de Cristo, y por Cristo pelean por su patria, y en nombre de Cristo esperan vencer. El folleto acaba tratando el tema de la regeneración en el orden doméstico y, por ende, de la reorganización de la familia.

Otro folleto del Apostolado de la Prensa lleva por título *Causas de la catástrofe de España y su remedio*, y está fechado en abril de 1899. Trata inicialmente de la enfermedad de España y de la derrota militar. Continúa con la falta de virtudes cívicas y de amor a la patria. Las causas que indica son la irreligión dominante que afecta al patriotismo, la espantosa inmoralidad, el egoísmo (que en el orden político es la falta de patriotismo). Sigue con un examen de la situación de las distintas clases sociales (ricas, medias, pobres) que sirve de introducción a una postura modernizadora en lo económico. Tras haber subrayado la falta de espíritu de empresa, indica lo que habría que hacer para conseguir la transformación del país en pocos años, convirtiéndolo de miserable en próspero. Estas medidas son el ahorro y el espíritu de asociación. De otra forma —continúa el documento—, los extranjeros, que son ya dueños de casi todas las líneas férreas y de las mayores minas, seguirán siéndolo, y España será una colonia de la banca extranjera que, para mayor ignominia nuestra, está dirigida por los judíos. Sigue afirmando que sobre la independencia económica se funda la independencia política, que a su vez tiene que fundarse sobre un poder material y militar bastante fuerte. Más adelante lamenta que el Estado moderno no sea el heredero del antiguo Estado español. La ley fundamental del antiguo Estado era la unidad católica, ley sancionada por el castigo severo de la herejía, mientras la ley fundamental del Estado moderno es la Constitución de la Monarquía con su artículo 11 sobre la tolerancia de los cultos no católicos. Con todo ello, la conclusión resulta bastante optimista. Puesto que la historia enseña que las naciones han sido dirigidas siempre por minorías inteligentes, que la soberanía inmanente de la multitud es una farsa, como España ha sido pervertida por una minoría, por una minoría podrá ser salva-da. Los buenos (es decir, los católicos) tienen que unirse, es el llamamiento final. ¿Bajo qué bandera, con qué lema se habría de ha-

cer esa unión y reñirse esas batallas? Las banderas serán la Cruz y la Bandera española. Todo por Dios y por la patria: he aquí el lema.

En el segundo tomo del año 1898 de la revista *La Cruz* (Madrid) aparece un artículo, «Los dominios de España y su deuda pública en los siglos XVII y XVIII y a fines del siglo XIX. Sus calamidades y desmoralización», que plantea el tema de las colonias perdidas. En él se puede leer que «la guerra con los Estados Unidos del Norte de América [ha sido] mucho peor y más deshonrosa para España que la invasión de los bárbaros del Norte de Europa». En otro artículo del mismo tomo, que lleva la firma del fundador de la revista, León Carbonero y Sol, «El rayo de la Ira de Dios y las esperanzas de España», ¡del 8 de noviembre de 1898! (fecha del acuerdo que llevará al «inicuo Tratado» con los EE UU firmado en París el 10 de diciembre de 1898), el autor afirma que se ha dirigido a Dios, y que Dios ha puesto en sus manos los Libros Sagrados, concretamente el del profeta Isaías, del cual cita el paso siguiente: «Yo convertiré a tu mano y quemaré toda tu escoria, y restableceré tus jueces como fueron antes y tus consejeros como antiguamente, y serás después de esto llamada la nación feliz». Cita a continuación la Epístola de la Misa del día anterior al Tratado: «El Señor tomará la armadura de su celo, armará la criatura para vengarse de los enemigos, vestirá en lugar de cota la justicia, tomará por yelmo el juicio acertado y por escudo inexpugnable la equidad».

En *El Mensajero del Corazón de Jesús* aparecen unos artículos de José Vinuesa, S. J., sobre la «Soberanía social de Jesucristo sacramentado en España y adoración nacional en la Basílica de Lugo» en el que se subraya el carácter *nacional* del culto público en la basílica gallega. En otro artículo aparecido en el número de agosto de 1898 de la misma revista, bajo el título de «Religión y patria», se afirma que si en lugar de hacer caso a las sirenas anticristianas de todo tipo, «llámense judíos, protestantes, liberales, librepensadores o masones», se habría hecho caso a la voz de Dios que habla a través de sus ministros «otra hubiera sido y otra sería al presente la suerte de España». Sobre la derrota militar véase también el artículo de noviembre del mismo año, por Remigio Vilariño, S. J., «Lo que ha pasado y lo que pasará». El docto jesuita pregunta: ¿Por qué [Dios] ha dejado que la católica España haya sucumbido ante la liberalísima Norte América? La respuesta está en la ira de Dios. La culpa es del pecado. Del pueblo que lee prensa liberal, de los escritores que son heterodoxos, de la Iglesia que ha quedado casi desierta, del culto que ha sido abandonado, de las procesiones que están desdénadas».

Mientras tanto, a partir de 1899, se ha producido una fuerte reacción anticlerical. Pregunta: ¿por qué se produce una reacción con-

tra la Iglesia a pesar del patriotismo que la misma había manifestado apoyando la guerra? Según Pérez Ledesma, la respuesta tiene que estar articulada en diversos puntos. En primer lugar, justamente por la actitud favorable a la guerra de la Iglesia. En segundo lugar, por la idea de que el Ejército y la Armada españoles se hayan encontrado no preparados por falta de inversiones, a causa del expolio de la riqueza nacional debida a la recuperación económica de la Iglesia durante la Restauración. En fin, por la actitud autoritaria de las congregaciones religiosas frente a los nativos, concretamente en Filipinas. El 26 de junio de 1899, en Zaragoza, se produce el asalto al colegio de los jesuitas. Con ocasión del estreno de *Electra*, de Pérez Galdós, habrá tumultos anticlericales en toda la geografía de España. Es decir, que se ensaya ya lo que pasará casi diez años después durante la Semana Trágica de Barcelona. No es casualidad que en la Ciudad Condal también será la guerra colonial (esta vez en Marruecos) la que provocará la insurrección. La pregunta surge espontáneamente: ¿y si la explosión anticlerical no lo fuera contra el anterior apoyo de la Iglesia a la guerra, sino contra la posterior interpretación eclesiástica de la derrota? Patria y religión en su mezcla clerical empiezan a encontrar una oposición social.

Sea como fuera, volviendo a la pregunta de cómo se relacionan y vinculan patria y religión a la altura del nuevo siglo, diría que aparecen varias posturas y, justamente a partir de esas diferentes posturas, distintos proyectos de regeneración de España. Igual podríamos decir que los que aparecen son distintos proyectos nacionalistas (de los malos y de los buenos). Las actitudes y los proyectos regeneracionistas-nacionalistas más significativos y representativos por su proyección en la historia española sucesiva son los que voy a mencionar a continuación.

En primer lugar está la postura que conjuga los dos términos en clave nacionalcatólica. Es la mayoritaria, y es la que hemos examinado hasta ahora. Afirma que la regeneración de España pasa por la recuperación de la unidad católica, la recatolización de la nación y del Estado (Estado confesional), la modernización en lo económico, rechazando el liberalismo y sus consecuencias en el plano político (parlamentarismo, pluripartidismo, instituciones representativas, separación Iglesia-Estado, etc.) y cultural (libertad de enseñanza y de prensa, pluralismo ideológico, etc.). Y puesto que estoy en ello, no puedo dejar de hacer hincapié sobre las relaciones que existen entre guerra-patriotismo-derrota militar (sea o no colonial) y, según la feliz expresión de Pierre-André Taguieff, el nacimiento del «nacionalismo de los nacionalistas». En Francia, la derrota franco-prusiana de 1870 lleva al nacimiento de la derecha radical nacionalista y, años después, de la Action Française. En Italia, el Movimiento Nacionalista Italiano, que a principios de los años

veinte se fusionará con el fascismo, surge en el decenio del desastre de Adua.

En segundo lugar está la postura que conjuga la religión con otra patria, concretamente con la catalana, y que introduce un elemento de pluralismo más. Vicente Cacho Viu ha señalado que la colaboración entre católicos y catalanistas, sin condiciones previas de tipo religioso, necesariamente diluyó las tradiciones integristas dentro del catolicismo catalán (V. Cacho Viu, «Catalanismo y catolicismo en el ambiente intelectual finisecular», en *Aproximación a la historia de la iglesia española*, Madrid, 1978). Por su parte, la hispanista británica Francis Lannon ha escrito: «La religión podía apoyar un sentido de identidad regional y cultural, pero no determinaba ninguna opción política sustentada en razones religiosas: la participación seglar católica en la promoción de la cultura catalana o de la política nacionalista provenía primariamente de su condición catalanista, no de su catolicismo, y, por ello, contribuyó a diversificar y secularizar la política católica en un grado excepcional en el panorama hispano». En esta perspectiva, la regeneración de España depende o de su catalanización o de la descentralización del Estado.

En tercer lugar está la postura que conjuga los dos términos en plan igualmente nacionalcatólico, pero en pequeño: es lo que ocurre con el nacionalismo vasco (étnico hasta el racismo y católico integrista) por obra de Sabino Arana y de sus secuaces. En este caso no hay proyecto regeneracionista para España, sino autonomista o independentista para «Euzkadi».

En cuarto lugar está la postura que conjuga religión y patria en clave liberal-demócrata llegando al anticlericalismo, retomando la idea iluminista de una «España negra» que se hunde por culpa del factor eclesiástico, y que empieza a desarrollar una reflexión sobre las consecuencias negativas de la interpretación nacionalcatólica de los conceptos de «patria» y «Nación» (por ejemplo, en la conferencia de 1911 de Manuel Azaña sobre «El problema español», y más aún su *El jardín de los frailes*). En esta perspectiva, la regeneración del país coincide con su europeización. Consiste en la eliminación de la dimensión social y política del catolicismo a cambio de su privatización. En esta línea, las medidas a adoptar serían: la separación de la Iglesia y el Estado, la laicización de la enseñanza, la marginalización de las órdenes religiosas, etc.

En quinto lugar está la postura que rechaza toda conjugación entre patria y religión porque quiere borrar el aspecto religioso de la vida social y de la conciencia, y que tampoco se reconoce en el concepto de «patria». Es la actitud más radical, propia de los anarquistas y de algunos sectores marxistas. En este marco, el proble-

ma de la regeneración de España coincide con el de la revolución, y esta con la extirpación de la dimensión religiosa.

Aun siendo hiperminoritaria y aislada, no deja de tener trascendencia la postura radical y profética de quien rechaza cualquier contaminación entre patria y religión. Me refiero a la postura que Miguel de Unamuno adopta en un artículo que lleva por título «Religión y patria» y que aparece en *Nuestro Tiempo* en enero de 1904. El pretexto lo ofrece el asunto del obispo Bernardino Nozaleda que, preconizado obispo de Valencia a finales de 1903, no tomará nunca posesión de su diócesis por la oposición de los blasquistas valencianos y de otros medios republicanos y liberales, debido a la imputación de escaso patriotismo y de haber tenido responsabilidades concretas en la pérdida de Filipinas. En un sentido más general, la ocasión ofrece la polémica contra los frailes, a los que la prensa liberal y anticlerical reprocha su actitud antipatriótica. Unamuno, paradójico como siempre, primero observa que los frailes «no debieron ir nunca allí a hacer españoles, sino a hacer cristianos católicos, pues que tal es su cometido». Más adelante escribe: «Ni la Iglesia católica se instituyó para promover la cultura, ni las Ordenes religiosas que de ella han nacido tienen por misión hacer ni deshacer patrias, ni la Iglesia misma debe tener que ver con disputas de príncipes y de Estados. La alianza entre el Altar y el Trono es, a la larga, fatal a uno y a otro». Y continúa poco después afirmando: «Conozco graves eclesiásticos a quienes ofende más la tibieza en lo que ellos creen españolismo, que no la heterodoxia respecto a las doctrinas católicas, y que en el fondo defienden el catolicismo, no por creerlo la única doctrina religiosa que puede salvar las almas, conforme a aquello de que fuera de la Iglesia no hay salvación, sino por creerlo más castizo, más español, más tradicional que otra cualquier forma de religión cristiana». Y llega hasta escribir que «no estaría mal que los hombres de estado estudiasen la manera de desnacionalizar a los frailes e individuos de Ordenes religiosas, privándoles, a la vez que de los deberes, de los derechos de ciudadanos de una u otra nación, y sometiéndoles al derecho general de gentes, considerándolos como extranjeros en todas partes». Tan moderna y radical es la actitud de Unamuno hacia las modalidades de acuerdo con las cuales prescindir del factor católico en la construcción de un moderno concepto de España como nación, que en 1906 escribe a Luis de Zulueta que, en España, «descatolicizar es españolizar». Es decir: la antítesis de la actitud nacionalcatólica.

Entre los historiadores sigue habiendo opiniones discordantes sobre la intensidad con la que la población española vivió la guerra y el desastre del 98. Sin embargo, hay que distinguir entre guerra y derrota. La guerra afectó directamente al mundo popular. Hubo

resistencia y oposición en sectores políticamente caracterizados, pero minoritarios (socialistas, anarquistas, republicanos federales de Pi y Margall). Hubo una explosión de patriotismo en otros (carlistas, integristas, católicos, sectores republicanos, prensa, etc.). Quizá por la débil integración nacional y el precario nivel alcanzado por los procesos de nacionalización, una parte considerable de los españoles quedó al margen del acontecimiento. Hay varios testigos de ello (Blasco Ibáñez, Clarín, Baroja) y la falta de pulso que denunció Silvela en su conocido artículo en *El Tiempo* del 16 de agosto de 1898 lo demuestra.

Tampoco hay que sobrevalorar el impacto de la derrota del 98 en el mismo 1898. Pero si el impacto del 98 es modesto en el mismo 1898, a partir de entonces constituye la referencia obligada de cada operación simbólica e ideológica de contenido nacionalista. A partir de 1898, el 98 se transforma en mito y sirve para nacionalizar a las masas. Esa nacionalización se produce bien sea a través del nacionalismo «bueno» (a través del intento de integración democrática de los hasta entonces excluidos: clases populares y regiones), bien sea a través del nacionalismo «malo», el «nacionalismo de los nacionalistas», que en España coincide sustancialmente con las posturas nacionalcatólicas.

Desde este punto de vista, la importancia del 98 es enorme, y lleva toda la razón quien, como Tuñón de Lara entre los primeros, ha hablado de «quiebra», sobre todo con relación al plano cultural e ideológico, donde la ruptura que se produce es decisiva, marcando el pasaje desde el unanimismo al pluralismo. En este pluralismo está justamente la razón por la cual España entra con el 98 en el siglo XX. A partir de la crisis finisecular se desarrolla una reflexión que presenta un abanico de hipótesis y de estrategias que estarán presentes en la historia sucesiva hasta la Transición.

Podría decirse que el moderno nacionalismo español surge de la resaca que viene después de la euforia patriótica. O, dicho de otra forma, que el Desastre produce el clima intelectual que facilita la transición desde el viejo sueño imperial al nuevo nacionalismo. En el plano psicológico se produce algo que ha sido descrito por Eugen Lemberg como un «trauma de conciencia» que se halla en la raíz del «nacionalismo integral», caracterizado por el «renacimiento de una mística» en cuanto generado por «oscuras amenazas de desintegración». Y en España, mientras se desmembra y acaba la supervivencia anacrónica del antiguo Imperio colonial, empiezan a resultar concretas las amenazas con respecto a la misma integridad territorial peninsular, debido a las fuerzas centrifugas de los nacionalismos periféricos.

En su conjunto, la crisis finisecular tiene un impacto modernizador sobre la sociedad y la cultura españolas. Después del 98, nada queda como antes. De aquí arrancan todas las ideas de España que se enfrentarán en el siglo XX y todos los proyectos de modernización que estarán en juego a lo largo del siglo. Lo que se ha intentado demostrar es que todos ellos, en distinta forma y medida, algo tienen que ver con el catolicismo y la Iglesia.

EL 98 Y SUS CONSECUENCIAS

Juan Pablo Fusi

Catedrático de Historia Contemporánea
de la Universidad Complutense

Si al cabo de cien años, el 98 suscita todavía, como es evidente, interés y preocupación singulares, ello se debe a que fue mucho más que un simple acontecimiento militar. Hay hechos en la historia reciente de nuestro país —como la pérdida de casi toda América en 1824-26— de mayor calado histórico que el 98, más trascendentes, por tanto, para nuestra posición internacional y nuestra significación como nación, y que, sin embargo, fueron y siguen siendo hechos (y fechas) anodinos, de escasa enjundia, poco menos que ignorados en nuestra memoria colectiva, en nuestra historia. El 98 importa, quede claro, porque fue mucho más que un hecho, más que una derrota militar. En *España inteligible. Razón histórica de las Españas* (1985), Julián Marías lo definía como el «primer naufragio» de la España de nuestro tiempo, definición harto dramática, puesto que para Marías, nuestro «segundo naufragio» colectivo fue, y sería imposible quitarle la razón, la guerra civil de 1936-39. El 98 fue, en todo caso, un hecho excepcionalmente trascendente que conviene, por ello, estudiar y conocer a fondo y sobre el cual parece obligado que se reflexione y discuta.

Los historiadores (y no creo hacer violencia alguna al generalizar) están de acuerdo al menos en los siguientes puntos:

- 1) que el 98 provocó, principalmente en el ámbito intelectual, una profunda crisis de la conciencia nacional, una intensa reflexión sobre España y su significación en la historia;
- 2) que, cualquiera que sea el juicio que ello nos merezca, esa preocupación por España y los hombres del 98 se plasmó en una producción literaria, ensayística y artística de calidad las más de las veces excepcional, y que renovó de raíz la literatura

y el arte del país —nuestra sensibilidad literaria y estética, por tanto— e impregnó de forma decisiva la vida cultural española a todo lo largo del siglo XX;

- 3) que el 98 generó exigencias de cambio, de reformas en profundidad de la vida pública y aun de la vida social españolas; exigencias de *regeneración*, por decirlo con la expresión entonces en boga y que tuvo en Joaquín Costa su principal exponente y teorizador; exigencias, al mismo tiempo, de modernización, de *uropeización* («regeneración —diría Ortega en 1910— es inseparable de europeización»).

Tres observaciones iniciales en relación con lo ocurrido en España tras el 98 que contrastan, por ejemplo, con lo ocurrido en Francia tras Sedán (1870) y en Italia tras Adua (1896):

- 1) la Monarquía no se desacreditó: hasta los años veinte, los españoles no harían del cambio de régimen la clave de la regeneración nacional, sino de la erradicación del caciquismo, de la limpieza electoral, de la reforma de la Administración, de la reforma de la educación, de la política hidráulica, etc.;
- 2) no hubo una reacción nacionalista: España siguió siendo, en palabras del escritor José M.^a Salaverría, «una de las naciones más liberales de Europa»;
- 3) el régimen de 1876 resolvió bien la crisis del 98: los movimientos regeneracionistas organizados (Cámaras de Comercio, Unión Nacional) habían fracasado para 1900.

Con todo, ni la intensa reflexión sobre España y su significación histórica promovida por la generación del 98, ni las exigencias —retóricas, abstractas, arbitristas— de *regeneración* pasaron en vano. La España posterior al 98 supuso, en muchos sentidos, una ruptura radical con la España de la Restauración (de la misma manera, por ejemplo, que la Inglaterra eduardiana de 1901-1910 supuso una ruptura radical con la Inglaterra victoriana de 1836-1901). Los principales elementos del cambio que iba a operarse en España desde principios de siglo podrían esquematizarse como sigue:

- 1) tendencia irreversible a la modernización del comportamiento demográfico;
- 2) notable crecimiento urbano, de la población industrial y de servicios y, paralelamente, crecimiento de lo que habría que denominar *sociedad profesional*;

- 3) creciente intervención del Estado en materia de legislación social;
- 4) importante esfuerzo educativo (y renovación cultural) desde perspectivas definidas, además, por la hegemonía de la cultura liberal;
- 5) aparición de un nuevo lenguaje político merced a la impregnación regeneracionista de la clase política y de las instituciones;
- 6) cambios en la estructura de la política: a) formulación del conservadurismo moderno (Maura) y esterilidad del liberalismo histórico (con la excepción de Canalejas); b) redefinición del republicanismo, con la aparición del Partido Radical (1908) y del Partido Reformista (1912); c) sensibilización democrática y republicana del PSOE, que desde 1909 practicaría una política de colaboración con los republicanos;
- 7) complicación creciente del sistema caciquil: menor peso del Ministerio del Interior en las elecciones; liberalización de algunos distritos por movilización del electorado; fijación de distritos propios;
- 8) irrupción de los nacionalismos periféricos en Cataluña y, con mucha menor fuerza e importancia, en el País Vasco;
- 9) despliegue de un nuevo modelo de política exterior: aproximación a Francia y Gran Bretaña; mantenimiento del *statu quo* en el Estrecho; especial relación con la América española.

El Estado comenzó a cambiar su función desde principios de siglo. La introducción de los primeros elementos de una seguridad social estatal (Ley de Accidentes del Trabajo y Ley de Trabajo de Mujeres y Niños, de 1900; creación del Instituto de Reformas Sociales, en 1903; Ley de Descanso Dominical, de 1904; creación de tribunales industriales, en 1908; creación del Instituto Nacional de Previsión, en 1909) empezó en España tarde, en 1900, pero sólo respecto de Alemania y no respecto a otros países europeos. Cabe destacar: a) la anticipación inicial del partido conservador, al que se debieron muchas de las iniciativas citadas; b) la importancia extraordinaria del Instituto de Reformas Sociales, organismo inspirador de la casi totalidad de la legislación social española hasta 1923, que publicó informes y estadísticas de carácter social imprescindibles para el conocimiento de la realidad española y que desarrolló una gran labor en lo que se refirió a la inspección del trabajo y a tribunales industriales.

La legislación social fue creando, por tanto, un ordenamiento jurídico nuevo; se tradujo, además, en mejoras materiales en las condiciones salariales y de trabajo de los trabajadores españoles (que, no obstante, siguieron siendo durísimas). En parte, fue una respuesta a la movilización política y sindical de los trabajadores, que adquirió con el nuevo siglo importancia considerable. No se trataría ya, como en las últimas décadas del XIX, de explosiones ocasionales de descontento, o de atentados individuales en nombre de ideologías sociales, sino de la acción colectiva y organizada de partidos obreros y organizaciones sindicales. Esa presencia activa del movimiento obrero en la política española contribuyó, así, a diferenciar la política del reinado de Alfonso XIII de las etapas precedentes (Restauración, Regencia). Podemos distinguir los siguientes elementos en el modelo español de relaciones laborales: a) dualismo socialista/anarcosindicalista; b) relativo fracaso del sindicalismo cristiano; c) incidencia huelguística y afiliación sindical comparativamente bajas hasta 1917. Con todo, la movilización política y sindical de los trabajadores no se tradujo en avances electorales inmediatos de los partidos obreros. El PSOE no tuvo su primer diputado, Pablo Iglesias, hasta 1910, año en que había 22 diputados socialistas en Bélgica, 78 en Francia, 110 en Alemania, 41 en Italia y 40 en Gran Bretaña.

La aparición de los nacionalismos periféricos cambió también la política española (además de revelar que la estabilidad de la Restauración ocultaba una carencia flagrante: la debilidad del propio Estado y Administración centrales y, como consecuencia, la mala vertebración de la organización territorial del Estado español). Esa aparición (cuyos antecedentes se remontaban en el caso catalán a la década de 1870, y en el vasco a la de 1890) se concretó en los siguientes hechos:

- 1) elección por el distrito de Barcelona, en 1901, de cuatro diputados de la Lliga Regionalista de Cataluña (creada por fusión de distintas organizaciones catalanistas). En 1907, Solidaridad Catalana, una coalición electoral articulada en torno a la Lliga, logró 41 de los 44 escaños de Cataluña;
- 2) elección, en septiembre de 1898, de Sabino Arana, el fundador del PNV, como diputado de la Diputación Provincial de Vizcaya. En 1907, el PNV lograba la alcaldía de Bilbao (ayuntamiento, pese a ello, de mayoría republicano-socialista).

Las consecuencias fueron obvias. Primero, la desaparición de los partidos dinásticos de Cataluña (con matices) y en Bilbao (aquí por el auge del PNV y de la conjunción republicano-socialista). Segundo, la reforma de la Administración local. Esto último fue una idea

original de Silvela, el político conservador, que ya desde los años noventa del XIX venía argumentando que la modernización de España y la dignificación de la política (frente a la corrupción y el caciquismo) exigía la reforma de la Administración. Pero fue retomada por Maura que, en su «Gobierno largo» de 1907-1909, hizo de la reforma de la Administración local una de las piezas claves de su «revolución desde arriba». A medio plazo, la principal consecuencia sería la aprobación, en 1913, de un decreto autorizando la formación de mancomunidades regionales, y la constitución, en abril de 1914, de la Mancomunidad de Cataluña.

Los cambios que a partir de 1898 se produjeron en el país —y los mencionados eran síntomas significativos de la necesidad de reformas— transformaron también los partidos dinásticos. El partido liberal pareció sumirse en una doble crisis, de liderazgo —debido a la edad y, luego, a la muerte de Sagasta— y de identidad, provocada cuando el partido incorporó a su programa la bandera del anticlericalismo (desde la convicción de que la regeneración requería un gran esfuerzo educativo incompatible con el papel que la Iglesia católica venía desempeñando secularmente en la educación de los españoles). El partido conservador, en cambio, pareció entender mejor las exigencias regeneracionistas que, después del 98, se habían extendido en el país. Ello se manifestó ya en el Gobierno Silvela-Polavieja formado en marzo de 1899 (y que duró hasta octubre de 1900): inició la legislación social (obra de Eduardo Dato), esbozó proyectos de descentralización administrativa y procedió a una política presupuestaria de austeridad y reajustes. Pero fue, sobre todo, bajo el liderazgo de Maura cuando el partido conservador pareció iniciar su transformación en un partido conservador moderno. Los puntos básicos del ideario de Maura eran: reactivación del Parlamento; movilización política de las clases neutras; autonomía municipal; voto obligatorio; reconocimiento de la personalidad regional; intervencionismo social; sinceridad electoral; apoyo decidido a la producción nacional (a lo que se añadía una concepción autoritaria del orden público y la defensa de los valores e intereses de la Iglesia). Los dos proyectos políticos más controvertidos de su principal etapa de gobierno (1907-1909) fueron: el ya citado proyecto de reforma de la Administración local —no aprobado, pero que dejó la idea de las mancomunidades— y la reforma electoral, que introdujo el voto obligatorio y el polémico artículo 29.

Maura gobernó con energía entre 1907 y 1909, pero su propio dinamismo contribuyó a quebrantar el bipartidismo y a polarizar la vida política. Cuando en 1913 se negó a seguir el «turno» con los liberales porque éstos habían apoyado a la oposición no dinástica en 1907-1909 y habían exigido su salida del Gobierno en 1909 en la crisis desatada por el fusilamiento de Ferrer —pedagogo anarquista

acusado de responsabilidad en la agitación revolucionaria que se produjo en Barcelona en julio de 1909— el sistema quedó prácticamente roto.

Reflexión sobre España; generación del 98; regeneración; europeización; nacionalismos catalán y vasco; reforma de la educación; seguridad social; América... Se diría que el 98 fijó una parte sustancial de la agenda de cuestiones que iba a interesar a los españoles durante buena parte del siglo XX. Hasta cierto punto, no podía ser de otra forma. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas obligaba —se quisiera o no, se fuera o no consciente de ello— a que España se replanteara su propia realidad como nación y su posible nuevo papel en el mundo. Eran por definición cuestiones, interrogantes, palpitantes y decisivas: de ahí que no hayan perdido vigencia cien años después. No porque la situación de España hoy sea asimilable a la de la España de 1898, que no lo es en ningún sentido. La España de 1998 no vive, como la de 1898, instalada en el pesimismo; no interioriza, por ejemplo, su propia historia como la historia de una larguísima e inevitable decadencia, como la historia de un fracaso, como hicieron en buena medida los hombres del 98. Se diría, al contrario, que en 1998 España se ve a sí misma positivamente (aunque tampoco falte, afortunadamente, la conciencia crítica de los intelectuales), como un país dinámico, estable, democrático y europeo, como un país que, al cabo del tiempo y aun habiendo sufrido algunos y gravísimos naufragios, se ha reencontrado —discreta-mente, sin gestos declamatorios— con la modernidad. El 98 interesa, por tanto, porque las cuestiones que planteó —España, su estructura territorial, su proyección internacional, su modernización económica, educativa, social— son cuestiones abiertas y en permanente revisión.

LA INVENCION DEL 98

José María Marco

Profesor de Literatura de la Universidad de Comillas

El 3 de junio de 1898 cayó en domingo. Y como día festivo, y de verano, en Madrid hubo corrida. Mejor dicho, hubo dos. Una en la plaza de toros grande, la Mezquita, la de la carretera de Aragón (hoy calle de Alcalá), en la que participaron Quinito y Padilla, y otra en la de Carabanchel, donde se lució Vicente Pastor, llamado El Chico de la Blusa. También aquel día, Antonio Vico, el gran cómico, se despedía de su público tras una larga carrera, interpretando en el Teatro de la Zarzuela doce actos de otras tantas comedias.

Aquel día nada perturbó la tranquilidad de la ciudad. La gente debió de ir a misa, y quienes no acudieron a los toros ni al teatro pudieron pasearse tranquilamente, o entrar en algún café, como una tarde de domingo cualquiera. Cuando se cuenta que los londinenses iban al teatro bajo los bombardeos alemanes, se suele añadir que este comportamiento da ejemplo de normalidad ciudadana y es muestra de un talante sensato y templado que no se deja embargar por el miedo ni por el pánico momentáneo. Pero si se habla de lo ocurrido aquella tarde de hace casi cien años, la actitud de los madrileños, resumen de lo ocurrido en toda España, resulta ser una vergüenza y una abyección.

Quienes así hablan, es decir, los forjadores de la historia oficial de la España contemporánea, han hecho suya la visión pesimista y crítica de los intelectuales noventayochistas, de los regeneracionistas y de sus sucesores, la generación de intelectuales y políticos conocida como «generación del 14». El pueblo español, según estos nostálgicos de una ruptura que nunca ocurrió, debió haberse levantado en armas contra quienes le habían llevado a aquella derrota, perfectamente previsible. El desastre no era, en realidad, lo ocurrido aquella tarde a la salida de la bahía de Santiago de Cuba. El

auténtico desastre era justamente lo ocurrido en Madrid y en España entera, es decir, lo que no ocurrió: otra ocasión frustrada de derribar el sistema, proclamar la justicia y hacer la revolución, esa revolución siempre pendiente que los españoles no han sabido hacer nunca.

Esa visión apocalíptica no tenía nada que ver con la realidad española. Desde el asesinato de Cánovas en agosto de 1897, y con el paréntesis del Gabinete Azcárraga, venía gobernando el partido liberal. Las elecciones del 4 de marzo de 1898 dieron la victoria a Sagasta, y el único signo de anormalidad fue la suspensión de las sesiones de Cortes el 24 de junio de 1898, tras la derrota de Cavite. Se volvieron a abrir el 20 de febrero del año siguiente, siempre con Sagasta en el Gobierno, y entonces se debatieron con toda libertad las responsabilidades de lo ocurrido.

La permanencia de Sagasta en el Gobierno ha venido siendo interpretada como la confesión de impotencia del régimen político. En realidad, es toda una afirmación de estabilidad, de solidez. Sagasta, que había conseguido integrar al progresismo español en un sistema político de diálogo y alternancia —liberal, en una palabra—, representaba justamente la superación de los arcaicos ideales revolucionarios que tan estrepitosamente habían fracasado una y otra vez a lo largo de todo el siglo XIX, hasta llegar al desastre de la Primera República.

Su sustitución, en marzo de 1899, por Francisco Silvela, subraya que el sistema podía resistir una crisis como aquella y, más aún, que tenía preparado el recambio. La obsesión de Silvela por la honradez (en términos políticos, la pureza del sufragio frente a las prácticas caciquiles de Romero Robledo, el «gran elector» de Cánovas) no era una simple cuestión intelectual, sino un rasgo de confianza en el sistema que, en opinión de Silvela, sería capaz de democratizarse si los españoles se lo proponían de verdad.

El Gabinete de Silvela demostraba la voluntad reformadora del Presidente. Allí estaban el general Polavieja, con sus planes de reforma del Ejército; Durán y Bas, en representación del regeneracionismo regionalista, teñido ya de catalanismo; Fernández Villaverde, dispuesto a sanear la Hacienda pública tras el derroche de la guerra de Cuba; y Eduardo Dato que, como buen conservador, iba a demostrar que el Estado también tenía sus pruritos paternos y bienintencionados ante lo que desde algún tiempo venía llamándose «la desdichada situación de las clases trabajadoras».

El frente abierto por Silvela era demasiado amplio, y el Gobierno pronto sucumbió a sus propias contradicciones (por ejemplo, en-

tre el reformismo de Polavieja y la austeridad impuesta por Villaverde). Pero lo que eso venía a demostrar no era incapacidad del sistema, sino precisamente lo contrario; la voluntad de cambio y adaptación. La vuelta de Sagasta en 1902, en el primer Gobierno del joven Alfonso XIII, abría un paréntesis, pero continuaba la renovación: además de Moret (en Gobernación), ya estaba allí la nueva generación de liberales: Romanones en Instrucción Pública y Canalejas (y también Amós Salvador) en la cartera de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas. Los conservadores seguían la misma senda renovadora por la que Silvela acabaría dando el relevo a Maura, es decir, a los hombres que debían haber llevado a cabo la democratización del régimen. Y si en lo político el 98 no marca, más bien al contrario, ningún retroceso, ni siquiera un pequeño frenazo, en lo económico ocurrió algo parecido. Está claro que el final de la guerra tuvo consecuencias negativas. Se habían perdido muchas vidas humanas e ingentes recursos financieros; también se habían perdido mercados, habían desaparecido redes comerciales establecidas y probadas y, sobre todo eso, la derrota ante Estados Unidos provocaba irremediamente un sentimiento de frustración y desmoralización que no favorecía el dinamismo económico y empresarial.

Pero no es menos cierto que el fin de la guerra era de por sí un elemento de consecuencias positivas. De hecho, 1898 marcaba un momento crítico de renovación vivido como tal en lo literario, en lo político y en lo económico. La repatriación de capitales favoreció la actividad y la modernización, con la aparición de una banca privada importante, y la estabilización de Villaverde consiguió anular el déficit presupuestario estatal.

Globalmente, por tanto, el balance que ofrecen los años que siguen a la crisis del 98 no tiene nada que ver con ese desierto que se nos ha pintado tantas veces. A pesar de la derrota, las lealtades continuaban intactas, el régimen liberal demostró su estabilidad, e incluso su capacidad de adaptación. El régimen de Cánovas y Sagasta se encaminaba sin grandes perturbaciones hacia un nuevo horizonte de democratización, que era el camino por el que transitaban, con más o menos velocidad, todos los países europeos.

Ahora bien, el año 98 no es en la historia de España un simple hecho histórico, que agote en sí mismo o en sus repercusiones —de corto o largo plazo— su significado. El 98 —el desastre, o la quiebra del 98, como se le ha llamado— ha pasado a ser una forma de explicar toda una época, y la clave que sirve para justificar la conducta de muchos españoles a lo largo de todo el siglo XX. El 98, en este sentido, es un auténtico mito, una invención que suplanta la realidad pasada —hasta llegar incluso a suprimirla— y acaba creando una

nueva, que es aquella en la que nos hemos venido moviendo hasta la actualidad.

El 98, en rigor, cumple con todas las acepciones del término «mito». Es una leyenda simbólica, predominantemente de carácter religioso, y es una cosa inventada por alguien para hacerlo pasar por verdad, aunque en este caso en el sentido más fuerte del término, porque probablemente algunos —no todos— de los inventores se creyeron su propio invento. Y si se quiere ser un poco más compasivo con estos grandes fabuladores (no se lo merecen, dicho sea de paso), también podemos hablar de una acepción más literaria, e incluso lírica: la de que el mito es el recuerdo de una esperanza.

La labor de encuadrar el 98 en un relato de orden mítico es simultánea a los hechos. En 1900 aparece *Ariel*, el ensayo de José Enrique Godó, el escritor uruguayo, que veía en lo que luego se llamaría «Hispanidad» la encarnación de la Hélade y la latinidad. América Latina representaba, según esto, los grandes ideales éticos, la generosidad y el desprendimiento (un cierto sentido de la palabra «liberalismo») frente al mercantilismo, la rapacería y el egoísmo del capitalismo norteamericano. Godó pintaba con matices ideales y sublimes la propaganda en contra de los «tucaneros» yanquis y enfrentaba, con una alegoría de origen shakespeariano releída vía el francés Renan, el Calibán capitalista con el Ariel liberal.

Esta oposición entre liberalismo y capitalismo contradecía la tradición del liberalismo hispánico (representada entre otros por Sarmiento, siempre admirador de los Estados Unidos) que, lógicamente, no quería escindir el ideal liberal de su única plasmación posible, como es la economía de mercado. Pero las críticas (algunas de ellas muy bien fundamentadas, como las que le haría Maeztu algunos años después) no impedirían el éxito de la tesis, que proporcionaba una forma de argumentación al miedo y al repliegue anticapitalista. Aún hoy se escuchan los ecos del arielismo en la propaganda castrista y en la de los comunistas de Chiapas.

En España, cómo no, tenemos nuestra versión castiza de Ariel: es el Don Quijote unamuniano, el héroe capaz de despreciar la modernidad en nombre de una pureza y una fe en la que ni siquiera Unamuno (no digamos ya Don Quijote) creía. Pero estos son elaboraciones posteriores. Para describir el estado de ánimo que dio origen al mito del 98 será conveniente recurrir a documentos menos grandiosos, como el siguiente, del periodista mallorquín Miguel de los Santos Oliver, que en un libro significativamente titulado *La literatura del desastre* describe así lo ocurrido aquel año:

«Vimos entonces a los gobernantes exculpándose con la presión irresistible de la corriente popular; al pueblo protestando de la sugestión optimista en que le tuvo la prensa; a los periodistas escudándose en la imposibilidad de afrontar y resistir el movimiento de opinión por ellos mismos alimentado y producido; a todos revolviéndose contra todos, como si se sintieran simultáneamente víctimas de un recíproco engaño. Pero sí, fue deprimente y ¿por qué no decirlo? vergonzosa la primera impresión y no estuvo el desconsuelo inmediato a la altura de la catástrofe; de la misma sacudida, del mismo dolor, del mismo coro de recriminaciones, del mismo revulsivo aplicado a nuestras carnes por la adversidad surgió un momento de profunda belleza. No hubo ciudadano en cuyo espíritu no germinara una secreta esperanza. Por un momento se vio claro. El rayo de aquella tempestad iluminó súbitamente todo el panorama de la historia de tres siglos, haciendo ver cuanto en ellos hubo de desviación insensata y tan insensata como perseverante. A la luz de aquel relámpago apareció el verdadero camino del cual andábamos torcidos y distantes, y el espíritu español quedó orientado momentáneamente para rectificar su falsa dirección y recobrar la verdadera. De suerte que en muchas y muy preclaras inteligencias aquella gran tristeza se resolvió en exaltación y alegría inconfesada, como si el desastre material fuese el último sacrificio, la última prueba y el último azote de la mano de Jehová, precursores de un éxodo final y glorioso»¹.

En el despliegue retórico del texto se pueden apuntar tres datos importantes. Primero, la forma en que se revela —no basta con decir «se conoce»— el desastre. Es un rayo, una luz fulgurante que, más que iluminar y esclarecer, revela una realidad hasta entonces desconocida y, en buena medida, desrealiza la anterior. De pronto, toda la historia de España (traducido en términos histórico-políticos: el proyecto canovista de «continuar la historia de España») se revela como lo que es, la continuación de una desviación monstruosa ocurrida muchos siglos antes. Ha llegado la hora, como había dicho antes Ganivet recordando a san Agustín, de volverse hacia adentro, de encontrar la verdad y el camino en uno mismo.

También se destacará la belleza de la revelación. El desastre, de tan terribles consecuencias humanas, es a pesar de todo (¿o quizá por eso?) relevante estéticamente. Su manifestación como la aureola lí-

¹ Miguel S. Oliver, *La literatura del desastre*, Introducción y notas de Gregori Mir, Barcelona, Península, 1974, pp. 113-114.

vida y desmaterializada del relámpago, se mueve entre la manifestación simbolista y el *art nouveau*. También en el arielismo —y en las obsesiones unamunianas— hay mucho de búsqueda de la pose, de esteticismo vital que conduce a la elaboración de un personaje: no se olvide que todos estos personajes son grandes egotistas, obsesionados con la creación de un yo magnífico, superlativo, y que para ello no dudan en hundir todo lo necesario el fondo sobre el que dibujan la majestuosa silueta.

Finalmente, el relámpago y el desastre que revela se vive —es decir, se dice que se vive— como un sacrificio. Nótese, de pasada, que ese sacrificio lo hacen los demás, pero el caso es que la divinidad, implacable, exige con su manifestación el rescate de un pecado. Y que ese pecado es esa misma desviación que el relámpago alumbraba con luz admirable.

Todas estas preocupaciones —la visión, la desviación, el pecado y la culpa— aparecen en nuestro primer personaje. En 1898, Joaquín Costa propuso la creación de un Partido Nacional, una nueva organización política que, de haber prosperado, habría supuesto una importante renovación en el panorama político español de la época, al introducir un elemento nuevo en el turno de los dos partidos establecidos. Apenas dos años después, el proyecto había fracasado. De partido nacional —con el nuevo nombre, un poco rebajadas las ambiciones primeras, de Unión Nacional—, pasó a ser un proyecto de Liga, es decir, una organización no permanente y con un objetivo puntual: la defensa de los contribuyentes ante la voracidad fiscal de Villaverde. El proyecto fracasó, y de los aliados de Costa, uno —Basilio Paraíso— se incorporó al Partido Conservador y el otro —Santiago Alba— al Liberal.

Costa mismo, en 1903, ingresó en la Unión Republicana, sin albergar la menor ilusión acerca de su eficacia. De hecho, elegido diputado, nunca asistió a una sola sesión de las Cortes. Entretanto, Costa lanzó su información —hoy la llamaríamos encuesta— sobre el caciquismo, encaminada a movilizar a la clase intelectual para «hacer libre al pueblo español, que no lo es». El resultado de todo este proceso de degeneración aparece en la carta que le escribió a un amigo en 1906, equiparando su situación personal —muy enfermo ya de la esclerosis múltiple que padecía desde joven— con la de su país: «Soy una ruina psicológica tanto como fisiológica, y no se puede contar ya conmigo para nada... lo mismo ¡ay! que España; lo mismo que el partido republicano»².

² Joaquín Costa, «La urna del Reina Cristina», 21 de abril de 1903, en *Política quirúrgica*, Madrid, Biblioteca Costa, 1914, p. 122.

El 21 de abril de 1903 publica en *El Liberal* y en *El País* un artículo titulado «La urna del *Reina Cristina*». Un año antes, la Reina Regente había traspasado la Corona a su hijo Alfonso XIII, garantizando así la continuidad de la Monarquía y, tras la muerte de Sagasta y un nuevo Gobierno de Silvela, había llegado a la Presidencia del Gobierno Villaverde: era el triunfo total del régimen liberal, y con él, el cumplimiento de lo que Costa consideraba el peor de los escenarios, por seguir utilizando palabras de hoy. Esto es lo que Costa escribe justo en ese momento:

«... ha surgido del fondo de la bahía de Cavite una urna gigante, bautizada allá en tiempos con el nombre fatídico de *Reina Cristina* (no olvidemos el *Reina Regente*), que guardaba en su vientre ochenta cadáveres de oficiales e hijos del pueblo. ¡Ah! esos ochenta cadáveres forman por sí solos todo un cuerpo electoral; Y ese cuerpo electoral ha votado. ¿Contra quién?, ¿contra el gobierno?, ¿a favor nuestro? No; contra nosotros y contra el gobierno. Esos muertos se han alzado, envueltos en esta tela querida, que fue símbolo y bandera de la Patria y que no es ya más que un sudario; y yo los veo, en la oscuridad de la noche, que me miran sin ira, tristemente, como una reconvención suave, callada, mezclada de compasión, diciéndome nada más: “¿qué te habíamos hecho nosotros?, ¿por qué nos dejaste morir?”. Y yo no sé qué responderles; yo no sé más que estremecerme de angustia y de vergüenza, porque tienen razón; porque es verdad que no los mataron los yanquis; los mató su país, y yo he tenido mi parte en ese asesinato porque he consentido y sigo consintiendo...»³.

En 1903, cinco años después de los desastres del año 98, Costa recrea los hechos, o mejor dicho, los revive con una nueva intensidad. Y los recrea no desde una reconstrucción intelectual, sino mediante la creación de una fábula, proyectando sobre lo ocurrido entonces todo lo que se ha producido desde ahí. La fábula arranca ahora no de un relámpago, como en el caso de Oliver, sino como un sueño. Costa, que ejerce de profeta de la realidad española, da a ver a sus compatriotas aquello que éstos no ven o no saben expresar. No es raro, de hecho, que recurra a los sueños –siempre plásticos, y a veces muy bellos– para dar una clave interpretativa. En este caso, más que un sueño, se trata de una pesadilla: Costa, embargado por la sensación de fracaso personal y político en el que ha culminado el esfuerzo por convencer a sus compatriotas de la necesidad de un cambio, sublima éste en la escena terrible en la

³ *Ibid.*, pp. 122-123.

que se le aparecen los españoles muertos en la bahía de Cavite el 3 de junio del 98.

Estos cadáveres que han recobrado el habla, resucitados como muertos vivos, son, en primer lugar, la viva representación del conjunto de sus compatriotas. Costa habló del régimen liberal como de una necrocracia: los oligarcas y los caciques eran los muertos que gobiernan la fantasmagoría española. Ahora los muertos del *Reina Cristina* representan a todos los españoles que, vivos en apariencia, no son más que muertos verdaderos, cadáveres insepultos, seres a medio camino entre la podredumbre y lo fantasmal, que arrastran una existencia indigna de llamarse tal. Este país de cadáveres es la España de la Restauración, y esta a su vez es el fruto de un siglo de liberalismo. Tal es el resultado del esfuerzo de implantar las libertades políticas en el que se embarcó la sociedad española del siglo pasado: unos cadáveres envueltos en un sudario que una vez representó la aspiración a la libertad. Como en una película de terror, el relámpago de Oliver ilumina ahora una visión apocalíptica que va perfilando un auténtico significado. La desviación monstruosa cobra el perfil concreto del siglo XIX, aunque se podría ampliar hacia atrás, hasta la desviación del proyecto nacional en tiempo de Carlos V, porque precisamente es eso lo que Costa hace encarnar en la regente María Cristina, objeto siempre de su animadversión: la desnaturalización de una posible política nacional a manos de una extranjera.

Y como en Oliver, pero de forma al mismo tiempo más retórica y más sincera —en eso reside el encanto de Costa, siempre desmedido— encontramos también, ante la catástrofe, el motivo del remordimiento. Esos cadáveres que representan a todos los españoles son la encarnación del pecado del propio Joaquín Costa: no haber podido evitar el desastre, no haber sabido cambiar la realidad de su país, más aún, haber contribuido a la hecatombe: recuérdese que Costa, como buen progresista y buen compañero de viaje de los krausistas y la Institución Libre de Enseñanza, había sostenido la necesidad de que España se embarcara en una política de expansión imperialista a la que Cánovas, realista como era, había puesto siempre el veto. Así pues, tengamos bien en cuenta que toda esta gran escenografía, los cadáveres insepultos de Cavite, sirven, también, para lavar los pecados —siempre indecibles— del progresismo español.

En 1911, poco después de la muerte de Costa, Manuel Azaña pronunciaba su primer discurso de cierta importancia, que tituló, con claras referencias regeneracionistas, «El problema español». No vamos a detenernos en este texto, muy revelador, y daremos un salto de más de diez años, cuando, en 1921, y luego en 1925,

Azaña escribe su novela *El jardín de los frailes*. Son años de fracaso. En 1921, Azaña ha visto naufragar su proyecto político, habiendo perdido en todas las elecciones en las que se ha presentado, y no teniendo futuro alguno en el Partido Reformista, con el que Melquíades Álvarez retomó en cierto modo el proyecto costista de un tercer partido, alternativa a los dos del turno. El fracaso político es también profesional y sentimental: Azaña, funcionario soltero y cuarentón, tiene la sensación de no haber hecho nada en la vida, y hay que reconocer que tal sensación no va del todo desencaminada.

El año 1925, cuando termina *El jardín de los frailes* tras cuatro años de abandono —un gesto típicamente azañista—, la situación ha empeorado. Azaña dirá que aquel fue el año más triste de su vida, y no le faltará razón. En el intermedio, como es sabido, ha tenido lugar el golpe de Estado por el que Primo de Rivera, con el apoyo del rey Alfonso XIII, ha pulverizado la legalidad constitucional y empezado a destruir el liberalismo español. Para justificar su acción, Primo de Rivera había recurrido a la retórica regeneracionista —o noventa-y-ochoista—, llevando a sus últimas consecuencias lo denunciado por Joaquín Costa y sus seguidores:

«Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado de recoger las ansias, de atender el clamoroso requerimiento de cuantos amando la Patria no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso. La tupida red de la política de concupiscencias ha cogido en sus mallas, secuestrándola, hasta la voluntad real. Con frecuencia parecen pedir que gobiernen los que ellos dicen no dejan gobernar, aludiendo a los que llevaron a las leyes y costumbres la poca ética sana, el tenue tinte de moral y equidad que aún tienen; pero en la realidad se avienen fáciles y contentos al turno y al reparto y entre ellos mismos designan la sucesión»⁴.

Y tras esta crítica de la Restauración, que no difiere mucho —como no sea por el fárrago estilístico, tan castizamente burocrático— de las denuncias costistas, Primo de Rivera sacaba las consecuencias pertinentes:

⁴ Miguel Primo de Rivera, «Al país y al Ejército españoles», 13 de septiembre de 1923, en María Carmen García Nieto et al., *Crisis del sistema canovista*, Madrid, Gadiana, 1972, p. 53.

«Basta ya de rebeldías mansas, que sin poner remedio a nada, dañan tanto y más a la disciplina que esta recia y viril a la que nos lanzamos por España y por el Rey. Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar los días buenos que para la Patria preparamos»⁵.

Con este fondo de regeneracionismo conservador —lo es siempre, pero eso es otra cuestión— por la que un militar recoge la bandera noventayochista, escribirá Azaña el final de su novela. Como es sabido, *El jardín de los frailes* cuenta los estudios de su autor en El Escorial, entre 1893 y, precisamente, 1898. No es difícil desenredar la madeja: El Escorial es el gran monumento de la Monarquía hispánica, la más acabada representación de la aspiración religiosa y política en que se fundó el imperialismo de la dinastía austriaca. No hace falta recordar que es también un sepulcro donde reposan los restos de los reyes de la gran Monarquía y, por si todo esto fuera poco, el cuidado de este símbolo grandioso le corresponde, por deseo de Alfonso XII, a los padres agustinos, que es la orden religiosa que gobernó las islas Filipinas durante tres siglos y cuya pérdida, en 1898, coincide exactamente con el examen de licenciatura del protagonista de la novela.

Casi treinta años después de los hechos, Azaña vuelve al 98, y lo hace de una forma bastante peculiar. Efectivamente, no se trata de un libro de recuerdos corriente en el que Azaña contaría, en nombre propio, sus años de infancia y de juventud. El protagonista de *El jardín de los frailes* no tiene nombre, y en vez de ser un simple individuo, va proyectado a la categoría de emblema de toda una generación, un poco como si Azaña, siempre inseguro y como incompleto, quisiera alzarse a la medida de un escenario saturado de referencias simbólicas.

Como no podía ser menos, estos recuerdos van organizados de una forma altamente complicada. Y es que este personaje sin nombre, elevado a categoría de emblema, vuelve a El Escorial una tarde de invierno y se encuentra, solo, en el escenario donde transcurrió su primera juventud. Es a partir de ese momento cuando se despliega la novela, como si el protagonista, al volver a contemplar el escenario, reviviera todo lo que le ha ocurrido. Azaña volvería a utilizar la misma técnica en un relato que escribió también en los años 20, aunque lo publicó mucho después, en plena guerra, y que tituló *Viaje de Hipólito*: este fragmento narrativo cuenta una larga estancia del protagonista fuera de su país natal, España, y lo hace

⁵ *Ibid.*

entre dos momentos apenas separados por un brevísimo instante: el que media entre la entrada de Hipólito en su casa madrileña y el momento en que abre la puerta de su despacho: en ese breve trayecto, de una considerable densidad sentimental, va contada toda la peripecia, la juventud de Hipólito, las causas de su salida de España, la estancia fuera y, sobre todo, el viaje de vuelta. Por mucho que Azaña lo niegue, el procedimiento recuerda mucho al creado por Proust poco tiempo antes, cuando el protagonista de *A la búsqueda del tiempo perdido* recobra la memoria del pasado entero tirando del hilo que le da el sabor de un bizcocho mojado en una infusión de tila.

Hemos vuelto así a algo que ya conocemos: el relámpago de Oliver, el sueño —o la pesadilla— de Costa... la alucinación de Azaña, que a más de veinte años de distancia es capaz de revivir —y re-sentir— con una precisión sobrecogedora lo ocurrido en su juventud. ¿Y qué es lo que cuenta esta alucinación? Pues bien, insinúa una novela familiar (que Azaña desarrollaría después en *Fresdeval*, su segunda novela), según la cual una familia de liberales radicales acaba mandando a su heredero a un colegio de curas, que no es otro que la Universidad María Cristina de El Escorial —así llamada por la especial protección que le brindó la Reina Regente, a la que se alude, con sarcasmo característico, en *El jardín de los frailes*. El protagonista viene a ser la víctima de un pacto perverso: el establecido entre unos liberales que han renunciado a imponer sus ideales, e incluso a luchar por ellos, y unos frailes que representan la restauración de la unidad del Trono y el Altar (recuérdese la simbología escurialense) tras medio siglo de inestabilidad progresista. En otras palabras, *El jardín de los frailes* pone en escena el triunfo de la contrarrevolución, encarnada por la Restauración, de la que el joven Manuel Azaña es la víctima propiciatoria. Y siendo la Restauración la puntilla dada por la Corona, el clero y la reacción al débil y acobardado liberalismo español, lo que Primo de Rivera viene a hacer es simplemente, por seguir con la metáfora, clavar el último clavo en la tapa del ataúd. Se observará que, siendo como son dos perspectivas radicalmente distintas, incluso contrarias, Azaña y Primo de Rivera coinciden en el diagnóstico sobre la Restauración y el significado del golpe de Estado del año 23. Para el primero es la continuidad; para el segundo, la ruptura. Pero para ambos se trata de un régimen estéril, de los años bobos, desperdiciados, perdidos para la historia de España. Y lo que en Primo de Rivera va a ser una ruptura en positivo, en Azaña va a ser una ruptura torturada con la herencia recibida, con la familia y el legado político que él había de continuar. Y como Azaña no puede engañarse del todo a sí mismo, la obra que escribe está saturada de sentimiento de culpa: por el hecho en sí de la ruptura, que es siempre dolorosa y, de una forma que la ingenuidad de Costa desconocía completamente, por la mala

conciencia de quien inventa –literalmente– un orden injusto para mejor resaltar su propia figura.

Por eso Azaña llamará a su obra una confesión –más precisamente, unas «confesiones sin sujeto»–, añadiendo así la soberbia a todos los demás pecados. La ruptura escenificada en *El jardín de los frailes* se plasmará finalmente en la realidad española el año 1931. De hecho, Azaña querrá hacer, con la República, aquello que la generación del 98 no hizo: rectificar la realidad española. En un discurso memorable sienta la doctrina: que la República viene a resolver el problema de una generación (la suya) y añade, de más de una, en alusión a la anterior, es decir, a los noventayochistas, calificados de «*ratés*» –fracasados– en un texto anterior, precisamente por no haber sabido hacer en la realidad lo que hicieron en literatura.

Todos sabemos lo que ocurrió: la ruptura, esta vez auténtica, acabó en una guerra que enfrentó simbólicamente a Azaña no con los fantasmas de la Restauración tan bellamente descritos en *El jardín de los frailes*, ni siquiera con un militar al estilo de Primo de Rivera –a Azaña no le faltaba razón cuando veía una cierta continuidad entre la Restauración y el régimen de Primo, siendo como era éste un hombre que jamás logró librarse de su hechura liberal, criado en la atmósfera templada y tolerante de la Restauración–, sino con un hombre de talante bien distinto, Francisco Franco, al que Azaña llamó en sus diarios «el único peligroso».

Terminada aquella guerra, entre 1940 y 1941, Franco se entretuvo escribiendo una obra de ficción, una novela que luego llamó «Anecdotario para el guión de una película». Estamos hablando de *Raza*, que es su segunda obra de ficción después de *Diario de una bandera*, escrita en los años veinte y de tema africano. *Raza*, como es sabido, va firmada con seudónimo, «Jaime de Andrade», que es el más aristocrático de los apellidos de Franco. Y es que estamos otra vez ante una recreación fabulada de la historia de la familia, una nueva novela familiar. Como en el caso de la de Azaña, tampoco Franco se sentía muy cómodo con sus antecesores, y más en particular con su progenitor, al que hubiera preferido más hinchado y más heroico y no tan trivial como lo fue en realidad (nótese que lo mismo se le va a reprochar al pueblo español). El caso es que, en vez de la crítica feroz del político y escritor republicano, Francisco Franco sublima la figura de su padre, Nicolás, militar librepensador y de vida sentimental complicada –todo ello común en el siglo XIX–, en un marino heroico, descendiente ni más ni menos que de Churruca, el héroe de Trafalgar. Estamos ante un nuevo episodio nacional, como lo es, a su manera, la obra narrativa de Azaña. Y es que Franco traza en la figura del capitán de navío Churruca un hilo entre dos grandes desastres de la historia española:

Trafalgar y Santiago de Cuba. Del puente del *San Juan Nepomuceno* hemos saltado al del *María Teresa*.

Entre quince y veinte años después de *El jardín de los frailes*, y transcurridos más de cuarenta desde el desastre del 98, otra vez un protagonista de la historia española vuelve a ese momento para explicar a partir de ahí toda la historia contemporánea de su país y, como en el caso de Azaña, para justificar su conducta a partir de esa revisión. Y es que el magnífico protagonista de *Raza*, buen marino, buen padre y buen español, perece en Santiago de Cuba. El gesto heroico borra, en lo personal, lo que sigue siendo un baldón colectivo. En la derrota de Santiago, en esa infamia que fue lanzar a una escuadra escuálida y mal pertrechada contra la flota yanqui, queda demostrada, según la reelaboración de Franco, algo que ya sabemos: el fracaso de la política liberal. España, en manos del liberalismo, ha sido «un barco sin rumbo», y basta con leer la escena de la muerte del héroe y protagonista para comprender el significado que Franco quiso atribuir al hecho:

«Son las nueve de la mañana del 3 de julio de 1898 cuando el crucero *María Teresa*, en el que flamea la insignia del Almirante, enfoca la boca del puerto. Le siguen de cerca los otros cruceros españoles. Frente a la salida y en semicírculo, los potentes buques americanos se encuentran dispuestos para la desigual batalla. La admiración surge en los puentes de los acorazados yanquis y la frase de «Marinos dignos de mejor suerte» corre de boca en boca. ¡Virtud de la milicia!, que aun en medio de la gran infamia hace brillar la admiración caballeresca.

Ni el arrojío de los marineros españoles, ni su tenacidad para acortar las distancias y aumentar la gloria pueden darles posibilidad de triunfo: todo se anula ante la superioridad aplastante del material.

Las naves españolas son barridas por la metralla adversaria. Sin torres que defiendan al personal, cada impacto produce numerosas víctimas; la sangre de nuestros marinos corre por las cubiertas.

La sucesión de mandos se impone a cada momento, y muchas veces el Comandante, herido grave, vuelve a relevar al que le había sucedido, que acaba de caer en la batalla.

Dos horas duró el glorioso sacrificio. Son las once y media cuando la última de nuestras naves se sumerge en el mar.

Sobre el puente de su crucero, con sus charreteras de gala, Churruca se hunde con su navío. Su mano izquierda aprieta contra sus labios una pequeña medalla mientras con la diestra en alto aún grita a los que le rodean: ¡España! ¡España! ¡España!...

El barco se sumerge rápidamente y en el inmenso remolino que se forma en el pico del palo mayor, todavía se mantiene enhiesta, como un símbolo, la Bandera que Churruca ordenó clavar»⁶.

Como es sabido, en la ficción de *Raza*, que es la que da sentido a toda la historia de España, la redención, la «revancha» (así dirá el hijo de Churruca) llega con el desfile de la Victoria, con el aire de Madrid «lleno de toques de clarines y de alegre volteo de campanas»⁷. Es el triunfo de la Cruzada, la auténtica restauración de la unidad política y religiosa en que se funda el destino y la verdad de España, la reconquista del espacio nacional invadido por el liberalismo y sus herederos y sucesores, la rectificación definitiva de la perversión descrita por el periodista Miguel de los Santos Oliver. Franco ha terminado con la situación monstruosa que empezó a desvelarse en 1898 y tocó fondo entre 1931 y 1936. A Azaña, símbolo de esa perversión, le han hecho la misma jugada que él les había hecho a sus mayores: considerarle la continuación de aquello con lo que quiso romper: el liberalismo y la Restauración, que, desde la perspectiva de Franco, no restauró nada de lo que tenía que haber restaurado. En el fondo, se diría que Franco leyó, tomándose en serio, *El jardín de los frailes*. Con una diferencia importante: que en Franco no hay ningún sentimiento de culpa: Churruca y sus compañeros muertos no se limitan a turbar el sueño de un visionario, se han alzado contra él, dispuestos a todo para vengar la ofensa de la que fueron víctimas. A menos, claro está, que se entienda que todo el texto, y con él la historia de España en el siglo XX, reposa sobre la mistificación del padre repudiado: la historia familiar de Azaña, sólo que con el signo ideológico invertido.

En cualquier caso, además de la misma reflexión sobre una historia pervertida, además de la voluntad de rectificación, además de la justificación de la propia conducta, volvemos a encontrar una visión alucinada de lo ocurrido la mañana del 3 de julio en la bahía de Santiago de Cuba. El rayo de Oliver, el sueño de Costa, la reminiscencia de Azaña... en Franco, el cine. Como a muchos autócratas —casi todos peores que él—, a Franco le gustaba el cine. No sabe-

⁶ Francisco Franco (Jaime de Andrade), *Raza*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1982, pp. 53-54.

⁷ *Ibid.*, p. 196.

mos si se hacía muchas ilusiones sobre su capacidad de recreación de la realidad, pero sea lo que sea, *Raza* indica, al menos, cierta fe en la capacidad de las películas para servir de vehículo propagandístico. Como buen noventayochista, Franco sigue alucinando aquella escena primera y fundadora.

Al final, los muertos de Cavite y de Santiago de Cuba servían de comparsas para la puesta en escena de un proyecto personal. De hecho, así había ocurrido desde el principio, desde que se entendió la derrota como un relámpago admirable. Toda esta mitología, el recurso melodramático a los grandes gestos, a las banderas y a los muertos nos parece hoy un poco ridículo, cuando no algo obsceno o, como mínimo, lejano de nuestra percepción de la realidad.

Está bien que sea así, pero también se ha de reconocer que el mito del 98, esa fábula inventada para destruir un régimen por quienes no supieron ofrecerle alternativas viables, sigue operando en la realidad española. Nuestra realidad está amasada con las imágenes y los tópicos que justificaron la destrucción del liberalismo español. Destrucción violenta y brutal, a la medida de las imágenes que, al fin, lograron sustituir lo que fueron los hechos. No se trata de quitarles dramatismo a éstos, tampoco de idealizar los años de la Restauración ni, claro está, de intentar el ejercicio de borrar el tiempo. Reconózcase, en cualquier caso, que somos más herederos de aquellos años que ninguno de los intentos posteriores hechos para rectificarlos. Y que el pueblo madrileño —es decir, el pueblo español— sabía de sobra, aquella famosa tarde del 3 de julio de 1898, la perfecta inutilidad de todo aquello que, por desgracia, iba a constituir el siglo XX. En otras palabras, que los españoles del 98 no se creían lo que iba a ser la historia oficial de su país en el nuevo siglo: la atroz alucinación que se les venía encima después de haberla padecido de verdad, no como una visión, una pesadilla o una película, sino en los campos de batalla de Cuba y Filipinas. En el fondo, aquella actitud no era más que la protesta anticipada contra un siglo de visionarios y alucinados.

EL 98 Y EL ARTE *

Francisco Calvo Serraller

Catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense

* Texto adaptado por el editor a partir de la conferencia pronunciada por el profesor Francisco Calvo Serraller.

Cuando se hace una rápida estadística entre los miembros de la generación del 98 sobre cuál fue su artista preferido, la figura que sale elegida mayoritariamente es Zuloaga. Sin embargo, si tomamos el 98, el fin de siglo español, de una forma menos reducida a las opiniones de dichos miembros, entonces el tema se hace más complejo. Que el artista preferido sea Zuloaga, como luego vamos a ver, significa una determinada visión de España, la «España negra»; sin embargo, ni siquiera todos los escritores del 98 se decantaron por Zuloaga, hubo algunos, como Azorín, que tenían una visión más reservada de la interpretación que hacía Zuloaga de España. De hecho, el arte español de fin de siglo se construyó sobre la base de una polémica polarizada entre Zuloaga y Sorolla, entre dos visiones de España en dos gamas, la España negra y la España blanca, la España nocturna y la España luminosa. Para estudiarlas utilizaré una serie de imágenes pictóricas muy conocidas. La primera es el *Saturno devorando a sus hijos*, de Goya, que pertenece a su célebre serie de «pinturas negras». El negro es un color que va asociado a la historia de España. Una de las razones es la célebre «leyenda negra», que se construye a partir de la llamada «decadencia española», ese momento en que España empieza a perder su importancia militar y progresivamente se convierte en una potencia de segundo o tercer orden en el concierto político internacional; lo que empieza a ocurrir de forma imparable en el ecuador del siglo XVII. Es en función de esa decadencia que se empieza a construir una imagen polémica de España según el supuesto papel de «contracorriente» histórica que ésta ha desempeñado; este papel de rasgos truculentos va dando forma a la mencionada leyenda, que alcanza su punto cenital en el Siglo de las Luces. Aquel fue el momento más grave para España en cuanto a su proyección internacional, pues hizo de ella el contraejemplo de lo

que había sido el humanismo europeo, pintándola como una nación irreductible por su fanatismo religioso, su crueldad, etc. De modo que el negro, en su relación con la representación gráfica o simbólica de España, no solamente era un color pictórico, sino también un color moral. Esta situación cambió de forma radical en el siglo XIX, tanto en lo estético como en lo político, pues la generación romántica emergente, una generación nocturna frente a esa generación diurna que representaba la Ilustración, empezó a ver los tradicionales defectos españoles como virtudes. El fanatismo religioso, la resistencia al desarrollo moderno, el antihumanismo, el estancamiento rural..., reales o imaginarios, se convirtieron en un ideal para una juventud europea que había vivido, o creía haber vivido, los estragos del progreso. Si a eso unimos el descubrimiento físico de España, iniciado por un hecho trágico como fue la presencia de dos enormes ejércitos europeos en la península Ibérica, el británico y el francés, que a su vez reunían gentes de muy diversas nacionalidades, con motivo de la Guerra de la Independencia, y continuado por un creciente volumen de viajeros románticos atraídos por el exotismo de España, podemos ver cómo comenzó un cambio de imagen cuyo punto álgido llegó en la década de 1830. En esta década nos visita fugazmente el máximo representante de la pintura romántica francesa, Eugène Delacroix. Curiosamente, Delacroix, que viene a España después de haber recorrido el norte de África, y que sólo hace una visita rápida a Andalucía (no llega a sobrepasar Sevilla), en una de sus cartas de viaje dice una frase muy significativa, que sirve como arranque de esta reflexión sobre los antecedentes de la España negra y su relación con el fin de siglo: «sentía a Goya alrededor de mí constantemente».

Al margen del sentido moral del negro, este fue el color característico de esa «escuela española» que agrupó a los grandes pintores del Siglo de Oro, hasta entonces desconocida de Europa salvo dos excepciones: Murillo, y un pintor que la mayor parte de los tratadistas europeos anteriores al XIX consideraban, a pesar de su origen español, como napolitano: Rivera. El resto de los pintores españoles eran unos perfectos desconocidos para los aficionados al arte europeos, y no solamente porque no se venía a España, sino porque, por ejemplo, hasta 1819 no se funda el Museo del Prado, y por ello un pintor como Velázquez, que es esencial pero que estaba casi en su totalidad atesorado en las colecciones reales, era invisible. De manera que es justo en el momento álgido de la moda romántica cuando la pintura española empieza a ser conocida, y no sólo gracias a la apertura del Museo del Prado, sino también por las grandes confiscaciones que hicieron los mariscales franceses, y que fueron devueltas de manera parcial a España tras el Congreso de Viena. Todo esto fue creando un caldo de cultivo que ayudó a re-

valorizar a los pintores españoles del siglo XVII, catalogados entonces de manera positiva como «negros». Esta revalorización está llena de revelaciones entusiastas y tiene datos asombrosos, como el que se cree un museo español en París en la época de Luis Felipe de Orleans, gracias a las adquisiciones poco escrupulosas de un agente suyo en España. Esta cotización progresiva de la pintura española en la vanguardia artística europea es la que puso de moda el «negro español», una gama cromática en la que se integraba el negro y el pardo, que se puso tan de moda que hasta a los aficionados extranjeros les parecían a veces «poco negros» los artistas españoles y los restauraban en más intensos negros. Este es el problema que han tenido las restauraciones de Rivera, un pintor que solamente podemos contemplar parcialmente, porque fue muy estropeado por las restauraciones tan particulares que se le hicieron en el XIX, que anularon esos maravillosos azules y esa gama cromática deslumbrante de la escuela napolitana ennegreciéndolos con betunes. Ya Gautier decía en su viaje a España, de una forma metafórica, que «Rivera era un pintor que mojaba sus pinceles en las llagas de los ascetas», y un pintor que moja el pincel en las llagas de los mártires, evidentemente es un pintor que nunca es lo suficientemente negro.

El caso es que esta imagen romántica triunfante de la pintura española tiene su culminación oportuna en Goya. Goya, que muere en Burdeos en 1828, cuatro años antes de que Delacroix haga ese «viaje español» y diga que Goya palpita en torno suyo, se convierte en la demostración de cómo lo que está buscando la vanguardia cultural europea es actualizar, modernizar, el «negro español» en función de sus inquietudes intelectuales. Goya es el que traduce en moderno a Velázquez, el que moderniza las cualidades inherentes a la escuela española y la actualiza dándole ese aire romántico. Ahora bien, el Goya que descubren los románticos franceses desde una fecha muy temprana y que genera una literatura extraordinaria, a veces de una calidad sorprendente, es el Goya de los *Caprichos*. Pero el Goya del *Saturno devorando a sus hijos*, el de las pinturas negras, es un Goya que se va a redescubrir polémicamente, casi un siglo después, precisamente en torno al fin del siglo XIX. A comienzos de siglo, con la Guerra de la Independencia, la nueva imagen romántica va a repercutir en los propios españoles, y ya desde entonces surgirán esas paradojas conflictivas que han acompañado el desarrollo histórico de nuestra identidad. Con la Guerra de la Independencia no sólo se estaba sustanciando la resistencia de un pueblo que no se quería someter a una invasión, sino que esa misma invasión implicó las mismas características paradójicas que en toda Europa. El hecho de que la minoría ilustrada española, como sus homónimas europeas, simpatizara con el invasor, en la medida en que éste no solamente era un im-

perialista que de forma oportuna se iba apropiando países a mayor gloria personal o nacional, sino que también era la correa de transmisión de las ideas de la Revolución Francesa, conllevó el surgimiento de dos visiones de España, una «progresista» y «traidora», y otra afincada en los valores tradicionales del pasado y que se consideraba «leal». El esquema no es rigurosamente válido para aplicar a ilustrados o absolutistas, pero sí refleja la división de conciencias entre los españoles, así como los comienzos del mito de las «dos Españas». Estas visiones de España enfrentadas tienen una repercusión muy grande en el arte, pues conllevan dos imágenes artísticas diferentes. Y el punto esencial de engarce de esa bifurcación es precisamente Goya, al ser el actualizador de lo que para los románticos constituía la genuina esencia de lo español llevada hasta el mundo contemporáneo. Eso lo define admirablemente Gautier, con esa sagacidad que le caracterizaba, cuando en una frase deslumbrante define el arte de Goya diciendo que «creyendo servir a las ideas nuevas, se encontró con la vieja España».

Los propios españoles, que se encuentran de repente admirados por lo que dos generaciones antes eran denostados, también se bifurcan; no solamente hay un cambio al exterior, sino también hay una ruptura esquizoide en el interior, y al margen ya del conflicto de afrancesados o no afrancesados durante la Guerra de la Independencia, surge una doble línea en el arte español. Una de ellas es la de quienes dan una imagen «blanca» de España, folclórica, amable, según demandaba el turismo que se empieza a dar desde 1830 y que no acaba hasta el día de hoy, que es lo que se conoce como el «costumbrismo andaluz», ese arte que responde a los estereotipos más queridos por los extranjeros a la hora de definir nuestra personalidad nacional (Andalucía, los toros, las sevillanas...). Una imagen que calaba de forma muy profunda en todos los visitantes, no sólo los menos preparados, sino incluso en los intelectuales o escritores de renombre, como Alejandro Dumas, que cuando viene a España estaba tan entusiasmado que, preparándose para hacer el viaje desde Madrid a Sevilla, se armó con toda suerte de pistolas para vivir la gran experiencia que buscaba, la de ser atracado por los «bandoleros». Como ya entonces no era seguro que uno tuviera garantizado un atraco en ese recorrido, había gentes que eran contratadas para representar esos atracos, para asaltar al turista sin hacerle ningún daño, y así Alejandro Dumas tuvo también su atraco, para hacer después su crónica en los periódicos de París. O el caso muy posterior y más sorprendente aún de Antoine de la Tour, que, como Dumas, entra por el País Vasco y sorprendentemente la primera imagen que tiene al cruzar la frontera es el puerto de Pasajes, que compara con Constantinopla, y acto seguido monta en una diligencia a la

que sube una mujer vasca, a la que describe emocionado como si fuera una oriental. Con lo cual, cuando llega a Sevilla se lleva un disgusto tremendo porque le parece que las sevillanas son muy poco «sevillanas». Este era el espíritu que se vivía con respecto a lo español. Y como reacción a esa imagen «blanca» de España surge el costumbrismo llamado «veta brava», que es un costumbrismo beligerantemente goyesco, y que coge el Goya más truculento, más violento, más crítico, incluso caricaturescamente crítico, con una visión del pueblo español como un sujeto sometido a pasiones violentas, irracionales, incontrolables.

Esa doble imagen entre la España amable y característica y la España igualmente característica pero terrible e irreductible empieza ya en la época romántica a funcionar de una manera dialéctica, sin que todavía las pinturas negras de Goya, tan interesantes para explicar la experiencia pictórica de fin de siglo, pudiesen ser vistas. Sobre estas pinturas hay dos cuestiones que conviene resaltar. Salvo un conjunto de cuadros que dieron origen a una exposición muy interesante hace unos años en el Museo del Prado con el título de «Goya, el capricho y la invención», unos cuadros pintados por Goya después de su primera enfermedad grave, a partir de 1792, en que estuvo a punto de morir y que es cuando perdió el oído, salvo esos cuadros y las «pinturas negras», el resto de la obra de Goya, como ocurre en casi todos los pintores de la historia, pero mucho más en la época del Antiguo Régimen, es una obra hecha por encargo. Eso no invalida el talento de Goya, al contrario; lo aumenta al mostrar ese rasgo suyo tan moderno de pintar algo que nadie le ha pedido, y aun lo duplica en el caso de las «pinturas negras», por cuanto éstas eran invendibles. Fueron compuestas siendo ya un septuagenario, en un momento crítico de su vida y de la historia de España, cuando la anhelada vuelta de «el deseado» Fernando VII se había convertido en una pesadilla para los españoles; en un tapón histórico para todo el conjunto de inquietudes de renovación, de modernización, de liberalización, que se habían desencadenado con la Guerra de la Independencia; una época en la que estaba a punto de producirse la rebelión de Riego y el Trienio Liberal, que después también se saldaría trágicamente. Goya vivió con gran ansiedad esa serie de acontecimientos. Paralelamente sufría una crisis física, quizá la más grave desde la ya citada de 1792. Y como producto de esa crisis física y espiritual, unida a la crisis política, surge esa fantasmagoría terrible, esa caverna íntima que son las «pinturas negras». Las «pinturas negras» no salieron a la luz hasta que, perteneciendo por herencia al nieto de Goya, Mariano Goya, éste las vendió a un tal Colmenares que, en 1873, las vende a un financiero francés de origen alemán que decide trasladarlas a lienzo y mostrarlas en la Exposición Universal de París de 1877, produciendo un gran desconcierto en el mundo artístico. En 1881,

el comprador francés las donó, decepcionado, al Museo del Prado, donde no las expusieron porque también producían la misma extrañeza y desconcierto que al resto de los europeos. Las «pinturas negras» acabaron en almacén hasta que, en 1891, un heredero del financiero las reclamó ateniéndose a los convenios de la donación, que estipulaban que si no eran exhibidas podían ser retiradas del museo, de modo que la dirección del Prado, ya en la última década del XIX, decidió exhibirlas con pena, con la sensación de que éste era un Goya anormal, un Goya decadente, un poco enloquecido. Y fue entonces, a raíz de 1898, cuando fueron redescubiertas por la nueva estética finisecular. «Pinturas negras» cuyo nombre no era tal, sino que forma parte de esa reivindicación que hace el fin de siglo de la España negra, que enlaza con esa visión truculenta de España tan criticada hasta el siglo XIX y después tan exaltada por los románticos, pero que en esta derivación goyesca, ya negrísima, había resultado hasta entonces inasimilable. Y van a ser las generaciones del 98 y la propia de simbolistas europeos de aquellos años las que van a reivindicar tanto la imagen como su plasmación goyesca. De hecho, el propio nombre de «pinturas negras» —y esto lo digo sin gran seguridad, puesto que no es una cosa de la cual las monografías se hayan ocupado en exceso— creo que la primera vez que aparece es en un crítico vasco, Juan de la Encina, en su estudio «Goya en zigzag».

Un buen exponente de esta reivindicación noventayochista de Goya es el serial que el pintor Darío de Regoyos y el gran poeta belga Emile Verhaeren publican en la revista modernista de Barcelona, *Luz*, en 1898, que luego aparece en forma de libro en 1899. Aquí tenemos una España negra cuyos grabados no pueden ser más característicos. De nuevo la religión, el goticismo, las catedrales, los disciplinantes, los encapuchados, y todo un conjunto de imágenes que exageran la negrura de la representación de España, como murciélagos y calaveras que tienen mucho que ver con esa mentalidad de los simbolistas europeos y, concretamente, del centro donde se forma Regoyos, que es Bruselas. Como discípulo del gran modernizador del paisaje español y catedrático de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el hispanoflamenco Carlos de Haes, Darío de Regoyos visita Bruselas en 1879. En esa época, Bruselas estaba a punto de vivir un momento espléndido en todos los campos artísticos, e iba a constituirse en uno de los ejes fundamentales de la vanguardia finisecular, especialmente en su vertiente simbolista. Regoyos concibió su España negra a través del círculo de simbolistas y decadentes belgas, entre los que se encontraba el propio Emile Verhaeren. Viajó con ellos a España como una especie de guía, sorprendido del interés que suscitaba su propio país a esos refinados colegas europeos. Hizo dos campañas, una en el año 82 y la que va a dar origen al célebre libro, realizada

en el año 88, diez años antes de la mencionada publicación. En estos viajes reveló el que iba a ser su tono, una visión que transformaba el «negro español» en un doble sentido: por un lado en un negrismo, en el negro que va del Goya de los *Caprichos* al de las «pinturas negras», y por otro lado en un negro que sustituye o complementa el rojo pardo de la tradición española con los azules y verdes fríos de El Greco. Es decir, en cierta manera va llevar a cabo una exaltación del negro desde una visión hiperestésica y mística. Las imágenes que Regoyos genera en la década de los ochenta, algunas pintadas posteriormente o antes de los propios grabados de su célebre serie de la «España negra», reflejan ese espíritu a través de la visión morbosa de los cementerios, las mujeres enlutadas o las jóvenes representadas en contrastes violentos, con un color casi nácar junto a una vestimenta negra. En realidad, esta imagen de España fúnebre o siniestra enlaza con los temas de aquella vanguardia europea finisecular: la muerte, la inmovilidad, la decadencia... Regoyos fue adaptando esas imágenes a temas típicos del folclore español como, por ejemplo, las corridas de toros, que eran representadas no desde el punto de vista de la plaza, sino desde el de las víctimas de la fiesta, toda esa serie de caballos desventrados que acaban sacados completamente fuera de la visión festiva o colorista de la fiesta para dar vida a una imagen siniestra de la misma. Esta imaginería la aplicaba también a otros escenarios, como es el caso de la ciudad de Toledo, que iba a cobrar una importancia extraordinaria a costa de El Greco, y que fue descubierta en esta década de los noventa. El Greco era todavía el gran desconocido de la escuela española, al haberse aceptado la versión de los tratadistas españoles de que era un pintor que había llegado a España con indudable talento, pero que a partir de *El entierro del Conde de Orgaz*, celoso de no poder conseguir las calidades de Tiziano, había acabado en la excentricidad pura y había hecho una pintura enloquecida carente de valor. Y este tópico se mantuvo hasta el fin de siglo, cuando esta generación europea empezó a admirar a El Greco precisamente por esa pintura tan estilizada, tan imaginativa, tan deformada, que tanto respondía a sus expectativas decadentes. Así, en una de esas visitas de los años ochenta que hizo Regoyos como *cicerone* de sus colegas artistas y escritores belgas, aparecía Toledo, un Toledo nocturno, negro, con el Cristo en una de las paredes de la calle. Todas esas referencias a la influencia de la vanguardia europea en el fin de siglo pictórico español me parecen fundamentales, cómo el contexto del 98 no es un fenómeno, como se ha ido transmitiendo en este ciclo, sólo típicamente español, sino que hay un fin de siglo austriaco, francés, belga, que influyeron notablemente sobre el español.

Regoyos, en su etapa final, dejó ese arte naturalista, simbolista, y empezó a practicar un arte más neoimpresionista, luminoso. Sin

embargo, no pudo prescindir del sentido simbólico que le había acompañado desde su formación en Bruselas. Así aparece en uno de sus cuadros más emblemáticos, aquella imagen en que un ferrocarril atraviesa un acueducto bajo una procesión religiosa de beatas. Una de esas cosas que hicieron los impresionistas y que más escándalo produjeron fue representar el ferrocarril en un paisaje. Esto a la crítica le parecía un insulto, y al público también, porque se consideraba que el ferrocarril no era poético. Regoyos saca el ferrocarril, pues, con todo el carácter provocador que aún le quedaba a la imagen. Por encima, el ferrocarril, y por debajo, en el mismo tono negro, aparecía la procesión de beatas con una Virgen. Estamos ante el mito de Castilla y la dualidad que representa: el progreso, la tradición. Este va a ser el argumento que van a primar los noventayochistas y su campeón ideológico en este tema, además de uno de los más beligerantes defensores de Regoyos: Miguel de Unamuno. Precisamente, los dos pintores preferidos de Unamuno eran Regoyos, al cual llamaba «franciscano», por su visión religiosa, católica, del paisaje español —que para él era el castellano— y Zuloaga.

Un colega de Regoyos, un poco mayor que él, también discípulo de Haes, Aureliano de Beruete, nos permite abordar la otra representación de la España de fin de siglo. Beruete, nacido en Madrid, fue un grandísimo historiador y uno de los miembros fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, tema importante a destacar, pues tiene mucha relación con un nuevo tipo de regeneracionismo castellano que normalmente se entiende como característico o exclusivo de los escritores del 98 y que, sin embargo, estaba presente en este pintor madrileño nacido en 1845, doce años antes que Regoyos. Beruete hace un tipo de pintura paisajística del centro, de Castilla, de Toledo, de las afueras de Madrid, que nada tiene que ver con la imagen negra de Regoyos, a pesar de que es casi rigurosamente contemporáneo de él, e incluso mueren a la par, recién empezado el siglo XX. Así, de Toledo aporta una visión luminosa que tiene mucho que ver con el que va a ser uno de los grandes descubrimientos de la generación de Beruete: Velázquez. Una luminosidad muy relacionada con Sorolla, el gran protegido de Beruete. De hecho, el enfrentamiento entre Zuloaga y Sorolla, el enfrentamiento entre la España negra y la España blanca, es un enfrentamiento en el que el gran triunfador en cuanto al público fue Sorolla. Fue un enfrentamiento no buscado por los pintores, pero bien simbolizado en la Exposición de París de 1900, cuando el Gran Premio de Pintura recayó en Sorolla, lo que supuso su consagración internacional, a costa de Zuloaga, que era de los candidatos. Esto produjo un trauma en los miembros de la generación del 98, que adoptaron el partido de Zuloaga frente a la corriente mayoritaria de la opinión pública,

que defendía a Sorolla. Zuloaga también tuvo éxito internacional, sobre todo en Europa central, o en ese París decadente y simbolista, o en la misma Italia finisecular; pero es que Sorolla, además de en el extranjero, lo tuvo también en España. El contraste entre ambos pintores era muy marcado en el plano biográfico. Zuloaga venía de una familia de artesanos muy sofisticados, de un medio culto, refinado, adinerado, mientras que el origen de Sorolla era muy humilde, lo que generó dos personalidades muy diferentes: más intelectual la de Zuloaga, más acomodaticia la de Sorolla. Sorolla hizo todo por triunfar y triunfó porque tenía la habilidad del oportunista para ello. Hizo al comienzo una pintura de carácter preciosista, al estilo de Fortuny, después pasó a los temas sociales, como en ese cuadro célebre *Y aún dicen que el pescado es caro*. Y cuando se vio seguro y triunfador, protegido de Beruete, el Sorolla que se reveló fue el luminoso, el de la alegría de vivir, que hostigaba a Unamuno no sólo porque traía el Mediterráneo, el Levante, la luz, frente a Castilla, sino porque, como Unamuno decía desde 1900, su manifestación de lo saludable y de la alegría de vivir resultaban una mistificación, una deformación superficial y mentirosa de la realidad. Incluso, decía Unamuno, la imagen de España que transmitía su arte era la de lascivia, la de gozo erótico. Un erotismo que, por cierto, también estaba presente en Zuloaga, y más aún en Romero de Torres, con su mundo decadente, de erotismo perverso, de fatalidad trágica andaluza, tutelado por el gran propagandista de su obra que fue Valle-Inclán.

Sin embargo, quien consiguió esa reinterpretación de lo español que estaban deseando los noventayochistas, que pudiera ser genuinamente española y, al mismo tiempo, beligerantemente moderna, y que incluso todavía hoy resulta desconcertante fuera de España, fue el gran escritor y pintor José Gutiérrez Solana, que escribió en 1920 un libro titulado, gráficamente, *La España negra*. En él vemos un negro que no solamente deja pálido al negro de Zuloaga, sino que es un negro que, contra lo que se suele decir de su pintura, mantiene un diálogo muy directo con el arte europeo de entreguerras. No es, pues, casualidad que los pintores que Solana tenía siempre presentes fuesen Goya y Regoyos. Solana, además, conecta muy bien con el primer Buñuel, el Buñuel de *Tierra sin pan*, esa visión delirante, grotesca, insoportable, fantasmagórica, truculenta de lo español. En Solana está toda una visión de la España de siempre, pero actualizada y, al mismo tiempo, llevada a unos términos de delirio que nada tienen que ver ya con lo folclórico.

Y con Solana finaliza este breve recorrido por el arte español de fines de siglo. En él he tratado de mostrar cómo la España negra se convierte en elemento de referencia esencial de la generación del

98 y cómo, sin embargo, no tiene la exclusiva de aquel período. En realidad, lo común a todas las facciones artísticas y de vanguardia de la España que entra en el siglo XX es la obsesión por las señas de identidad y la imposible evasión de convertir lo español en el tema capital de su arte.

Desde que inició sus actividades, la Fundación BBV ha sido la respuesta institucional del Grupo BBV a la voluntad y al compromiso de complementar una sólida estrategia económica y financiera de su gestión con un firme programa de sensibilidad social y de creación cultural, orientados a la mejora del entorno en el que desarrolla su actividad.

La Fundación BBV pretende contribuir a solucionar los problemas que más afectan a la sociedad española, a través de los estudios multidisciplinarios, la reflexión y el debate. Pretende, incluso, ir más allá estudiando los problemas desde el contexto europeo y desde la perspectiva internacional.

En los pasados diez años, la Fundación ha desarrollado rigurosos estudios, algunos de los cuales han durado más de 2 ó 3 años. Aspectos tales como la ética financiera, la movilidad urbana, la salud, el Estado de Bienestar, y el futuro del trabajo han sido puntos de estudio para la Fundación.

La Fundación ha hecho una notable contribución al campo del conocimiento económico y de la realidad social, con investigaciones sobre magnitudes como el stock de capital, inversión, renta, producción, etc. de España y sus provincias y comunidades, con datos que cubren ya los últimos cuarenta años de la economía española.

Es importante destacar otro conjunto de estudios llevados a cabo por la Fundación BBV, tales como "Identidad cultural y nacional y el nuevo orden mundial", "¿Cuánto es bastante? Alternativas a la sociedad competitiva", "Salud, comunicación y sociedad", entre otros.

En resumen, hasta 1998, la Fundación BBV ha organizado 170 encuentros, casi 500 investigaciones, 270 seminarios y más de 450 conferencias. Su Programa Cátedra ha posibilitado la estancia y trabajo en centros españoles de científicos extranjeros de más de 40 universidades, y de científicos españoles en la Universidad de Cambridge. El catálogo de publicaciones contiene 175 títulos. Y se sitúa ya en 4.250 la red de colaboradores de la Fundación BBV.

La Fundación BBV mantiene el compromiso de dar a conocer a la sociedad los resultados alcanzados en el marco de sus proyectos y actividades. Documenta, centro editorial de la Fundación, tiene como misión la edición de las publicaciones derivadas de las actuaciones de la Fundación BBV.



FUNDACION BBV

Con motivo de la conmemoración del centenario del 98, este libro pretende ofrecer las perspectivas históricas que de este año tan significativo y determinante para España mantienen diferentes historiadores.

Los acontecimientos que sucedieron en el 98 convulsionaron a toda la sociedad española. Afectaron tanto a intelectuales, como a la población en general. La diversidad de opiniones que se generaron sobre si declarar o no la guerra a Estados Unidos no fue más allá del simple discurso retórico porque el tema era incuestionable. La guerra se constituyó como una cuestión de honor.

Sin embargo, el balance no fue del todo negativo. La aceleración del proceso productivo, así como un mundo cultural prolífico en obras fueron los compañeros del desastre nacional. Pero sobre la continuidad en el desarrollo económico, destaca el florecimiento de la Edad de Plata de la cultura, con figuras como Unamuno, Azorín, Pío Baroja, Zuloaga, Sorolla...

En definitiva, religión, sentimiento nacional, deseo de regeneración, crítica pesimista... constituyeron el signo de identidad de un fin de siglo en que la pérdida de Cuba y Filipinas supusieron un trauma en muchos ámbitos de la vida española.

ISBN 84-95163-15-2



9 788495 163158

